

S.F. Tale

Amar, mentiras y... licor



SANTANA'S
CLUB 5

Selecta



Amor, mentiras y... licor

SERIE

Santana's Club 5

S. F. Tale

Selecta

Lujo, elegancia, poder

Este no es un club cualquiera. Es un lugar donde relajarse; celebrar conciertos, reuniones de trabajo, conferencias; visitar grandes exposiciones permanentes y temporales; un restaurante donde degustar los mejores platos; una cafetería en la que distenderse en agradables charlas mientras se saborean los mejores cafés recién molidos; un local nocturno para pasar una noche inolvidable en pareja o con los amigos, o compartir espacio con grandes celebridades.

Un club donde todo lo inimaginable puede suceder.

Bienvenidos a Santana's Club.

Prólogo

Mes de mayo

—No vayas —le rogó Matt.

—Es que no deberías —apuntilló Dany—. Pero, si eres masoca, ve y diviértete —le soltó con ironía.

Jeff recordó las advertencias de sus amigos esa tarde en la que Los Hamptons resplandecía bajo los rayos del sol que se reflejaban en el agua del mar. Su olor se entremezclaba con el de las rosas rojas que decoraban el jardín de la maravillosa mansión a la que había sido invitado por un acontecimiento feliz, aunque a él lo hundiese en el mismo infierno. Era consciente de que ellos tenían razón, y si había aceptado la invitación fue porque no se podía creer lo que se desarrollaba delante de sus ojos.

—Sí, quiero —dijo la novia.

En esos instantes, una promesa salió de lo más hondo de su ser: «Renuncio al amor por siempre. Elijo una vida en la que ese sentimiento no tenga cabida, ese será mi modo de supervivencia». Sentado en la última fila, nadie presenció el dolor que le encogió el rostro, y comprendió que siempre era tarde para descubrir que uno tenía el corazón roto.

Capítulo 1

Varios meses después

Cuando los socios abandonaban la biblioteca de Santana's Club para reunirse en el restaurante o cafetería del mismo complejo, Michael Harland cumplía su ritual: se levantaba con sus tomos de una famosa revista y se sentaba delante de unos de los ordenadores. En esos instantes, un camarero le subía dos copas de su cóctel favorito, Alexander, una bebida originaria de EE. UU., que se remontaba a principios del siglo XX y era una grandiosa combinación de licor de cacao, nata y él lo quería muy cargado de ginebra con un ligerísimo toque de nuez moscada o sin ella, dependiendo del día.

Mientras navegaba por determinadas y específicas webs, se bebía de una sentada la primera que le daba vigor y fuerza, pues compartía la opinión de muchos barman en considerar esa bebida como energética; luego, la segunda, se la tomaba con más sosiego, disfrutando tanto de su sabor como de las imágenes que se sucedían en la pantalla (al marcharse, ya se encargaría de borrar el historial para que nadie supiera lo que hacía).

A su edad nadie le mentía, ni siquiera lo convencían, había vivido demasiado para definir a la sociedad como la gran hipócrita de la democracia, mientras que se escandalizaba por ciertos sucesos; con otros más graves, miraba hacia el lado contrario, sobre todo, con lo referente a los jóvenes, ya que si pensaban que en la era de la digitalización no hacían... «¡Qué ingenuos los poderes fácticos que creen que nos controlan!», se dijo con una gran sonrisa.

En la soledad que le proporcionaba esa fortaleza de madera insonorizada, en la que uno podía encontrar verdaderas reliquias de la literatura, periódicos desaparecidos hacía décadas, o microfilmes de la prensa del siglo XIX y más antiguos, él se deleitaba con un hábito que nadie se esperaba, ya que, por los círculos en los que se movía, todos aseguraban que era contrario a la tecnología. En su casa sí, en Santana's no, ¡aquel club era «libertad total»! Hacía lo que le daba la gana, por algo era socio, y con su fortuna nadie le iba a bufar por encima del hombro. Allí, se podía relajar.

Pasadas unas horas, comenzó a sentirse tan mal que se cayó de la silla con la boca abierta cual anaconda, ¡le ardía como si en ella se prendiera un incendio forestal! De repente, convulsionó y,

en cuestión de segundos, perdió la conciencia. Su cuerpo largo y delgado quedó boca arriba, sin soltar lo que sujetaba en su mano derecha.

Capítulo 2

El ruido de los tacones de Nina Harlond resonaban en el silencio, en los pasillos, en las paredes de la sección de manuscritos antiguos y rebotaban en las vitrinas donde se exponían al público los libros de horas, los códices, entre otros textos, para favorecer así la conservación de esas magníficas obras, únicas en la mayor parte de los casos. Todo ello era gracias a su jefe, Federico Santana, que no escatimaba en gastos al ser un exigente coleccionista.

En ese paseo nocturno, esperaba hallar a los visitantes más rezagados que, a veces, no se iban hasta última hora. De momento, solo ella parecía estar ahí, ya que a sus compañeras las había mandado marcharse. Ella era la encargada de esa sección de Santana's Club, trabajo al cual se entregaba en cuerpo y alma desde que lo había conseguido hacía dos años atrás. Solo tenía una pena, que su madre no había visto que su carrera como paleógrafa había dado sus frutos. Le hubiese encantado compartir con ella ese momento en el que se había enterado de que sus trabajos temporales la llevarían a Nueva York, a un complejo tan exquisito como Santana's; sabía que su madre hubiese descorchado una botella de champán o de vino para celebrarlo.

«Todo lo bueno hay que celebrarlo en esta vida. Es demasiado corta para desaprovecharla», oyó su dulce voz en el fondo de su oído. Se sujetó en uno de los cristales cuyo frío le traspasaba la piel y se llevó la mano al corazón en cuanto notó ese fuerte pellizco que le contraía el pecho. Siempre le pasaba cuando se acordaba de ella. Su pérdida todavía dolía.

Entornó los ojos y reparó en el manuscrito de astronomía que uno de los socios había donado bajo unas instrucciones muy estrictas. Así era la gente de clase alta: o esto o esto, si no, te quedas sin ello. El hombre había contribuido mucho a que la colección fuese una de las más importantes a nivel mundial. Respiró hondo.

—Nina, ¿estás bien? —le preguntó Anna Strong, poniéndole una mano en la espalda.

Era una de sus compañeras, rubia de ojos claros, que habían sido contratadas casi al mismo tiempo y, al ser las nuevas, eso las había unido. Anna se encargaba de la sección de obras de arte, además de organizar todas las exposiciones.

—Sí —le contestó para restar importancia. El dolor había menguado y se enderezó—. No he visto a nadie.

—Vale, entonces podemos cerrar.

—Mejor será, antes de que algún iluminado venga a dar por culo. De esos especímenes hay muchos.

Ese comentario hizo reír a Anna, ya no se escandalizaba de lo que soltaba por la boca.

—El que paga exige.

—Anna, hay que exigir, pero con un poco de sensatez, no venir aquí comiéndote el mundo y que todos cumplan tus órdenes, ¿no crees? —Nina echó las manos hacia atrás para apretar la goma que sujetaba la melena en una cola de caballo—. Ni Fede es así, no me jodas.

—Cierto. —Anna frunció el ceño—. Te noto agobiada.

—Me duelen las piernas y no —se adelantó a su amiga—, no son los tacones. —Caminaron hacia los ascensores y notó como Anna se apuraba, por lo que Nina enarcó una ceja sin poder contener la lengua—: Se nota que te espera alguien en casa.

—Y con una cenita rica, rica... ¡Qué hambre!

—¿Hambre de comida? —bromeó.

—¡De verdad! Eres increíble, siempre buscando los dobles sentidos —bufó, lo que le arrancó una carcajada a Nina.

—No puedo evitarlo, tienes novio.

Se encogió de hombros. No siempre la coñeaba, se tenían que dar las condiciones adecuadas para que su mente lo hiciera.

Pasaron en silencio por la biblioteca y Nina, por algún pálpito desconocido, se paró ante la puerta. Había algo raro, no sabía qué. Movía los ojos a medida que hacía memoria.

—Ahora, ¿por qué te paras?

—El señor Harland —musitó.

—¿Qué pasa con él?

Anna no entendía nada.

—No se despidió de mí.

—¿Por qué debería despedirse? —la interrogó de nuevo.

—Siempre lo hace. Cuando llega o se va, siempre me busca para saludarme.

Nina no lo pensó dos veces y se acercó a la puerta; por la rendija de abajo, vio luz, lo que le reafirmó que el señor Harland no se había dado cuenta de qué hora era. Algo que le extrañó, pues era un hombre que, una media hora antes de cerrar, siempre, siempre, como la puntualidad de un reloj británico, se marchaba con un «¡Hasta mañana, Nina!».

Cerró la mano en torno al pomo y, al girarlo, cedió sin hacer ningún tipo de chirrido. Todo estaba tranquilo, en silencio (por escuchar, ni se escuchaba una mosca).

—¿Señor Harland?

No obtuvo respuesta, lo que provocó que una sensación extraña la embargara. Frunció el ceño y torció la boca en una mueca de desagrado.

—A lo mejor, no está.

—Se despediría —insistió; era como un ritual que los dos habían adquirido desde que se habían conocido.

¿Irse sin más? No, ¡claro que se despediría! Era más: cuando el señor Harland no la veía, se interesaba por ella, preguntaba a sus compañeras y, al reencontrarse, él mismo se preocupaba por si estaba bien o qué le había sucedido, comportamiento un tanto extraño tratándose de un rico socio de Santana's. Pero así era ese hombre.

—¿Señor Harland?!

Nina alzó más la voz.

—Calla —le ordenó Anna—. ¿No oyes algo?

Nina afinó mejor el oído, y lo que escuchó hizo que abriera la boca como si se tratara de la cueva de Alí Babá.

—Fóllame, fóllame. ¡Joder!

Oyeron unos gemidos procedentes de la zona donde estaban los iMacs a los que podían acceder todos los usuarios de la biblioteca.

Corrió hacia donde surgían aquellos jadeos femeninos, que a cada segundo se hacían más chillones y pedían que le diesen más fuerte, más rápido. Nada más llegar, Nina se quedó de piedra ante la escena que tenía delante.

—Señor Harland...

Su voz se apagó de repente.

El *shock*, tanto físico como psicológico, originó que la mente se le bloquease. Ni era consciente de que no parpadeaba, no se movía, ni siquiera respiraba. Estaba tan impactada que el mundo a su alrededor desapareció de un plumazo y la lanzó a una realidad en la que había perdido constancia de si su corazón seguía bombeando sangre o no. No era la primera vez que se enfrentaba a la muerte, no de esa manera tan inesperada y tan... La cabeza comenzó a darle vueltas.

«No, no puede ser el señor Harland», una voz dentro de ella lo negaba todo.

—¡¡Ay, Jesús, por Dios!! —El grito de Anna le llegó a lo lejos—. Hay que llamar a la policía.

Capítulo 3

Jeffrey Anderson, más conocido entre amigos y colegas del FBI como simplemente Jeff, llegaba en su coche al aparcamiento de Santana's Club con la voz de Elton John y su *Cocodrile Rock*, que atronaba en cada rincón así como en su mente. La música era lo que lo alejaba de la decepción en la que vivía sumido desde hacía algún tiempo.

Aparcó en su plaza como miembro del club. Él había podido acceder gracias a sus amigos Matt y Dany, con los que formaba un trío de lo más particular: un agente del FBI, un antiguo ladrón y un asegurador. Sí, eran diferentes en todos los aspectos, juntos se convertían en los tres fantásticos. Por eso, al recibir la llamada de Matt y enterarse de que en Santana's había sucedido un asesinato, no dudó en acudir, sobre todo, cuando su compañero Hans también le había pedido que se personara.

Bajó del coche para ir hacia al ascensor, donde apretó el botón de la última planta, la galería de arte. «¿A quién se le ocurre asesinar a alguien en una galería de arte?», pensó en silencio, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón gris del traje que vestía, mientras silbaba la canción que había escuchado durante el trayecto.

En cuanto puso un pie en el suelo de madera, miró hacia los lados y se fijó en el revuelo de las chaquetas azules con letras amarillas tan comunes de la agencia. Reconoció a casi todos los agentes que se movían con rapidez por los enormes pasillos. No había andado ni un metro cuando se encontró con Hans.

—¿Hans?

Lo vio con un puño en la boca.

—Ve a la biblioteca.

—¿Cómo?

Frunció el ceño, ¿había escuchado bien?

—Todo sucedió en la biblioteca.

Su amigo asintió con una expresión que no supo descifrar si era de risa o estupefacción.

—Pero ¿tú estás bien?

—Esto debes verlo por ti mismo, porque te aseguro que, en los años que llevo de servicio,

jamás me he encontrado algo así.

—Vale.

Aquella respuesta por parte de Hans hizo que la curiosidad repiqueteara en sus entrañas y que tuviese más ganas de saber qué coño había pasado, porque la localización, ya de por sí, era rara de cojones.

Con las indicaciones de Hans, fue a la biblioteca, que estaba custodiada por agentes que habían puesto la cinta policial. También saludó a algunos miembros de la científica y supo que el forense había llegado. Lo buscó, porque si por algo se identificaba aquella biblioteca era por la grandiosidad en todos los aspectos. Como todo en Santana's.

—Jacobs —saludó al forense que estaba acucillado al lado de la víctima.

—Muy buenas. —Estiró los labios en un amago de sonrisa antes de apostillar—: Para algunos.

—¿Qué tene...?

Al reparar en el cuerpo, alzó tanto las cejas que la derecha se confundía con las puntas del flequillo. Tuvo que tirar de toda su capacidad de disimulo.

—¡Un cadáver! —exclamó Matt, a su lado, de repente—. Venga. —Levantó el brazo a modo de despedida—. Nos vemos.

—Tú, quietecito aquí —le ordenó Jeff con los ojos en blanco; Matt, cuando le daba el punto, era muy exagerado.

—Un muerto sale fuera de mi área de especialidad: robos, fraudes, falsificaciones. Espera, ¿es un muerto falsificado? —inquirió por la malísima probabilidad.

—No.

—Eso mismo, no pinto nada —se quería excusar Matt.

—Tú te quedas.

No le iba a permitir escaquearse tan fácilmente.

—¡Joder! Este sí que supo morir contento con la polla en la mano.

Dany fue menos fino en describir la escena.

—Lo estaba disfrutando, sí, y parece que sigue —quiso bromear Jacobs.

—Vuelvo a repetirlo: hay un muerto y no pinto nada aquí.

—Ayudar a un amigo, Matt. —Federico se unió a ellos—. ¿Qué? —Pegó un brinco hacia atrás al ver el cuerpo—. Eso de la mano ¿qué es? Un pellejo.

—Se estaba cascando una paja —repitió Dany, por lo que Federico arrugó el rostro.

—De él jamás me lo hubiese imaginado —protestó el empresario indignado.

—¿Sabes quién es?

Jeff se interesó en la identidad del fallecido.

—Es Michael Harland, uno de nuestros mejores socios, ha donado muchas obras y objetos de arte a la galería. Era un gran coleccionista.

Aquella información de Federico, por el momento, le era más que suficiente.

—También era uno de mis asegurados —añadió Dany—. Tenía una vida de lo más normal a

pesar de ser rico y era muy respetado, aunque después de esto...

Lo ponía en duda.

—Masturbase no deja de ser respetable —dijo Jeff, que jamás se había encontrado con nada tan surrealista. Se dirigió al forense, que los observaba con sus ojos verdes y parecía divertirse en el fondo. Jeff no entendía la pasividad y cotidianeidad de los forenses ante un cadáver—. Jacobs, ¿qué nos puedes contar?

—Lo han envenenado. —Aquella afirmación los dejó a todos asombrados—. Con uno de los reyes de los venenos: arsénico.

—¿Arsénico?

Jeff hacía tiempo que no se enfrentaba a un caso donde estuviera presente esa sustancia.

—Sí, es muy fácil de camuflar; es de color blanco y, en su estado cristalino, es muy similar al azúcar, y al paladar pasa desapercibido, apenas tiene sabor —explicó el forense—. A lo largo de la historia, ha estado presente en famosos asesinatos y se sospecha que en muertes sin resolver: el arsénico pudo matar a Napoleón.

—Fue envenenado a lo Agatha Christie —musitó Matt, que parecía más interesado en el caso.

—¿Ahora me quieres ayudar? —le inquirió Federico, que todavía no se había recuperado de la sorpresa inicial.

—¿Qué más? —le pidió Jeff a Jacobs.

—Tuvo que ingerir entre 70 o 180 miligramos, que es la dosis letal para cualquier ser humano. Tenían ganas de quitárselo de encima, eso está claro. Y si lo hubiesen encontrado antes, a lo mejor, lo hubiésemos podido salvar, porque hoy en día sí que hay antídoto.

—No sabía qué había un antídoto —se interesó Dany.

—Es el dimercaprol, que se utiliza en estos casos de intoxicación por metales pesados, como arsénico, mercurio, entre otros. —Se puso en pie—. Podré dar más información cuando haga la autopsia. Te avisaré.

En silencio, dio orden de que movieran el cuerpo para llevarlo a la morgue.

Jeff se giró sobre sus pies, nunca le gustó quedarse mirando a un cadáver. No era supersticioso, pero ver como a una persona le habían quitado la vida era la parte más cruda de su trabajo; de ahí que dejase en blanco su mente durante unos segundos y observara el entorno en el que se había producido el homicidio.

—¿Cómo es posible que nadie oyese la silla arrastrarse o la caída? —se preguntó para sí mismo más que al resto.

—La biblioteca está insonorizada, como la cafetería, la discoteca, como cualquier otra parte del club. No quiero que ningún ruido moleste a la gente que está disfrutando de cualquiera de las estancias del club —le contó Federico, a lo que Jeff asintió en silencio.

—Por eso nadie sabía que estaba viendo porno. —Matt se había colocado frente al iMac—. La biblioteca le daba la intimidad...

—Para ejercitar el brazo derecho.

Dany terminó la frase por él.

—¡Se estaba masturbando en mi biblioteca! —La indignación de Federico crecía por momentos—. Menudo año que llevamos, ha sucedido de todo y solo faltaba esto. Ya estoy viendo los rotativos de mañana: «Asesinato en Santana's Club».

—Tranquilo.

Hans, que acababa de unirse a ellos, le puso una mano en el hombro.

—Es muy fácil decirlo cuando el club no es vuestro.

Los señaló a todos.

—Oye. —Jeff se acercó a Hans—. Tú encárgate de la zona en la que se preparó y se sirvió el cóctel del señor Harland y, sobre todo, habla con los camareros y el barman.

—¿Qué es lo que sabes?

—El arsénico no aparece por arte de magia en un cóctel. —Hans abrió los ojos como un sapo—. Sí, lo que oyes, y haz que busquen restos del veneno.

—De acuerdo.

Hans se volvió a marchar reuniendo a algunos de los agentes para que lo ayudaran.

—Federico, no me imaginaba esto de ti, coleccionando la *Playboy*. —Dany se reía—. ¿Maxine sabe esta afición?

—Es una publicación famosa en todo el mundo —se defendió él—. No sé qué le ves de raro.

—Dany, no la toques —le advirtió Jeff—. Estás en la escena de un crimen.

—Perdón.

Levantó las manos.

Jeff les hizo un gesto para alejarse del ordenador y de la escena; siempre la podían contaminar sin querer, lo que daría al traste con todo.

—Ahora escuchadme: Federico y tú iréis a la agencia, esperadme en mi despacho para que me deis todas las referencias sobre la víctima. —Los dos asintieron a su orden—. Matt, me acompañarás a ver a la persona que lo ha encontrado. ¿Sabéis quién fue?

—Nina Harlond.

Federico señaló a un trío de chicas. Jeff solo conocía a dos: a Grace, la novia de Hans, y a Anna, la novia de Winters, un exladrón y el mejor amigo de Matt.

Echó a caminar en silencio con Matt a su lado. A medida que se acercaban, contemplaba mejor el rostro empalidecido de la mujer, cuyo perfil era lo más hermoso que había visto en tiempo: una nariz larga bajo la que había unos labios finos y una mandíbula bastante marcada, quizás por los nervios del momento.

Sin saber por qué, se encontró a sí mismo recreándose en ella como en su melena negra recogida en una cola de caballo bastante tirante. Al llegar, vio que estaba temblando y, movido por una fuerza superior a él, se agachó después de haber saludado a sus dos compañeras.

—Señorita Harlond, soy Jeff Anderson del FBI —se presentó.

De pronto, unos ojos del mismo color del azabache lo atravesaron y le cortaron la respiración.

Capítulo 4

—Señorita Harlond, soy Jeff Anderson del FBI.

Nina, al oír esa voz masculina, abrió los ojos poco a poco y, al enfocar la vista, se vio envuelta por unos iris color canela que la miraban tranquilizadores. Por un instante, creyó que no le podía estar pasando a ella, que ese hombre era fruto de su imaginación; pero, cuando recorrió su rostro, de rasgos simétricos, mandíbula marcada, boca fina y nariz larga, se enteró, al fin, de que era tan real como la vida misma en cuanto él hizo algo que no esperaba: cubrir sus manos frías con las suyas, más cálidas.

De repente, un rayo la atravesó entera, le traspasó la piel, el corazón le saltó varios latidos y todo un torbellino de sensaciones se le concentró en el bajo vientre. ¿Cómo era posible que, en esas circunstancias, un hombre le pudiese resultar atractivo hasta dejarla sin aliento? El pulso se le aceleró tras esa cuestión pues, por algún motivo extraño, se le presentó en ese duro momento.

«Ojos bonitos», pensó su mente, que sin permiso había cobrado vida durante milésimas de segundo.

—Es Nina Harlond, ¿verdad? —Ella abrió la boca para responderle, sin embargo, no fue capaz de emitir ningún sonido—. No tiene que decir nada, afirme con la cabeza. —Ella así lo hizo—. Por su atuendo, trabaja aquí. —Nina asintió—. ¿Usted halló el cuerpo?

Ella volvió a afirmarlo.

—Las dos lo hicimos —añadió Anna.

—¿Conocía al señor Harland? —volvió a preguntar «ojos bonitos». Tras esa cuestión, Nina percibió que algo dentro de ella se resquebrajaba y el cuerpo se tensó. Dejó caer la cabeza hacia delante de tal modo que la frente le quedó apoyada en su ancho hombro—. Todo irá bien.

Nina rompió a llorar a la vez que él se mantenía firme a su lado. Le acariciaba la espalda y le susurraba palabras de consuelo.

—No la dejéis sola esta noche —les pidió a las chicas.

Nina recordaba todo de camino al edificio del FBI. La imagen de aquel hombre la había sosegado, así como las infusiones de tila que Anna y Grace le habían preparado antes de que las

convenciera para que se marcharan a sus respectivas casas.

Había pasado la noche en vela, más que nada porque el susto todavía lo tenía en el cuerpo. Se había enfrentado a la muerte tras la pérdida de su madre y no le temía, lo que jamás hubiera sospechado era que la perseguiría hasta su puesto de trabajo. Todo era distinto: conocía al señor Harland, echaría de menos sus visitas, pero no era más que un socio. Listo. En cambio, el fallecimiento de su madre había provocado que su vida diese un giro de ciento ochenta grados; por eso, había puesto fin a todo lo que tenía en California y lo que eso conllevaba, para trasladarse a Nueva York.

Aunque los recuerdos la acompañaban, esa ciudad mitigaba el dolor y había podido forjar un fino equilibrio mental para superar, en parte, la pérdida de la figura más importante; sin embargo, al señor Harland se le había ocurrido la fantástica idea de palmarla en el club, lo que originó que ciertas heridas se abrieran.

Ese hombre no era el típico rico que miraba a todos por encima del hombro, era inteligente; sus conversaciones no eran un encefalograma plano, al contrario, eran muy interesantes. Todo eso se transformó en un esperpento al haberse quedado tieso con la polla en la mano. Todavía le costaba creerse esa parte.

Ante la entrada del edificio, se tomó un momento para respirar hondo en un burdo intento para arrinconar aquella fotografía mental que se le aparecía cada vez que cerraba los ojos. Luego, con paso firme, fue hacia los ascensores y subió a la planta 19, donde la tarjeta de visita de Jeffrey Anderson indicaba que tenía el despacho. Debía encontrarlo para que le tomase declaración.

Dentro de ese lío que había ocasionado la muerte repentina del señor Harland, ella se podía recrear en esos ojos bonitos. «Ese tío tiene un buen polvazo, y eso que lo viste a través de las lágrimas», se dijo a sí misma. Esa mañana podría verlo en todo su esplendor. Sería lo único bueno, porque el resto, una mierda. Solo tenía un deseo, bueno, dos: primero, que toda esa burocracia de los interrogatorios terminase y, segundo, verlo a él.

Salió del ascensor con dos personas más que atravesaron unas grandes puertas de cristal. Ella se paró para fijarse en cómo la gente se movía por aquella oficina: hombres y mujeres tenían la cabeza hundida entre papeles o tazas de café, aun así, lo más extraño de todo era que no caminaban de forma normal, ¡llevaban alas en los pies! Aquel ritmo no era sano para nadie.

—¡Nina! —la saludó Hans, que se acercaba con una sonrisa.

—Hola —dijo ella más pendiente de la gente.

—¿Cómo estás?

—Lo mejor que una puede.

—Vienes a testificar, ¿no?

—Sí, no quiero ver mi cara entre los más buscados del FBI.

Esa respuesta hizo que el novio de Grace, un tipo alto y con unos ojos color ámbar que nada tenían que envidiarles a los de Jeffrey, soltase una carcajada.

—Ven, acompáñame.

Lo siguió luego de guardar la tarjeta en el bolsillo trasero del pantalón, un vaquero con efecto gastado y roto en las rodillas que combinó con una camiseta imperio negra y unos tazones de pierna. Se vistió lo más informal que pudo, ya que elegancia la debía mostrar en el trabajo.

Hans la llevó por pasillos de gruesas paredes pintadas en gris barco militar. Vamos, más feo no podía ser, y ese lugar le generó cierta presión, como si se tratara del paso anterior a dar con el culo y los huesos en la cárcel. «Por no sentirme como estoy, a Dios pongo por testigo que jamás robaré», pensó.

Al final, había una enorme sala llena de gente en la que estaban Grace y Anna, además de Federico junto con su esposa, Maxine, que nada más verla se acercó a ella y la achuchó.

—¿Cómo estás, querida? —le preguntó tomando su rostro entre las manos.

—Asentando todo lo que ha pasado.

Se encogió de hombros y tuvo que tragar con fuerza para no llorar. Maxine era una mujer tan dulce que, desde que la había conocido, siempre supo sacar su mejor parte. Le presentó a unos amigos íntimos. A algunos los conocía de vista, como a Matt, a Alex, a Dany o a Sony; a otros era la primera vez que los veía y, sin saber nada de ella, le dieron ánimos.

—No te preocupes por nada.

—Es que no lo estoy —aseguró.

Era verdad, aquello era un puto trámite.

—Nina, por aquí.

Hans le señaló en dónde debía entrar.

—Tranquila —la animó Anna.

—Cuenta lo que sabes y listo —le aconsejó Grace.

—¿Ya fuisteis vosotros?

—Sí. Al principio te pones un poco nerviosa porque es más intenso que verlo en pelis o series, pero no hay nada de lo que preocuparse.

Anna le frotó el brazo.

Nina asintió y entró en un cuartucho de mala muerte con una mesa y cuatro sillas; las paredes eran lisas, salvo una que tenía un gran cristal. «¡Cotillas! Vosotros sí que sois los viejos del visillo», pensaba mientras miraba fijamente a quien estuviera detrás, al tiempo que tomaba asiento en una de las sillas que estaban colocadas hacia la puerta, pues no estaba dispuesta a ponerse de espaldas para que un poli le pegase un susto. Ya había sido suficiente lo del día anterior.

Dejó el bolso a un lado y entrelazó las manos en un hueco de la cremallera. Cabizbaja se entretenía dibujando círculos con los pulgares, entretanto su cabeza iba por otros lares. «¿Quién me interrogará? ¡Por favor, que no sea él!», suplicó a las fuerzas celestiales. Ahí, en las oficinas del FBI, se agarraba a la esperanza de que ese tal Jeffrey no le tomase declaración, ya que aún no había superado la vergüenza de haberse derrumbado delante de un hombre. Bueno, tampoco se había imaginado encontrarse con un muerto en su trabajo, y se había tropezado con uno que tenía

la polla en la mano. ¡Después de eso todo era posible!

La puerta se abrió y Nina miró al frente sin moverse, de ahí que sus ojos chocasen de pleno con un trasero que se ajustaba de un modo un tanto sexi a la tela gris del pantalón. «¡Madre mía, pedazo de culo!», gritó su voz interior, iluminando las letras en rojo putón. «Céntrate», se pidió.

Así lo hizo: se recompuso en la silla como la mujer de treinta años que era y, al levantar la cabeza, ahí estaba él, con esos ojos que, tras haber pasado horas, le afectaban como jamás lo había percibido. Su mirada seria no la dejaba indiferente, pues destilaba cierta ternura cuando sus ojos chocaron y se quedaron prendados, lo que produjo que el aire se caldease en torno a ellos. ¡Tenían una atracción mutua increíble!

Él, tras cerrar la puerta, se acercó a la mesa con movimientos elegantes, medidos, casi felinos y, en esos segundos, pudo contemplar cómo el pantalón se le ajustaba a las piernas. Le resultaba tan impresionante verlo que los pezones se le endurecieron y deseó poner debajo de un grifo su boca, que la tenía seca como un desierto, no así su sexo, que se humedecía cada vez más. «Este tío tiene más de un polvazo», se reafirmó sin controlar sus propios instintos, que la empujaban a saltar por encima de la mesa y comerlo a besos.

—Señorita Harlond.

Él utilizó su apellido a modo de saludo.

—¡Ajá! —Agitó la cabeza, debía centrarse—. Sí, hola. —Se pasó las manos por la tela del vaquero—. Por favor, llámame Nina.

—¿Sabes por qué estás aquí?

«Por ti, cielo», soltó una voz en su interior.

—Por lo sucedido en Santana's Club ayer por la noche.

«Además, te recuerdo que me consolaste», pensó. Creía que nunca se olvidaría de eso.

Se observaron mutuamente en silencio. Nina no pudo más que recrearse en su rostro, de frente ancha, cejas oscuras que encuadraban esos maravillosos ojos de forma almendrada y color canela, nariz larga, bien hecha y esos labios que, a pesar de ser finos, parecían sonreírle. El detalle en el que no había reparado era que las líneas sinuosas de su mandíbula estaban cubiertas por la suave sombra de una incipiente barba de varios días que le confería un mayor poder de seducción sobre ella.

Lo hacía tan irresistible que notaba sobre su piel cada parpadeo. Si la dejasen se quedaría viéndolo hasta que peinase canas. Él ejercía una fuerza que Nina no entendía ni sabía explicarla, ni definirla ni ponerle nombre, y su corazón dio un vuelco en el centro del pecho, tras un rato de no escucharlo, que la devolvió a la realidad.

—Comencemos, por favor.

Casi le rogó. Tenía tanto calor que, si por ella fuera, saldría de allí. ¡Era sofocante el ambiente!

—¿Tienes prisa? —inquirió él abriendo el dossier en el que Nina no distinguió qué había escrito.

—No estoy acostumbrada a esto y la verdad... Te hace sentir culpable.

—¿Lo es?

—¡No! La fatalidad quiso que Anna y yo hallásemos el cuerpo.

—Lo sé —asentía lento con la cabeza.

—Fue un *shock*, un muerto con la polla en la mano.

Puso los ojos en blanco. Al decirlo en alto sonaba más surrealista todavía.

—¿No sabía lo que hacía en la biblioteca el señor Harland? —volvió al ataque con las manos entrelazadas encima de la mesa.

Aquello debía ser una broma pesada de su parte. Ladeó la cabeza y la sospecha que se acrecentaba en su cabeza tomaba tanta forma que no pudo callársela.

—¿No te gusta hablar de pollas?

—Me interesa más el señor Harland.

—¡Qué esquivo, por Dios! —musitó sin mover los labios.

—¿De qué conocía al señor Harland?

Aquellos ojos, que la observaban con tanta firmeza, que casi le podían descifrar todos sus secretos, la ponían más nerviosa.

—Pues, como a muchos, por ser socios de Santana's Club. A diferencia de otros, él acudía todos los días. Y no, no sabía lo que hacía, porque mi función no es ser bibliotecaria. Es verdad que controlo el catálogo que hay, pero solo acudo si me necesitan.

«Madre, que mal ha sonado eso», soltó en un bufido.

—Entonces tampoco sabía que visionaba revistas *Playboy*.

—No.

—Su compañera, Anna Strong, nos dijo que le habías contado que el señor Harland la saludaba cuando llegaba y antes de irse.

—Sí.

—¿Por qué?

—No sé decirlo con exactitud. —Se encogió de hombros. ¿Todo en la vida debía tener explicación?—. Tras donar una esfera armilar a la colección, durante días mantuvimos largas charlas sobre lo que eran, su función en la astronomía y, a partir de ahí, hablábamos bastante de historia y de uno de los manuscritos que él había donado. Disfrutábamos de pequeñas charlas antes de que se encerrara en la biblioteca.

—Eres paleógrafa.

—Perdona, pero creo que es una información insustancial y nada tiene que ver con el caso, cuando los dos sabemos que has investigado hasta la talla de bragas que utilizo.

—Vaya lengua —dijo él tosiendo.

—¿Dices?

Lo había escuchado perfectamente y no le iba a tolerar ninguna falta de respeto.

—Eres hija del diplomático Armstrong...

—Sí, lo soy. ¿Qué pasa? ¿Se le hace raro que él no desplegara sus tentáculos?

Se cruzó de brazos. No había llamado a su padre, él tampoco lo había hecho. Estaba segura de que no se había enterado, si no, en esas circunstancias, su padre se hubiera puesto en contacto con ella.

—¿Cuál es tu oficio en Santana's si es paleógrafa?

Lanzó una nueva pregunta.

—Soy la jefa... —Levantó las manos haciendo el gesto de las comillas—... de la sección de textos antiguos de la galería; además, soy guía en esa sección, junto con otras tres compañeras. Este trabajo me permite estar cerca de grandes obras que puedo estudiar.

—Ya he visto que tienes varias publicaciones.

Ese comentario le confirmó que la había investigado.

—Así es, los puedo estudiar con detenimiento y, también, le ayudo a Federico a hacer exposiciones temáticas.

—Y siendo jefa de sección y teniendo acceso a la biblioteca, ¿sabías que el señor Harland bebía?

—Hará un año que me enteré, más o menos, porque coincidí con el camarero. Al principio me opuse, Federico te lo puede decir. No obstante, constatamos que no se dañaba ninguna obra antigua, así que lo dejamos pasar. Él era el único que lo hacía. Otros socios solo lo hacen al leer la prensa del día.

—Entonces, ¿no eres tú quien se lo servía?

Él frunció el ceño como si le extrañase.

—No soy ni bibliotecaria ni camarera sexi, ¿estamos? En Santana's hago mi trabajo y aquello que se me manda dentro de las responsabilidades que tengo. No hago el trabajo de otros.

—¿Siempre era el mismo camarero?

—No, como cualquier trabajador, tenemos nuestros horarios de entrada y salida. —«De verdad, este tío me está hinchando hasta las tetas», pensó. En ese instante las notó pesadas, solo quería que sus manos las apretasen. Iba a doblar una pierna y le arreó una patada—. ¡Lo siento! No pretendía pegarte —se disculpó con las manos en la boca.

—No pasa nada. —La cara se le encogió en una mueca de dolor—. ¿Qué tipo de relación tenías con el señor Harland? —insistió él a la vez que se frotaba la pierna.

Ella se lo quedó mirando extrañada, sin comprender.

—A mí no me gustan mayores. —Poco a poco fue tomando conciencia de la pregunta y su insinuación. Una furia ardiente le tensó la espalda—. ¿Y tú eres agente del FBI? ¿Que este señor podía ser mi abuelo!

—No te enfades...

—¿Que no me enfade? ¿Cómo lo pretendes si lanzas la indirecta de que soy una cazafortunas y una viuda negra? ¡Tú de qué vas! ¡Qué poca vergüenza, mente calenturienta! —Se llevó las manos a la cabeza entrelazando los dedos en el pelo—. ¡Mal follado!

—Un respeto o te detengo.

Se puso a la defensiva como un gallito.

—¡Hazlo! Espósame.

Le puso delante las manos unidas por las muñecas.

El mito del guapo agente que se le había aparecido cuando el *shock* no se le había pasado y parecía tan cariñoso se cayó, se rompió en mil pedazos. Dejaba al descubierto a un hombre que estaba más interesado por su vida sexual que por el caso. Sujetó el bolso con fuerza y se levantó.

—No hemos terminado.

—Ya creo yo que sí, ahí te quedas.

Salió dando un portazo y se acercó a todos.

—¿Vosotros con qué gente os relacionáis? —Los dejó a todos cuales estatuas de sal—. El tipo ese de ahí dentro es un puto salido de mierda.

—Y yo jamás me encontré con una mujer que generase tanto caos en un interrogatorio.

Jeff salió furioso.

Nina se giró sobre sus talones. Los dos se miraron retándose, lo que consiguieron fue que la atracción fluyera con fuerza entre ellos y que los convirtiera en sus esclavos. Nina solo quería besarlo hasta hacerlo callar para que conociera lo que era una mujer, ya que estaba segura de que ese tío solo había dado con *barbies* en su vida.

Jamás, un hombre como Jeff le había hecho temblar el suelo como él lo hacía. Incluso se sentía insegura porque, en cualquier momento, la chispa, si se dejaba llevar, podía prenderse, y ella no sería consciente de sus actos.

—Al cuerno por ahí.

Se marchó.

—Voy a tener que interrogarte una vez más.

Nina, ni corta ni perezosa, levantó el brazo derecho con el dedo corazón alzado. ¡Toma, peineta!

Le había quedado claro meridiano que ese hombre tenía de atractivo lo mismo que de gilipollas, y si algo había aprendido en la vida era que no se iba a dejar torear por unos putos pantalones.

Capítulo 5

Tras salir de aquel maldito edificio y al poder respirar libre, no lo meditó dos veces: si quería relajarse debía ir a su rincón favorito en toda la ciudad.

Primero, para ayudar a su estado de nervios, necesitaba de un buen chute de cafeína. Así fue como paró en el primer Starbucks que encontró, para luego encaminarse a la intersección de las calles 75 y 76, la zona oeste de Central Park, conocida como «El pabellón de las damas», que en el último tercio del siglo XIX era un lugar de refugio para todos aquellos que iban hasta allí.

En aquella zona poco transitada, aunque muy fotografiada en las sesiones de bodas, se levantaba un bonito templete de hierro fundido con tejado de pizarra que, desde su construcción, había sufrido varias restauraciones. Su madre le había contado que una de sus funciones era que, en invierno, las mujeres que iban a patinar allí podían ponerse dignamente los patines. Fue a mediados del siglo XX cuando el templete se había convertido en el mirador perfecto para completar las vistas del lago y sus alrededores.

Pero Nina no se sentó en ninguno de los dos bancos que había, sino que se subió a la roca para tomar su *frappuccino* mientras las piernas le colgaban. Los recuerdos de niña, cuando jugaba como si fuera la princesa de un cuento, fueron calmando la mala leche que le hervía en la sangre, pues el aura de ese lugar le transmitía estar dentro de uno de los cuentos de Andersen o de una de las películas de Disney.

«Ojalá pudiera regresar a esos días de juegos», pensó echando la cabeza hacia atrás. En aquellos tiempos era feliz, no tenía problemas de ningún tipo; lo único que le dolía era ver la tristeza de su madre en sus bonitos ojos avellana que ella no había heredado, aunque sí la sonrisa. En su cara era el único gesto que tenía de ella, además del carácter explosivo. Si siguiera viva, podría llamarla y pondría a caer de un burro a ese hombre que le producía el estado en el que estaba, ya que, para colmo de todos los males, la rabia se mezclaba con la excitación que Jeff le despertaba. Seguía siendo la estúpida de siempre, poniendo el ojo donde no debía.

—Maldito Anderson —habló en voz alta, pues apenas había gente. Pegó un buen trago a través de la pajita—. Espero no volver a verte. —¿A quién se le ocurriría preguntar si se acostaba con un anciano? Ese tío no era normal, era la conclusión a la que había llegado después darle

algunas vueltas de tuerca—. Espérate, ¿no estaría ligando? —se cuestionó y, por unos instantes, sopesó esa posibilidad—. Necesita hacer un cursillo acelerado de «Aprende a ligar a una mujer antes de que te clave un tacón en el entrecejo».

Al acordarse de eso, se cabreó más consigo misma. ¿Cómo podía permitir que ese hombre le hiciera temblar el suelo que pisaba?

«Nina, cariño, debes aprender algo muy importante: el amor, cuando llega, no tocará a tu puerta, te enredará sin que te des cuenta. Amor verdadero solo habrá uno en la vida y será ese que notes en los huesos, acaricie tu corazón y haga temblar el suelo cual terremoto. Créeme», oyó el consejo de su madre.

—Gracias, mamá. Estés donde estés, estás confabulando en mi contra y no me gusta un pelo —le advirtió. Desde su pérdida, muchas veces hablaba con ella porque algo en su interior le decía que ella la escuchaba; por eso, su voz aparecía de la nada que las separaba—. Amor, amor, y una mierda pinchada en un palo. Para que me enamore de ese agente, tiene que venir el Armagedón y, aun así, habría que verlo.

I Lived, de One Republic, interrumpió desde las profundidades del bolso. Aquella canción era la que más había escuchado con su madre en el último mes que habían estado juntas, y para Nina se había convertido en todo un himno, pues tenía el mensaje que siempre había querido transmitirle.

—¡Hola, papá! ¿Qué tal?

Una gran sonrisa se le dibujó en los labios. Al fin hablaría con alguien normal.

—Nina, cariño, acabo de leer lo que ha pasado en Santana's Club.

Así la saludó él, con su habitual preocupación.

Solo se tenían el uno al otro, y su unión se había hecho más fuerte tras los duros momentos que habían compartido. A pesar de la distancia, pues su padre, por trabajo, vivía en Washington DC y ella, en Nueva York, el contacto era asiduo.

—Sí, una fatalidad.

Succionó la pajita.

—¿Quién lo encontró?

Esa cuestión la asombró. ¿Su nombre no había saltado a la luz?

—Yo.

—¡¿Tú?! —exclamó escandalizado.

—Creía que la prensa había dado mi nombre.

—No, en la noticia que leí, solo ponía que habían sido dos trabajadoras sin dar más detalles de ellas.

—Pues me tocó a mí, papá, la suerte me acompañó. Y antes de que digas nada, no te avisé porque no estoy relacionada con lo sucedido.

—Jamás pensaría eso de ti, Nina. Pero ¿cómo fue?

Nina le contó todo a pesar de estar un poco hasta el culo de repetir lo mismo, solo quería que

fuese la última vez que tuviera hablar de eso y dar explicaciones. Parecía que se tenía que excusar con todos cuando ella no era más que una trabajadora que sin querer había encontrado un muerto.

Por su parte, Tim Armstrong, sin ser su padre biológico, lo era en todos los aspectos, y tenía tanta confianza en él que le podía hablar a las claras, sin que le reprochara nada. Era cierto que utilizaba el apellido de su madre, al que estaba más acostumbrada, sin embargo, ese hombre había sido un ángel caído del cielo para las dos.

Le dio todos los detalles a su padre, todos, no se cortó un pelo en los más escabrosos.

—¡¿Qué?! —gritó su padre.

—Se estaba masturbando. Creo que hoy no ganas para disgustos. —Se rio—. ¿Tampoco salió en la prensa?

—No, hija. Verás, cuando vi el titular y leí las primeras frases, me puse en contacto con un conocido que tengo en el FBI y, extraoficialmente, me dijo... Y que no salga de aquí.

—Tienes mi palabra.

Aunque su padre no la viera, hizo el gesto de cerrar cremallera y tirarla al agua del lago.

—Me dijo que había sido envenenado —concluyó su padre con un pedazo de notición.

—¡¿Envenenado?! —

Aquello era una sorpresa.

—Sí.

—Vaya, pensaba que se había quedado tieso con la polla en la mano porque murió infartado. Soltó su teoría.

—Da igual cómo fuese, estaba en un sitio público.

—Papá, porque tú seas un viudo honorable no significa que todos lo sean. Como ves, los hay salidos y calenturientos. Lo que no sabía era que a esa edad se os ponía dura.

—A su edad, a lo mejor, con la ayuda de la pastilla azul.

—¡La viagra! —Alzó la voz al darse cuenta de esa aclaración por parte de su padre, en la que no había caído. Aun así, había algo que no le cuadraba—. ¿Se puede tomar la viagra solo para masturbarse?

—Y se podrá, no lo sé. —Su padre se rio a carcajadas—. Si quieres hago una encuesta entre los hombres de mayor edad con los que me encuentro cada día.

—No estaría nada mal, me harías un favor.

Los dos compartieron más risas.

—Cómo me recuerdas a tu madre, siempre hacía esas preguntas que quedaban en el aire y nadie se atrevía a formular.

—Ella me enseñó a no esconder mi espontaneidad.

—Sois únicas, cariño. Sabes que si ella estuviera...

—Volaría de inmediato para estar conmigo, lo sé. —Su madre era así, una mamá gallina que la quería a su lado todo lo que pudiera y más. El cariño y las charlas los añoraba—. Me mandaría

contarle todo, como hacíamos contigo cuando llegabas de trabajar.

—Aquello era un interrogatorio. —Nina no respondió tras oír aquella palabra, que le recordaba a Jeffrey Anderson—. ¿Qué sucede?

En todas esas décadas juntos, su padre conocía bien sus silencios.

—Ya me interrogaron —dijo muy a su pesar.

—¿Lo dices ahora? —la riñó.

—Bueno, forma parte del proceso, papá. Además, el señor Harland hablaba mucho conmigo y eso llama la atención del FBI.

—¿Harland?

—¿La prensa no dio su nombre?

—No, hija. Como te dije, al leer las primeras frases, no continué la lectura de la noticia —le explicó su padre—. Primero, llamé a ese contacto y ahora estamos hablando.

—Pues, te informo, se llamaba Michael Harland. Era conocido en Santana's porque donó algunos objetos y códigos. ¿Lo conocías?

—No, no, hay muchos Harland por el mundo adelante, me estaré confundiendo con otro.

Nina no se quedó muy conforme con la respuesta, no obstante, prefirió callarse. Como bien decía su padre, habían viajado mucho y, posiblemente, hubiese tropezado con otro Harland que no fuera Michael Harland. Miró el reloj.

—Escúchame, Nina, no eres la mujer maravilla...

Le había salido un pareado.

—Puedo con esto —le aseguró.

—Estoy aquí por y para ti. Si necesitas ayuda para lo que sea, llámame.

—Lo haré.

Siempre que se despedían, Nina tenía la misma sensación: su padre era su tabla de salvación, la mano amiga que no le permitiría hundirse.

Capítulo 6

Habían pasado tres días desde la aparición del cuerpo, dos días tras el *mierdiinterrogatorio* de Jeff, y todo transcurría con normalidad.

Bueno, bueno, lo de normal quedaba un poco grande gracias a la increíble ocurrencia de Federico con la que sus neuronas se fundieron: mandó colgar unos plásticos que ocultaban la biblioteca para evitar la aparición de los morbosos y darle al visitante, según él, la percepción de estar en obras. ¡Patético!

Cuando Nina veía a esos mastodontes, le daban ganas de prenderlos fuego, aunque, en mitad de la consternación, comprendió la clara función: «si fuese negligente, me buscaría a un empotrador y echaría un polvazo», pensó con los labios apretados. En lo que Federico no había pensado era que aquello sí afectaba a todos; los turistas solo podían recorrer ciertas partes de las exposiciones.

Continuó su paseo entre vitrinas y la gente que se concentraba a esas primeras horas de la tarde. En esos días había intentado, por su bien, recuperar la tranquilidad para disfrutar, como hacía, de su trabajo. No era capaz, así de sencillo y de simple, ya que añoraba las visitas del señor Harland, las charlas. Hasta ese momento no se había enterado de que él le daba una cotidianeidad a sus días en Santana's Club, él formaba parte de esa esfera natural y había desaparecido, por lo que se dio de bruces con otro punto y aparte con el que tenía que comenzar de cero.

Sus pies la fueron acercando a la vitrina de una de las obras más importantes de la astronomía: *De Nova Stella*, del astrónomo danés Tycho Brahe, del cual el señor Harland era un gran admirador, como de todos los científicos de la Edad Moderna que lograron demostrar hechos y acontecimientos con utensilios básicos que hoy en día seguimos utilizando. «A ellos les debemos todo el conocimiento», no paraba de repetir con orgullo, como si él fuese uno de ellos.

El pequeño libro de Brahe fue decisivo para elegir la astronomía como profesión y, gracias a su descubrimiento, se había convertido en uno de los científicos de Europa más conocidos. Nina contempló como el brazo mecánico pasó la hoja donde los dibujos se mezclaban con las palabras de Brahe. Fue el propio Harland quien le había ordenado a Santana poner en su manuscrito esa

tecnología tan avanzada, a través de la cual, a cada hora, un mecanismo pasaba la hoja. ¡Nina nunca había contemplado el final!

El corazón le pegó un pequeño salto, debido a la pena que le causaba saber que no volvería a ver a ese hombre elegante al vestir y, luego, tan particular que se cascaba pajas en la biblioteca. «Hace falta ser valiente. ¡Vaya huevos!», le dijo al libro como si se tratase del propio Harland.

—Disculpe, ¿trabaja aquí?

Nina, al oír la voz de mujer, se giró y vio que la alta rubia, de unos cuarenta años, iba acompañada de tres niños entre los diez y catorce años.

—¿En qué puedo ayudarla?

Mostró su mejor disposición y sonrisa, alejando de sí el recuerdo de aquel hombre.

—¿Qué es este aparato? —preguntó uno de los niños, el más despeinado.

—Es una esfera armilar —leyó el más alto de ellos.

—¿Sabéis para qué servía? —Fue hacia ellos. Los tres negaron en silencio esperando su explicación—. Es la maqueta de la esfera celeste que los científicos usaban en otras épocas.

—¡Haaala! —exclamó el más pequeño.

—Se descubrió en la antigua Grecia y en la antigua China de modo independiente, un descubrimiento nada tuvo que ver con el otro. Gracias a estas esferas podían medir la posición de las estrellas, de los planetas y otros astros. A lo largo de la historia, se fabricaron muchas, pero eran muy costosas, porque se necesitaban muchas y muy minuciosas observaciones de los cielos.

Nina continuó con algunas anécdotas que el señor Harland le había contado y, a medida que les ponía palabras, saboreaba un regusto amargo, triste por el cual sentía la lengua rasposa. Tras su explicación, aquellos chavales salieron de allí con la idea de que querían o estudiar astrología o trabajar en la NASA, además del famoso «Mamá, quiero ser astronauta», lo que le hizo muchísima gracia, aunque también notó el pesar del que había sido el dueño.

¡Joder! ¿Qué le pasaba si ese hombre no le era nada? No lo sabía. En medio de esos pensamientos, cometió un gran error: mirar al frente. «¡¡Me cago en la leche!!! Estoy dentro del sexto sentido y no me he enterado. ¡Veo muertos!», se gritó ojiplática con el hombre que acababa de entrar, que era como Michael Harland, pero más rechoncho, más bajo, con un extraño andar a saltitos y con cara de puercoespín. ¡Había una aparición delante de ella, y Halloween no había llegado todavía!

Hecha un flan, la mandíbula se aflojó tanto que se le podían contar los empastes. Todo su alrededor perdió importancia, de hecho, se desdibujó al caer en un profundo silencio. Su cabeza quedó en blanco, era incapaz de moverse; las rodillas ya le repiqueteaban por el resto del cuerpo y a la velocidad de su pulso. ¡Quería salir de allí por patas! Aquel hombre se puso delante de ella y comenzó a gesticular a lo loco.

—¡Usted! —La señaló con el dedo acusador—. Usted ha matado a mi hermano, debería estar en la cárcel y no aquí, tan ricamente, paseando su culo operado por estos pasillos. Voy...

La última acusación le encendió el interruptor de su mente para que reaccionase.

—¿Qué ha dicho?

Una furia candente le subió de pies a cabeza. Nadie se metía con ella.

—Voy a hacer que todo el peso de la ley caiga sobre usted, ¡ladrona, asesina!

—¡Cállese ya, abuelete!

—Quiero que se entere todo el mundo de quién es usted —le escupió el anciano.

—Si no lo conozco, váyase por donde vino.

Con el brazo derecho le hizo el gesto para que se marchara.

—A mí no me hable así. —Se estiró en su corta estatura—. Si mi hermano la consentía, yo no le permito que me levante la voz.

—El único que chilla como un jabalí es usted, aun encima operado, que para su edad no tiene la cara como una pasa, pero sí una pedazo de calva más grande que un helipuerto.

—¡Deslenguada!

—Yo seré una deslenguada y usted, una canica de carne. Y me da igual su edad, es un puto maleducado.

—Ya hablaré con su jefe para que la echen de aquí, con esa lengua sucia.

—¡Por qué no se calla! Hágame un favor, deje de difamar a la gente.

Él hombre iba a arrearle una bofetada que Nina, con sus reflejos, pudo esquivar, aunque eso la encendió más.

—¡Ahora se va a enterar, enano saltarín!

Cuando lo iba a coger por la pechera de la chaqueta, unos brazos fuertes la sujetaron por la cintura y la separaron del abuelete al que estaba a punto de asesinar y al que Federico cogió con rabia contenida y mandíbula apretada; sus ojos desprendían chispas y las aletas de la nariz estaban blancas. Si Federico se encargaba de él, ¿quién la agarraba?

—Suéltame —le ordenó a su captor—. ¡Que digo que me sueltes, joder!

—No, mientras estés así de furibunda —le dijo Jeff.

—¡Oh, el que faltaba en la fiesta!

¡La sostenía Jeff Anderson!

—Deja de patalear y bracear, que pareces un pulpo loco —se quejó Jeff.

—Se va a acordar de mí —la amenazó el hombre a la vez que Federico, junto con dos porteros, lo arrastraban fuera de allí.

—¡Lo espero con los brazos abiertos! —le devolvió a aquel viejete.

—Vámonos de aquí.

Jeff, sin soltarla, caminaba en contra de la voluntad de Nina y la pegaba aún más a su cuerpo a cada paso que daba.

En ese contacto que parecía imposible, Nina podía notar los movimientos de ese cuerpo que era más poderoso que ella. La fuerza que le transmitía consiguió que su mala leche fuera cediendo en favor de un gran bajón que percibió en el nudo que se enroscaba como una anaconda en la garganta.

—¿Me sueltas o no? —pidió con otro tono más relajado.

—Prométeme que no te moverás —él también formuló su petición a lo que ella asintió.

Simultáneamente, Jeff la dejó sobre los pies y aflojó el brazo que la presionaba en la barriga y que Nina, en cuestión de segundos, añoró, pues él, sin quererlo, se había convertido en el pilar que la sostenía, que le daba la seguridad de no precipitarse en un desconocido abismo.

Se quedaron muy quietos, sintiendo el ritmo desacompañado de sus respiraciones, por las cuales el torso ancho de Jeff se pegaba a su espalda, y darse cuenta de que a él le costaba separar las manos de su cuerpo originó que el suelo bajo sus pies se abriera. ¡Ese hombre ejercía un poder superior al que no podía resistirse!

Movida por un impulso, colocó las manos sobre las suyas y, de inmediato, un rayo la atravesó entera con tanta fuerza que una bola eléctrica se le concentró en el bajo vientre y se convirtió en una apremiante excitación. Jeff las separó con rapidez.

—¿Qué pasó? —la inquirió él, con voz enronquecida, y pulsó el botón del ascensor.

—Nada.

—Con nada no ayudas. Y si no pasó nada, ¿por qué querías asesinarlo?

Aquella pregunta hizo que girase sobre sus pies... ¡Mal hecho! Jeff no estaba cabreado, sus labios dibujaban una sonrisa calientabragas y sus ojos destellaban como el sol en verano.

—¿Qué te hace tanta gracia?

Se cruzó de brazos para que no notase que la estaba poniendo a mil por hora.

—Nada.

Se la devolvió.

—¡Uf! —Ese tío estaba cañón—. Él vino hacia mí y me increpó, y yo me defendí.

Oyó el sonido de la campana del ascensor. No dudó en entrar, pero él la siguió.

—Entiendo.

—No, no te las des de listo, ¿vale? —Pulsó para ir al restaurante que, desde lo sucedido con Michael Harland, hacía también de cafetería—. ¡Qué vergüenza!

Se tapó la cara con las manos al caer en un detalle: había gritado delante de los turistas.

—Tenías que defenderte, cualquiera en tu lugar le hubiese pegado antes que tú.

Le quitó hierro. Con movimientos elegantes, metió las manos en los bolsillos. ¡Jeff era la seducción hecha hombre!

—¿Y cómo llegasteis Federico y tú?

—A él le avisaron que ese hombre entró buscándote, y yo venía a verte.

—¡Ujú! A partir de ahora, voy a abrir una línea telefónica para que no vengáis todos juntos.

Ese comentario consiguió que Jeff soltase una sonora carcajada que retumbó en el corazón de Nina.

—Vamos.

Jeff le colocó una mano en la parte baja de la espalda para que anduviese hacia fuera.

A esas horas de la tarde, el sol de finales de agosto entraba a raudales por las grandes cristaleras, y los azulejos beis, que decoraban ciertas partes, brillaban como diamantes.

Gracias a que apenas había gente, pudieron sentarse en una de las mesas pegadas a las ventanas, desde donde se podía disfrutar de las vistas de Nueva York, cuyos rascacielos destellaban como armaduras de antiguos caballeros medievales. Robinson, uno de los camareros, se acercó a ellos para tomarles nota.

—¿Un café?

Jeff no parecía muy conforme.

—Sí, señor del agua con gas. —Se metió con la consumición que él había pedido—. Da gases. Apretó los labios para no partirse de la risa.

—Lo que tú digas.

—Pues no protestes con lo que bebo.

—No hay nada de malo, pero un café te va a alterar más

—¡Eh! —Levantó el dedo índice—. No pienso tomar todas las infusiones de tila por que tú me lo digas. Sé cuidarme yo solita y me conozco. ¿Sabes? Para estos momentos en los que la ansiedad y el nerviosismo te aprietan, no hay nada como echar un buen polvo. Te quedas con el cuerpo relajado y con los músculos laxos.

—No es así.

—Habló don frígido, el que no le gusta hablar de pollas. ¡Joder! Es que cortas el rollo.

—Ese es mi trabajo —le respondió con cierto tono de burla en la voz.

—Vaya mierda.

—¿Siempre tienes un taco en la boca?

Frunció levemente el ceño mientras la escrutaba.

—A veces, sobre todo, cuando me molestan. —Se calló hasta que Robinson se fue—. Prefiero ser como soy a no darle salsa al cuerpo.

Jeff se reclinó en la silla, estiró las piernas bajo la mesa y miró por la ventana con media sonrisa.

—Puede que sepa disfrutar más que tú.

Aquello provocó que Nina no fuera consciente de que alzó las cejas.

—Me gustaría verlo —musitó con los ojos clavados en su café con leche—. ¿Y por qué venías a verme?

—Quería hacerte un par de preguntas, ahora pueden esperar.

—Como quieras. No hay nada como un buen café para inyectar un chute de adrenalina.

El sabor del café con leche le calentó las entrañas y, en parte, la relajó.

—¿Más de la que tienes? Vas a parecer una catarata.

Imitó su voz en esa última palabra.

—Anda, si es simpático y todo el poli.

—Agente de FBI.

—Poli.

Lo hizo rabiar ella.

—Agente del FBI.

Se removió incómodo en la silla, clavando las yemas de los dedos en los apoyabrazos.

—El agente frígido.

No pudo callarse eso último.

—¡Oye, ya está bien! No somos críos de veintitantos.

—¿Vosotros también estáis discutiendo? —Federico miró a Nina—. Hoy los tienes a todos en tu contra, ¿o qué?

—Sí, tengo grandes saldos, ¿quieres? —Su jefe negó con la cabeza y ella esperó a que Federico se sentase para preguntarle—. ¿Quién era el abuelo peligroso?

—El hermano gemelo de Michael Harland, que es rico, no tanto como su hermano —le aclaró Federico, que desde la mesa avisó al camarero de que no quería consumir nada.

—Pues la guapura se la llevó toda Michael, porque este era feo del carajo.

Nina arrugó la nariz en un gesto de asco, a la vez que se escondía detrás de la taza de café al ganarse que dos pares de ojos la reprendieran en silencio.

—Nina, creo que va a ser mejor que te tomes unos días —le aconsejó Federico muy serio.

—No me da la gana —le contestó de inmediato.

—A ver, no te estoy despidiendo, solo te pido que te alejes. Este Abraham Harland va a ir a por ti —le advirtió Federico, que apoyó los brazos encima de la mesa, en actitud algo relajada.

—Lo espero con los brazos abiertos.

—Eres una inconsciente, te ha amenazado —le recordó Jeff.

—Arréstalo, entonces.

Se encogió de hombros.

—No tengo ninguna razón, salvo por desorden público, y tú lo acompañarías.

Jeff, para su fastidio, tenía razón.

—¿Qué pretendes, Fede? —le preguntó a su jefe, obvió a Jeff.

—Aléjate un tiempo del trabajo, que Harland no sepa dónde te has metido porque, de los dos hermanos, de este no me fío un pelo.

—¿Es peligroso? —quiso saber Jeff, que giró el rostro hacia él a la espera de una respuesta.

—Os voy a ser sincero. —Federico carraspeó—. No me gustan los antros por los que se mueve ni con quienes apuesta.

—¿Juega?

Nina se sorprendió de la capacidad de pensamiento de Jeff.

—Con más frecuencia de la que le gustaría a su hermano, y sé por Marcelo que tiene deudas con gente bastante peligrosa —informó Federico, que negaba con la cabeza.

—Te agradecería que me contases todo lo que sabes —le solicitó a Federico, que aceptó sin ningún problema—. Quiero estar al tanto de ese hombre, porque el otro día se mostró como el hermano desconsolado.

—¿Y cómo sabía que era yo? ¿Le disteis mi nombre? —Nina quería algún tipo de información por parte de Jeff—. Sé por mi padre que no ha saltado a la luz mi nombre.

Los dos negaron con la cabeza.

—Eso hay que agradecerse a Marcelo —le dijo Federico.

Nina conocía a Marcelo por su relación con Federico y por ser el marido de Jordan Strong, la prima de Anna.

—A lo mejor, lo escuchó el día que lo interrogamos, pero lo dudo. —Jeff tampoco podía confirmarlo—. No sé quién pudo decírselo.

—Debes replantearte lo que te digo, Nina —le insistió Federico.

—Está bien.

Desistió. De repente, a pesar del café, se sintió cansada, no podía afrontar nada más, porque el peso del mundo caía sobre ella.

—¿Has aceptado?

Jeff estaba asombrado.

—Sí, simpático, he aceptado. Quiero estar tranquila y aquí... En fin, esto se convertiría en una comedia de absurdos o en una lonja de pescado. No quiero causarte problemas, Federico.

—No me das problemas. —Su jefe fue tajante en su respuesta. Le cogió una mano de modo amigable—. Estos días has sido muy profesional; otra, en tu pellejo, no hubiese venido a trabajar, y aquí estás. Pero no quiero que Abraham Harland vuelva a montarte un numerito.

—Recojo mis cosas y me voy a casa.

—No quiero que vayas tú sola —afirmó Federico, que sacó el móvil del bolsillo interior de la chaqueta—. Avisaré a uno de los chicos para...

—¡Eh! —Nina se puso en pie—. No voy a salir de aquí acompañada de ninguno de tus gorilas. Ni de coña, vamos.

—Yo te llevo —se ofreció Jeff, lo que a un efusivo Federico le pareció genial.

Pasaba de Guatemala a Guatepeor.

Capítulo 7

«¿Cómo es posible que todos los coches huelan a ambientador barato y este, en cambio, parezca una perfumería de cuatro ruedas?», se planteó Nina nada más montar en el Ford de Jeff. Era un olor cálido y, a la vez, muy potente, con una nota amaderada mezclada con jengibre que la envolvía y despertaba sus instintos. Le impedía pensar en cualquier otro asunto que no fuera él y, lo peor, se colaba en su interior como un gusano que viajaba en su torrente sanguíneo; por si no fuera suficiente, en más de una ocasión, tuvo que apretar los muslos, ya que las piernas tendían a separarse.

Y continuaba envolviéndola en su seductora red aun después de un rato, puesto que estaban subiendo las escaleras que conducían al apartamento de Nina. Ella dudaba lo que era peor: ¿estar en su coche o tenerlo detrás? ¡Lo segundo! Nadie sabía lo que le suponía tenerlo pisándole los talones, percibiendo en cada vértebra su presencia, erizándole la piel a cada parpadeo.

¿Qué le hacía ese hombre? ¿Por qué entretejía una telaraña de seducción a su alrededor? ¿Cómo era posible que el recuerdo del brazo alrededor de su cintura se convirtiese en una cadena que solo él podía manejar? Se agarró fuerte al pasamanos para no perder el equilibrio sobre sus tacones y no flaquear. De lo único que era consciente era de la atracción que podía tocarla con los dedos.

—Esta es la planta. —Con paso acelerado recorrió el pasillo que la llevaba a la puerta de casa. Se paró un metro antes—. Bueno, ya puedes irte. Te agradezco tu modo guardaespaldas.

—Vale —aceptó él—. Para cualquier cosa, llámame.

—Si quiero.

Él se giró con la mano levantada y le decía adiós. Nina, con una sonrisa maliciosa, salvó la distancia que la separaba de su casa cuando se paró en seco.

—¡Jeff! —lo llamó.

—¿Qué pasa ahora? ¿Te has olvidado de alguna broma?

—Cállate y ven —le ordenó.

Nina dio dos pasos hacia atrás. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza aterciéndole los huesos, y empezó a temblar a causa del miedo.

—Espera aquí —le pidió él, que no hacía nada más que mirar hacia la puerta entreabierta. Le puso una mano en el torso, la separó más y desenfundó el arma—. ¡FBI! —le advirtió al intruso.

—Ten cuidado.

Nina no pudo controlar un impulso y agarró a Jeff por el brazo. En lo más hondo de su alma, no quería que le sucediera nada. «No quiero que por mi culpa acabes con un balazo», le dijo en silencio, con el corazón en un puño. Él, como si hubiese captado su deseo, asintió.

Ella esperó fuera, se movía de un modo errático; quien la viese diría que estaba sufriendo calambres en las piernas, sin embargo, el desasosiego no le permitía estarse quieta. Estaba tan asustada que unos pitidos atronaron en sus oídos y se tapó las orejas. Era lo mismo que cuando el médico les había informado que su madre había muerto. Era su reacción física al miedo.

Pero era una situación diferente, no tenía relación con Jeff. Aun así, cuando el sonido menguó, entró en la que era su casa, su refugio con pies de plomo y en puntillas para no hacer ruido.

—¡Nina! —gritó Jeff, que la llamaba.

—¡La puta leche!

Se llevó las manos al pecho del susto que le había dado.

—¿Qué haces aquí dentro?

Se acercó a ella con cara de pocos amigos.

—Es mi casa, guapo de cara.

—Aun encima que te protejo, protestas —dijo entre dientes—. Sé que es tu casa, huele a ti.

—Como tu coche huele a ti, vaya novedad, y protesto lo que me da la gana. —Resopló haciendo una pedorreta, y él se rio—. ¿Has visto a alguien?

—No, parece que está todo despejado. Busca si te falta algo, pero sin tocar nada. Voy a avisar a Hans para que mande a una patrulla.

Nina agradeció que su apartamento fuese pequeño, sensación que aumentaba al estar Jeff, que con su altura conseguía que fuese más minúsculo. Una cocina abierta, separada por una isla del salón en que se abría una pequeña terraza. No había nada fuera de lugar; los libros colocados en la mesita que había entre el mueble de la televisión y el sofá estaban como ella los había dejado.

Fue al pequeño pasillo en el que estaban las dos habitaciones, además del único cuarto de baño, y sí que había algo fuera de lo normal: la puerta de su cuarto, que siempre cerraba, estaba entreabierta. Entró con cuidado, por si el ladrón se había escondido allí, pero no, estaba vacía con todo en su sitio. El nórdico de flores, estirado; las dos mesitas de noche estaban intactas y el armario, cerrado.

—Nina, ¿te falta algo? —volvió a repetirle.

Una sonrisa se le dibujó en la cara.

—¡Oh, serán cabronazos! —exclamó con los brazos en jarras y fingiendo indignación.

—¿Qué? —Jeff llegó a la habitación acelerado, con el rostro oscurecido por una emoción cercana a la preocupación—. ¿Se llevaron algo?

—Pues claro.

Apuntó, con la mano derecha, hacia una de las mesitas de noche.

—¿El qué?

—El Satisfyer de última generación que me compré en junio.

—¿Cómo?

Jeff agitó la cabeza, blanco al igual que un folio.

—El Satisfyer, joder. Siempre lo tengo en la mesita de noche y... —Se tapó la boca como si fuese a llorar—. Mi posesión más preciada y ya no la tengo.

—Lo habrás movido...

—Claro, le han salido patas para correr. Que sepas que da más placer que muchos hombres.

—Eso es porque no has dado con el adecuado.

—Y ese eres tú —afirmó Nina con el corazón a mil, con las mejillas coloradas como el ketchup, y olvidándose de la broma que le había gastado.

—Podría. Ahora bien, conmigo ese aparato no tiene cabida; la mujer que comparta mi cama solo me sentirá a mí.

Nina abrió la boca por aquella respuesta.

—El agente frígido se ha convertido en machote *gigolo*.

—No me conoces. —Dio un paso hacia ella. La distancia se había acortado y Nina notaba su respiración en la sien—. Aunque esto es un poco decepcionante: creía que tendrías una cola impresionante de hombres, y resulta que utilizas el Satisfyer.

—¡Qué pena!

Suspiró.

—Enorme. Además, estos aparatos me hacen sentir viejo.

—Viejo, ¿tú?

—Sí, soy más clásico y tradicional, para mí no hay nada como el modo manual.

—Cierto, prefiero disfrutar de un buen dedo antes de estar con un hombre que, en vez de darte placer, te hace daño. Sí, también me gusta el modo manual.

—No somos tan diferentes. —Nina, muy quieta, percibió que él le colocaba bien el tirante de la camiseta que se había caído—. *Touché*.

El dedo de Jeff siguió la línea de la clavícula, subió por el cuello hasta posicionarse debajo de su mentón para obligarla a que lo mirase. Cuando sus ojos chocaron, Nina se vio reflejada en las llamaradas que los prendían.

—Vuelve a revisar todo, Hans llegará en nada.

En poco tiempo, su casa se había convertido en un nido de agentes que revisaban y que tomaban muestras, cogían huellas de todos lados.

Nina estaba preocupada. A simple vista, no le faltaba nada, aun así, notaba que en la cocina

había algo que no le casaba. Era un cuadrado perfecto, bien ordenado con sus alacenas altas; encima del horno, los fogones al lado del fregadero, bajo el cual había una gran hilera de cajones. La mesa, con sus tres sillas, continuaba pegada a la pared, pero tenía la mente tan bloqueada por Jeff y lo sucedido que no veía con claridad. Revisó todo miles de veces sin encontrar la diferencia.

—¿Nina?

Jeff estaba a su lado, con las manos metidas en los bolsillos.

—Sé que falta algo. —Alzó la vista a la alacena con puertas de cristal, en la que rebotaba la luz que entraba por la ventana, y se dio cuenta—. ¡Mi taza! —exclamó, seria, hacia él—. Mi taza favorita se la han llevado.

—¿Estás segura?

Él se tensó.

—Sí, es esta. —Sacó el móvil del bolsillo del pantalón para entrar en Instagram, donde colgaba gran cantidad de fotos—. Es esta. —Le dio el móvil para abrir la alacena y coger otra—. Verás, este grupo de tazas las compré en Noruega, en un viaje que hice con mis padres. Fue amor a primera vista, y justo la que ves en el móvil es en la que mejor bebo el café.

—Hans.

Jeff avisó a su compañero, que apareció en nanosegundos.

—Dime.

—Se han llevado esta taza.

—¿La taza? —inquirió con un marcado acento austriaco.

—Sí, siempre la dejo ahí. —Señaló un hueco al lado del grupo del fregadero—. Siempre en el mismo sitio.

—No puedes quedarte aquí, Nina. Esto no es una coincidencia, hay alguien por ahí que quiere algo de ti y no sabemos el qué.

Expuso Hans la situación.

—¿Tienes a dónde ir?

A esa pregunta de Jeff negó con la cabeza.

—Puedes venirte con Grace y conmigo.

—¡Ni de puta coña! No pienso ser vuestra carabina, y ni lo pienses que me iré con Anna y Rob.

Robert era el nombre del novio de su compañera.

—Tienes que ir a un hotel.

Aquella sugerencia de Jeff Nina la malinterpretó.

—¿Piensas que tengo tanto dinero como para permitirme estar viviendo en un hotel? —le recriminó a Jeff—. Págamelo tú.

—Podemos hablar con Federico, él puede ayudarte.

La idea de Hans no era descabellada.

—No, Hans, Federico ya tiene bastante con todo lo de Santana's Club...

—Me hago cargo de esta situación.

Jeff estaba nervioso por todo lo que le estaba sucediendo a Nina. Si la visita de Abraham Harland no le había gustado, mucho menos el allanamiento de morada que había sufrido aquella chica, cuya pieza en ese enrevesado puzzle no sabía dónde encajar. Lo único que tenía claro sobre Nina Harland era que trabajaba en Santana's; a partir de ahí, su presencia no debería causar ningún problema, pero ese término la acompañaba.

Le hizo un gesto a Hans para que saliera al rellano con él. Allí pudo tomar una bocanada de aire que retuvo en los pulmones. Era tal su estado de agitación, aunque no lo aparentase, que el pulso le latía en el cuello y en su mente solo había un lema: «No puedes permitir que le pase nada a esa chica. Debes protegerla». Eso era lo que le iba a proponer a Hans.

—Dime.

Hans se colocó frente a él, de espaldas a la casa.

—Ella se va a venir conmigo —le informó sin dilaciones.

—¿La llevas a tu casa? —A eso Jeff asintió en silencio, pues no había marcha atrás—. Tío, no sabemos si está implicada en el caso.

—Hans, los dos sabemos que es inocente hasta que se demuestre lo contrario, y eso ha pasado con las imágenes de las cámaras de seguridad. Quien sea que vaya por ella puede ser el asesino de Michael Harland.

—Sí, es verdad, no tenemos todos los cabos atados. Pero como alguien se entere...

—Por eso te lo cuento a ti, sé que no me vas a delatar.

Jeff se fiaba de él tanto como de Matt o de Dany, después de que desmantelase dos bandas y descubriese que agentes del FBI eran corruptos.

—Piensa bien lo que vas a hacer.

Hans no quería que se precipitase.

—A veces, hay que traspasar lo establecido para hacer lo correcto.

«Te has vuelto a meter en problemas», se regañó a sí mismo. Jeff comprendió de dónde había salido su decisión y que era inútil tomar la revancha con quien no conocía el instinto de supervivencia: el corazón.

Capítulo 8

—Aquí queda bien la cafetera.

Nina dio dos pasos atrás para contemplar cómo se fusionaba con su alrededor.

—¿Era necesario traerla? —inquirió Jeff, que tenía el hombro apoyado en el quicio de la puerta.

Cuando Nina se había enterado del plan de Jeff, había pasado por varias fases. Primero, la negación rotunda; luego, un sí pero no que al final había sido un sí rotundo, no porque fuera de su agrado, sino que el miedo le había ganado la batalla. Ya no era la muerte de Michael Harland ni los enfados de su hermano; alguien había entrado en su casa y nadie sabía la razón. Eso la hacía sentirse muy insegura, temía hasta de su propia sombra.

Sabía que vivir con Jeff no era la mejor idea del mundo, no obstante, o era eso o marcharse al lado de su padre, y no quería meterlo en ese follonazo que le reverberaba en el cuerpo. Era muy malo vivir con miedo. Había aceptado con la condición de irse con su cafetera, que había trasladado embalada en su caja original.

—Es que sin mi cafetera no estaría aquí, y es mejor que la tuya. —La de Jeff era de embolo—. Se integra muy bien con tus electrodomésticos, ¿no crees? —Miró la cocina, era muy práctica y funcional. El color del acero del lavavajillas, los fogones que estaban en el centro de la encimera y la nevera contrastaban con el resto (como las alacenas o los cajones); era todo en colores crema. Contaba con dos ventanas que le daban mucha luz: bajo una de ellas estaba el fregadero; cerca de la otra, había colocada una mesa redonda con tres sillas—. Y si no te gusta, lo siento, me la trajo Federico de Italia.

—¿Fue un regalo de Federico?

—No, se la encargué en uno de los viajes que hizo —le explicó.

—Hubiese sido mejor que fueras a un hotel.

A Nina le dio la sensación de que estaba arrepentido, pues se frotaba los ojos con dos dedos, con la cabeza inclinada hacia abajo. Eso dolió un poco.

—¿Para qué quiero ir a un hotel si tengo a un agente del FBI *atractivo y chenchual* que me protege? —contraatacó Nina.

—¡Gracias por el piropo! —Estiró las comisuras de la boca hacia abajo, asintiendo—. Soy guapo.

—No te subas a los laureles que, cuando os lo creéis, os volvéis insoportables.

—Y lo tuyo fue acomodarte enseguida.

—Es una casa muy acogedora. —No le mentía, lo pensaba, pues había sido la sensación que había tenido nada más entrar, al ser envuelta por ese aroma a hogar que tenían algunas casas. Nina no pudo evitar acercarse a él—. Gracias por acogerme, no tenías por qué haberlo hecho.

—No se dan.

Le restó importancia.

—Lo digo en serio.

—Yo también.

—Otro, en tu lugar, se hubiese desentendido.

—No soy como los otros.

Sus miradas volvieron a engancharse, como de costumbre, con una diferencia. La que Jeff le dedicaba era tan dulce que la hizo temblar de pies a cabeza y cuyo efecto fue inmediato: los ojos se le llenaron de lágrimas. Las emociones que había contenido se desbordaron sin previo aviso.

Se tapó la cara con las manos y, de pronto, unos brazos fuertes la sostuvieron en cuanto su estrecho cuerpo comenzó a convulsionar. Nina necesitaba desahogarse, expulsar todo lo que guardaba dentro. Jamás había tenido tanto miedo. No quería decírselo a nadie, siempre había dado la imagen de mujer dura a la que no le importaba la soledad, sin embargo, la verdad era más seria. Podía estar en peligro.

—Lo siento, es la segunda vez que me ves llorar.

—No me importa. —Le acariciaba la melena suelta con cadencia—. No voy a permitir que te suceda nada, ¿de acuerdo?

—Tampoco lo sabes.

—Aquí, nadie te pondrá un dedo encima.

Aquellas palabras eran mucho más que una promesa, y él las había pronunciado con tanta fuerza que le calentaron el corazón a Nina. Jeff era la primera persona, fuera de su familia, con la que se sentía a salvo.

—Bueno, ya está. —Se separó de él. No quería que advirtiese que estaba a gusto entre sus brazos y, al hacerlo, percibió las notas amaderadas y de canela de su cuello, en el que casi se podía oler el otoño, aunque se mezclase con el aroma del asado que había en el horno—. Tengo que colocar las cosas en el baño.

Salió corriendo de la cocina escaleras arriba. Ese hombre la afectaba.

Al llegar arriba se tomó un instante con la espalda apoyada en la pared y notó cómo el frío se colaba en su interior arañándole la piel. Al lado de Jeff, una parte de ella flaqueaba, esa que solo quería estar con él; la otra la empujaba a revelarse, ya que estar junto a él le producía que el corazón le revolotease cual mariposa y que el alma le vibrase.

Bufó antes de dirigirse al único baño, cuyo tamaño no permitía que hubiese dos personas, a no ser que una de ellas estuviese metida en la ducha. La mente de Nina se encendió: iba a verlo en albornoz o en toalla. Se humedeció los labios ante ese posible espectáculo que no quería perderse, puesto que el cuerpo de Jeff, bajo la ropa, se intuía musculoso.

Cogió el neceser que había dejado sobre el grifo y colocó todo de tal modo que él no se olvidase de su presencia, hasta que abrió el mueble donde iba a guardar el perfume. El *shock* fue inmediato.

—¡Hala! —Giró el rostro hacia la puerta—. ¡Adiós, que este tío gay! —Bajó las escaleras con los dos frascos. Con el pulso acelerado fue a la cocina, donde lo encontró sacando la cena del horno—. Jeff, ¿desde cuándo utilizas perfume de mujer?

—La pregunta correcta es ¿desde cuándo utilizas un perfume de hombre?

Se la devolvió.

—No, Noir Extreme es de mujer.

Jeff cogió el móvil, que había dejado sobre la encimera, y en menos de un minuto se lo dio.

—Lee —le ordenó cruzándose de brazos.

Tenía razón, ¡era de hombre! Colorada, debía buscar una escapatoria.

—¡Ah, vale! Es unisex.

—Te cuesta darme la razón.

—¿A ti no? —Ladeó la cabeza, pues no iba a permitir que él saliera de rositas—. Te fastidia que esté yo en lo cierto, reconócelo.

—Es verdad. Pero, oye, podemos ser ahorrativos. Primero, acabamos uno y, luego, el otro.

—No, gracias, tú lo terminas en un día. Eres un derrochador de perfume.

—Mentira —se defendió.

—Por eso tu coche huele a perfumería.

—Será mejor que nos pongamos a cenar, va a ser más productivo. —Se puso los guantes para coger la fuente—. He puesto la mesa fuera, hay que aprovechar que hace buen tiempo. —Hizo un gesto con la cabeza—. Deja encima de la mesa los frascos.

Nina salió detrás de él y se quedó impresionada. El jardín trasero que había montado Jeff era pequeño pero, al mismo tiempo, era un espacio romántico iluminado por un foco encima de la ventana, desde la que se vía la mesa del comedor a través de las cortinas, además de por unas luces diminutas que parecían estrellas caídas del cielo, pues las estrellas de la bóveda celeste eran la decoración final.

—¡Qué bonito!

Ese hombre la había dejado sin palabras.

—Sabía que podía gustarte y espero que la comida también.

Jeff comenzó a servir la comida.

—Huele muy bien.

Al tomar asiento, acercó la silla más a la mesa.

—Prueba.

Le puso el plato y, nada más respirar el rico aroma, el estómago le rugió. Clavó el tenedor en la esquina de una patata que, al paladar, era cremosa y soltaba un explosivo sabor a orégano, a romero y a otras especias que le hicieron agua la boca. ¡Jeff era muy buen chef!

—Está buenísimo. —Asentía mientras devoraba aquel plato—. Eres un chollito, cocinas y todo.

—Gracias, no se me da mal. —Él le dio un bocado—. Quizás le falta sal.

—¡No! Estropearías el sabor de las especias, a mí me gusta así. —Tras otro bocado, preguntó —: ¿De qué programa lo aprendiste?

—Es una receta familiar.

—¡Ah! De esas que llamáis recetas secretas.

Jeff echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Aquel sonido le encantaba, como le encantaba verlo feliz.

—No, no tiene nada de secreto. Solo está en el aderezo, como en la calidad de la carne. —Se limpió la boca con la servilleta—. ¿Tú sabes cocinar?

—Se me da un poquito como el culo. Sé preparar pasta, aprendí de un cocinero italiano cuando estuvimos allí. Preparo un *brownie* muy bueno y hago unos creps salados que aprendí en Francia. Es lo mejor que hago.

—Viajaste mucho.

Esa afirmación por su parte no la cogió de sorpresa.

—Por el trabajo de mi padre. —Bebió un trago del vino tinto que Jeff había escogido y que era el mejor compañero para el asado—. No es mi padre biológico.

—No lo sabía.

Jeff se centró en ella y se olvidó de comer.

—Me investigaste, no seas mentiroso.

—Cuando vi el nombre de tu padre, dejé de leer tu información. —Se encogió de hombros—. Es verdad.

—¡Le tienes miedo!

—Solo impone un poco.

Nina se reclinó en la silla para continuar, era la primera vez que a un desconocido como Jeff le contaba su historia.

—Nunca conocí a mi verdadero padre, tampoco quiero hacerlo a mis treinta años porque ya tengo uno, el hombre que me crio y me ha dado su apellido aunque yo siga utilizando el de mi madre. Él es mi padre. Mi madre me tuvo de soltera y sola, sus padres nos repudiaron. Luego, conoció a mi padre y nuestro pequeño mundo se agrandó.

—¿Cuántos años tenías?

—Tres años cuando se enamoraron y cuatro cuando se casaron.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

Nina se fijó en que estaba nervioso y jugueteaba con la copa.

—Sí. —Nina volvió a atacar a la comida—. Lo siento, llevo casi todo el día sin probar bocado.

—Adelante. ¿Cómo es que no tienes a nadie aquí?

—Mi vida está en California. Mis amigos, mi gente vienen en verano y cuando pueden, porque todos trabajamos y algunos ya han montado sus familias.

—¿No eres de Nueva York?

—Nací aquí y crecí por el mundo. Fue en California donde conseguimos establecernos de un modo permanente. Allí terminé la universidad, en Berkeley, y murió mi madre.

—Lo siento —le susurró para que solo ella lo escuchase.

—Hace dos años. Fue el momento en que lo dejé todo, me lie la manta a la cabeza y vine en cuanto me llamaron de Santana's Club. Ahí conocí a mis compis, Anna y Grace. Mi vida social es muy cerrada. Decir el nombre de mi padre es bueno, te abre puertas; pero, por otro lado, se te acercan los pijos y los hijos drogatas de los ricos.

—¡Joder! Vaya retrato de la clase alta.

—He visto mucho. —Dejó la servilleta sobre las piernas antes de beber varios tragos de vino para coger fuerzas y atreverse a preguntar—. ¿Y tú?

—No tengo mucho que contar.

Negaba con la cabeza.

—Algo habrá.

—Nací en una familia de clase media, mi padre es asesor financiero, mi madre es secretaria de un dentista. Fui a Harvard gracias a una beca de deporte.

—¿Cuál?

—Beisbol.

—Me hubiese gustado verte jugar.

—Para tu desgracia, era uno de los mejores del equipo, pero una lesión me alejó del juego profesional. Por eso, tras graduarme, me fui a Quantico, a la academia del FBI.

—Así nació el agente valiente Anderson. —Ese comentario hizo que Jeff pusiera los ojos en blanco—. Era broma, ¡ag! Chico, de verdad, qué poca gracia tienes.

—Lo sé.

La parte cotilla de Nina se despertó de repente, al darse cuenta de un detalle que no había tenido en cuenta.

—Oye, no habrá por ahí una señora Anderson o una novia, ¿verdad? No quiero problemas de faldas, ya tengo suficiente con el puercoespín de Abraham Harland.

—Ni una cosa ni la otra, y nunca la habrá.

Jeff se levantó y la dejó sola. Nina lo siguió con la mirada. Había visto tanto dolor en su rostro que supo que Jeff guardaba algún tipo de secreto o agonía que todavía le sangraba, y ella no era quién para hurgar.

Capítulo 9

Tras aquella huida de Jeff, a Nina se le hizo todo cuesta arriba debido, más que nada, a que no le gustaba ver como el dolor, incluso el rencor, se apoderaban de él, por mucho que se lo pasase bien picándolo.

Se sintió mal por haber abierto la boca solo para saber más, cuando a lo mejor no le interesaba darle ningún detalle de su vida. ¡No había aprendido! «Escapar no sirve de nada si el dolor te acompaña y, sin embargo, es la única forma de sobrevivir», se recordó a sí misma lo que había hecho. Debía darle espacio a Jeff. Aun así, tenía unas ganas irrefrenables de abrazarlo para borrar esos malos sentimientos.

Esa noche, al igual que las anteriores, apenas pegó ojo. Le resultaba difícil estar en una casa y cama extrañas; a todo ello se le sumaba que, en lo poco que había dormido, había tenido sueños raros en donde la ficción se mezclaba con la realidad de los acontecimientos que se acumulaban en su vida.

Como era normal, el amanecer la encontró sentada en la ventana, con la mirada perdida en la calle, con la mente en blanco para no pensar en nada, aunque resultaba difícil al saber que Jeff estaba tan cerca. Bailaba en sus pensamientos como un gnomo travieso que se negaba a desaparecer, y ella no podía hacer nada porque ese hombre era lo más seguro que tenía; si estaba en problemas, él la salvaba. Era una especie de Superman que ella no había pedido, pero le gustaba. Había un problema: se estaba acostumbrando a su presencia, ¿qué pasaría cuando todo se terminara? Nina tenía claro que le gustaría mantener el contacto, aunque lo dudaba por su parte.

Se acordó de que Jeff había avisado a Maxine y a sus amigas para no dejarla sola. Así fue. No le había mentado. «Este hombre te está cuidando. ¡Qué mono!», pensó antes de abrir la puerta a Maxine, que le presentó a sus amigas. Se habían reunido porque Nerea era diseñadora y participaba en la semana de la moda de Nueva York; a mayores, incluyeron a Kiki, a quien conocía de vista por Santana's Club. Las cinco chicas la saludaron muy amistosas.

—¡Ay, querida! —Maxine, tan cariñosa como siempre y vestida de premamá por su embarazo, la abrazó—. Nos hemos enterado de que han entrado en tu casa. ¿Cómo estás? —le preguntó.

—He pasado por mejores momentos. —Se encogió de hombros mientras les preparaba un café—. Lo que no sé es quién quiere joderme la vida, o si todo ha sido una coincidencia.

—¿Jeff sabe quién fue? —se interesó Carolina, una mujer morena muy delgada y atlética—. ¿Se sospecha de alguien?

—Hasta donde yo sé, no —contestó Nina, sirviéndoles los cafés que había preparado.

—A ver, sé por Grace que ni Hans ni Jeff tienen un sospechoso —contó Sony.

—Y se creen los amos del FBI, ¡hay que joderse!

Nina se sentó a la mesa con ellas.

—Es todo muy raro —dijo Nerea, la chica de media melena castaña—. Primero, aparece un muerto en Santana's, ahora entran en tu casa. ¿Estará todo relacionado?

—Imposible —contestó con rapidez Nina—. Michael Harland y yo no somos parientes, ni nada. Lo único que nos une es Santana's, y dudo que ese sea un motivo de peso para entrar en casa de una persona.

—¿Qué se llevaron?

Alex, a la que conocía por haber donado un cuadro a Santana's, abrió la caja de los donuts, que atacó como una fiera hambrienta.

—Mi taza favorita. —Con su confesión dejó a las chicas congeladas—. Hace falta ser anormal para entrar en una casa solo por una taza. ¿Alguien lo entiende?

—Eso mismo pienso yo —afirmó Alex con la boca llena.

—¡Ay, qué quilombo! —exclamó Maxine, que cortaba con los dedos un pedazo de dulce—. ¿Te ha contado Jeff cómo murió Harland?

—No, eso lo sé por mi padre —le respondió—. Envenenado.

—Le echaron arsénico en la copa.

Nina abrió la boca con esa información de Sony.

—¡Jo-der! —exclamó Kiki, que miró a las chicas, que asentían en silencio. Nina tampoco sabía ese detalle—. Vamos a ver, ¿estaba metido en asuntos oscuros?

—Hasta donde yo sé, no.

Alex atacó otro donut.

—Dany me aseguró lo mismo —confirmó Sony, que había terminado de comer.

—Lo único que sé es que mi nombre no salió en la prensa gracias a Marcelo, y fue Federico quien me lo dijo.

—Sí, se lo pidió. —Suspiró Maxine, que también estaba preocupada por todo lo que estaba pasando—. Esperemos que pronto se sepa y te felicito, querida, me encanta este café.

Las demás se sumaron a las felicitaciones.

—Gracias, es de la cafetera que me trajisteis de Italia y que Jeff no quería que trajera.

—¿Qué tal con él?

El cambio de rumbo de la conversación que hizo Maxine no cogió de susto a Nina.

—Bien, pero ayer por la noche, durante la cena, metí la pata porque le pregunté si había

alguna mujer en su vida.

—No la hay —respondió Sony.

—Y nunca la habrá, según él.

—No se lo tengas en cuenta, el verano no ha sido la mejor época de Jeff —le explicó Alex.

—¿Cómo es eso?

Nerea cogió su primer donut.

—Si él algún día te cuenta esto, hazte la sorprendida —le pidió Alex, a lo que Nina asintió—.

Había una mujer que le gustaba y se casó, pero, para colmo de males, lo invitó a la boda.

—¿Fue? —quiso saber Nina.

—Sí, según él, para creerse lo que iba a pasar.

Se metió Sony en la conversación.

—Hace falta ser masoca —musitó Nina.

—Por eso está cerrado al amor. —Alex se chupó un dedo—. Pero me ha contado Matt que nunca lo ha visto con una mujer como está contigo, preocupado y protector.

—Dany dijo lo mismo cuando se enteró de que te trajo a vivir aquí —añadió Sony.

—Por cierto, que sepas que, el día del interrogatorio, te defendimos —le confesó Maxine—. ¿Cómo se le puede preguntar a una mujer si mantiene relaciones con un anciano?

—Eso mismo pensé yo. Si es para ligarme, lo está haciendo como el puto culo.

Se limpió la mano con una servilleta. Nina todavía no había superado aquello.

—Según alegó, era porque debía preguntarlo, es su trabajo.

Nerea se reclinó en la silla.

—Ahora, resulta que es todo por trabajo, pues nada, lo que él diga.

Nina no entendía nada y eso la ofendía, porque era verdad: a veces, se mostraba protector y, luego, lo jodía.

—Te gusta —afirmó Alex, que la escrutaba desde el otro lado de la mesa—. Jeff te gusta, ¿me equivoco?

—No lo haces y no lo voy a negar cuando me caracterizo por el «sincericidio».

—«Sincericidio» —repitió Kiki, que calibraba aquella palabra asintiendo.

—Sí, es el término que utilizo al ser tan sincera y sin filtros, como soy —lo explicó.

—Me gusta.

Se rio Carolina.

Nina iba a ser brutalmente sincera con ellas:

—Jeff tiene un buen polvazo.

Eso levantó las exclamaciones de todas.

—Eres tremenda, Nina. —Se carcajeó Maxine—. ¿Se lo dijiste?

—No, creo que no. Aunque tiene una vena corta rollos que no me gusta.

Reconoció lo que para ella era verdad.

—Lo que te recomiendo —empezó Sony con su consejo— es que lo saques de ese caparazón

en el que está metido y le recuerdes qué es estar con una mujer.

—Si se deja lo hago. Si no, se queda en eso, una fantasía mental. —Todas se rieron. El ruido de la puerta al abrirse las interrumpió—. Hablando del rey de Roma, por la puerta asoma. ¿Jeff?

—Hola —la saludó impertérrito y sin casi color en la cara, lo que frenó a Nina para meterse con él—. Hola, chicas.

—¿Qué pasa? —Nina se levantó y se acercó a él sin pensarlo dos segundos. Nina, movida por un impulso que salió de lo más hondo de su ser, lo abrazó al verlo tan paralizado. Solo quería darle el ánimo que le faltaba. Jeff tardó unos segundos en corresponderle, pero al fin fue capaz de ponerle las manos en la espalda a medida que la estrechaba entre sus brazos y le estrujaba la camiseta. Estuvieron un rato sintiéndose, se sostenían el uno al otro, porque en esos instantes existían solo ellos en la tierra. Nada más importaba—. Dime qué pasa.

Él se separó un poco para mirarla a la cara.

—Me tienes que acompañar.

—Vale, ¿a dónde?

Nina aún tenía las manos puestas en su cuello y lo acabó por soltar.

—A la casa de Michael Harland —confesó al fin.

—Jeff, te pido que te expliques por...

La voz de Maxine se fue apagando, ya que Nina levantó el brazo para que se callara.

—¿Por qué? —Dio un paso hacia atrás. Su instinto se puso en alerta y una voz en su interior, esa que obviaba muchas veces, le advertía que saliera corriendo. El silencio de Jeff tampoco la ayudaba a calmarse—. ¡Jeff, por Dios, habla! —le exigió casi a voz en grito para que espabilase.

—Te ha incluido en su testamento.

Capítulo 10

«Te ha incluido en su testamento». Nina repetía una y otra vez aquella frase para sí misma, como si hubiese sido lo último que había escuchado en la vida. Con la mente totalmente nublada, sin comprender nada, se calzó unos zapatos de tacón antes de irse con Jeff y rechazar la oferta de las chicas, que estaban dispuestas a acompañarla.

Ya en el coche no podía evitar mover la pierna derecha a causa de los nervios. Tenía tics que nunca había sufrido. ¿Por qué le sucedía todo a ella?! «Que me caiga también un aerolito del cielo, es lo único que me falta», se rio histérica de sí misma y, por primera vez, tenía que hablar para romper el silencio que Jeff cuidaba.

—Jeff, ¿por qué me ha incluido en el testamento? No lo entiendo, no teníamos ningún tipo de relación más allá de Santana's Club, en serio.

Bajó la ventanilla y apoyó el brazo en el hueco.

—No lo sé.

Él negó con la cabeza.

—¿No lo sabes o no quieres contármelo?

La ansiedad hablaba por ella.

—¿A qué viene eso?

—No me dijiste que Harland había muerto por el arsénico.

—Está prohibido hablar de un caso abierto...

—Fui yo quien lo encontró, ¿vale? Y ahora me entero de que me ha incluido en el testamento.

—Giró el rostro hacia la ventanilla para coger un poco de aire. Necesitaba respirar a causa del hueco en su pecho—. Me lo han contado las chicas, y hubiese agradecido que tú me lo dijeras.

—¡Serán cotillas!

—No te permito que las acuses cuando todo se puede poner en mi contra, ¿o es que nadie va a pensar que yo lo influencié para obtener parte de su dinero?

—Nadie puede pensar así hasta que se demuestre lo contrario. —Nina se fijó en la fuerza con la que agarraba el volante—. Y si lo hacen, que lo hagan, solo debe importarte lo que yo piense e investigue.

—¡Por que tú lo digas no te jode!

Jeff aparcó al lado de la propiedad de Harland y se quedó sentado mirando al frente, perdido en sus pensamientos, esos a los que Nina era incapaz de llegar. Abrió la boca para hablar, pero prefirió esperar a que él dijera algo.

—Nina, eres inocente y desde el principio lo sé. —Él, poco a poco, giró el rostro hacia ella. Cuando sus ojos tropezaron, él le clavó una dulce mirada que en ese momento la hizo flaquear—. No estás sola...

—Hasta que se demuestre lo contrario —terminó por él.

—No digas gilipolleces. ¿No te das cuenta de que hemos registrado tu casa el día que te entraron a robar?

—Y mandaste buscar arsénico.

—Hubiese aparecido. No eres una asesina. —Él la acalló poniéndole un dedo sobre los labios. Ese contacto originó que la calidez de la piel de Jeff la recorriera con sus tentáculos y que Nina solo pudiera estar pendiente él. Jeff era lo único que existía—. Mi instinto lo dice y nunca me ha fallado. He visto mucho a lo largo de mis años de servicio y sé reconocer si alguien miente, esconde algo o, si por el contrario, dice la verdad. Desde el principio has demostrado ser más transparente que las aguas del Hudson.

—Gran comparación. —Él se rio y Nina supo que esa risa era la armonía que serenaba los latidos desacompañados de su corazón—. En vez de decirme que soy guapa, como un hombre normal, no. «Eres más transparente que el río», me encanta.

—Aun encima que te piropeo.

—Piropos así guárdalos para ti.

—Te voy a poner al tanto de lo que está pasando. Hoy debería leerse el testamento, pero nos hemos encontrado con tu nombre y con que hay dos. La agencia quiere verificarlos y debes estar presente. —Nina asentía a toda esa información que le estaba cayendo como una cascada—. No estás aquí por que creamos que seas culpable. Bórrate esa idea de la cabeza, ¿vale, preciosa?

No apartó los ojos de ella, al contrario, un oscuro brillo de deseo irradió en sus iris antes de que se bajara del coche. Nina abrió la boca todo lo que le dio al escuchar ese «preciosa». ¡No se lo podía creer! ¿Se estaba quedando con ella? ¿Quería relajarla? Pues, diciéndole palabras así, conseguía el efecto contrario, ya que el mundo se había parado.

—¿Me ha llamado preciosa?

Se había quedado a cuadros. Unos golpecitos la asustaron.

—Baja.

Subida en una nube y con la cabeza volada, Nina lo obedeció y, por si todo aquello no fuera suficiente, él la cogió de la mano.

—Pero...

Ella miraba asombrada la unión de sus manos.

—Te lo he dicho, no estás sola.

Decir que Nina estaba perpleja era quedarse corto: tenía el corazón en la boca, las rodillas le temblaban y nunca le dio tanto miedo andar en tacones, pues juraría que el suelo era movedizo.

Ni cuenta se dio de que, para acceder a la gran mansión de Harland, había que pasar por un arco que dirigía a una escalinata de piedra. Al entrar Nina no se fijó en el gran pasillo, en la mesa central de cristal que había en el vestíbulo ni tampoco en las paredes llenas de cuadros y retratos. Jeff la condujo hacia el fondo, a un enorme salón con una mesa gigantesca con más de veinticuatro sillas, en donde la esperaban Matt, Dany, un hombre trajeado sentado en la cabecera con varios papeles delante y, cómo no, el hermanísimo.

—¡Fulana! ¿Qué has hecho? —En dos saltos Nina lo tenía encima—. Le comiste la oreja a mi hermano para que te dejara una limosna, ¿verdad?

El fuerte olor a alcanfor le picó en la nariz, y estornudó encima del hombrecillo sin poner la mano. Lo hizo a propósito.

—¡Uy, lo siento! Es que el olor que desprende me da alergia.

—¡Maleducada! ¿Quién te crees que eres?

Nina estornudó otra vez.

—Se me escapó otra vez. —Se cogió la punta de la nariz entre dos dedos para rascarla—. Es que la luz del sol se refleja tanto en su calva que no lo pude evitar.

—¡Esto es una vergüenza! —exclamó mirando a Jeff.

—¿Verdad que sí? —respondió Nina, metiéndose con aquel hombre, que la quitaba de sus casillas.

—Cálmese —le pidió Jeff poniéndose en medio—. Cálmese, o me veré obligado a interrumpir esta reunión.

—Deténgala —le ordenó a Jeff—. Ladrona —la acusó.

—Lo que usted diga.

Nina se sentó en una silla tranquila. No iba a permitir que ese trol la molestara.

—Cállese —le dijo Jeff—. Con este carácter no va a solucionar nada, así que le recomiendo que tome asiento mientras mi compañero verifica los dos testamentos.

—¿Dónde están? —le inquirió Matt al hombre trajeado, que se los dio sin pronunciar palabra.

Nina sopesó la posibilidad de que se tratase del abogado de Michael Harland. Mientras Matt estudiaba con una lupa las dos firmas, Nina se frotó las manos debajo de la mesa; el ambiente a su alrededor había bajado bastantes grados, pues no sabía a lo que se podía enfrentar. Pensando, llegó a la conclusión de que, a lo mejor, necesitaría ayuda legal; debía hablar con su padre y protegerlo para que no se viera envuelto en ese caos. Nunca les había dado problemas a sus padres, pero todo indicaba que esa línea se había roto.

«¡Dios, cómo tarda Matt», pensó y resopló para sus adentros. Así lo notaba: los segundos se convertían en minutos; los minutos, en horas que se prolongaban más de lo que ella podía aguantar.

—Son falsos, ¿no es así? —le preguntó Abraham, que estaba sentado a la derecha del trajeado.

—Así es —contestó Matt.

—¡Lo sabía! Esta es la prueba que te llevará a la cárcel.

Señaló a Nina furioso.

—De momento, lo dudo —le paró los pies Matt.

—¿Y eso por qué? Todo indica que mi hermano lo hizo bajo coacción.

—No, señor Abraham, los dos testamentos son falsos.

Matt, al fin, daba su veredicto.

Nina, de inmediato, miró a Jeff que, al mismo tiempo que Dany, se acercaba a Matt, que continuaba en su asiento, golpeteando la lupa sobre los papeles. Aquello había dado tal giro inesperado que comenzó a respirar de forma errática, sudaba frío y el pulso le presionaba los oídos.

—Fue ella quien los ha firmado —la acusó Abraham—. Ella se quiere quedar con más de setenta millones.

—Pero ¿qué dice? ¿Está loco? —se defendió de las acusaciones absurdas de Abraham.

—A mí no me engañas, sinvergüenza. —Se levantó furioso—. Eres una asquerosa ladrona que vas buscando dinero.

—Váyase a la puta mierda, ¿me ha oído? —La lengua de Nina se desató por culpa de su estado de nervios—. ¿Puede ser que usted quiera ese dinero para no compartirlo con nadie?

—Te voy a denunciar.

—Hágalo —lo animó extendiendo los brazos hacia delante. Todos los músculos del cuerpo le temblaban, lo cual era visible para los que la miraban—. Hágalo si se queda más tranquilo, pero sé que puedo demostrar mi inocencia.

—Eso está por verse.

Le sonrió con tanta maldad que un escalofrío le recorrió la espalda a Nina. Ella, sin amilanarse, le lanzó una mirada furibunda a Jeff.

—Te aconsejo algo: estate pendiente de esa bola brillante de hombre. Y, usted, ¿puede ser que le interese tanto el dinero de su hermano que no está dispuesto a compartirlo con nadie?

Le lanzó la pregunta a Abraham antes de salir de aquella casa.

—Llévároslo de aquí.

Oyó a Jeff, pero Nina ya no entraba en razón. Las acusaciones de Abraham y la falsificación solo hicieron que se hundiera más. Ese viejo saltarín la había tomado con ella cuando nada tenía que ver con Michael Harland. Esa era la única verdad a la que se podía agarrar, tampoco sabía cómo lo iba a demostrar.

A grandes zancadas llegó a la acera y se apoyó en la pared para tomar varias bocanadas de aire; hacía rato que no se le llenaban los pulmones. Al abrir la boca salió un quejido, a la vez que las lágrimas le picaron en los ojos. Se los frotó con el dorso de la mano.

—Nina.

Jeff le puso una mano en el hombro.

—¡Uf! Ahora tú no.

—Nina, por favor, tranquila.

Sin Jeff saberlo, despertó al monstruo que llevaba dentro.

—¿Qué me has pedido? —De un manotazo lo separó de ella, mucho menos le permitió hablar —. Tranquila, ¿verdad? Tranquilidad cuando dicen que te van a denunciar y no te paran de acusar de ser una buscona o una ladrona. —Señaló a la casa con el apuntador y el brazo estirado —. Céntrate en ese enano saltarín, porque no necesito tu ayuda, tampoco la tengo.

Se echó a caminar.

—¿Adónde vas?

La cogió por el brazo.

—No te importa y te pediría que no me siguieras.

Temblando como una hoja y sin poder parar los espasmos del cuerpo, lo dejó allí plantado como una seta.

La cabeza tardó más en comprender lo que estaba claro en su corazón: no se podía decir «gustar» a algo que se acercaba peligrosamente al amor. Por eso debía alejarse de allí. Jeff la había decepcionado, no había sacado la cara por ella, y no quería que él se diera cuenta de que su comportamiento era el mismo al de cualquier chica que quería ser conquistada, pero que jamás admitiría que se había enamorado a causa de un flechazo.

Capítulo 11

Jeff, desde hacía meses, tenía claro que el amor era una mierda y que debía huir de él de todas las maneras posibles. Se lo había prometido a sí mismo, lo había cumplido; sin embargo, en los últimos días, Nina se lo había puesto muy difícil. Tenía tantas ganas de consolarla, de abrazarla para protegerla, incluso de hacerle el amor, que aquel rechazo le escocía como un bofetón.

«No necesito tu ayuda, tampoco la tengo», recordó. Era cierto: no había frenado al gilipollas de Abraham Harland, había permitido reiteradas veces que la insultara y, en aquellos momentos, cuando ella más sola se encontraba, no había abierto la boca. «¡Maldita sea! ¿Cómo no fui capaz de pararle los pies a Harland?», se recriminó. Estaba frustrado consigo mismo. «Nunca jamás la volveré a dejar sola», se prometió a pesar de que la cabeza seguía repitiéndole: «No te enamores. Guarda las distancias», pero su corazón fue por independiente e hizo lo que le dio la gana.

—¡Me estás oyendo!

Matt le chasqueó los dedos en la cara.

—Sí, sí.

Se removió en la silla luego del susto inicial.

—¿Qué estaba contando? —Dany se cruzó de brazos en tanto se reclinaba en la silla a la espera de que su amigo hablara, no obstante, Jeff se mantuvo en silencio—. ¿Dónde tienes la cabeza?

—Con Nina —contestó Matt.

De repente, Jeff notaba que su despacho —un cuadrado perfecto de grandes ventanas, con puertas de cristal y decoración simple que no iba más allá del escritorio y dos sillas que ocupaban Matt y Dany— se hacía cada vez más pequeño, lo aplastaba y que la sensación de ahogo se acrecentaba. Se tuvo que aflojar la corbata antes de coger la taza de café caliente que había traído Hans, que se mantenía en silencio en un segundo plano.

—Sí —confesó con voz estrangulada—. Me arrepiento de no haberle cerrado la boca a Abraham.

—Jeff, sabe defenderse sola —dijo Matt—. Esa mujer tiene un carácter indomable.

—Era lo mínimo que podía hacer: no permitir que la insultaran delante de mí.

«Lo hecho, hecho está», le recordó su conciencia.

—Te afecta más de lo que pensaba y jamás te vi así por ninguna mujer —aseguró Dany, que parecía asombrado por ese cambio en su amigo.

—No quiero que le pase nada.

Ese temor se le quedó atrapado en el corazón. «No te importa y te pediría que no me siguieras», recordó la advertencia de Nina.

—Creo que estamos ante el ejemplo claro de un hombre que se ha enamorado y no lo quiere ver.

Aquellas palabras de Matt fueron como una bomba atómica.

—¡Eh! Por ahí sí que no. Solo me preocupo por ella, ¿estamos? —les advirtió a todos—. Enamorado, lo que hay que oír.

—Estás enamorado —se pronunció Hans, a quien Jeff casi mató con la mirada—. Es obvio.

Se encogió de hombros.

—Hans, has dado en el clavo. —Rio Dany—. Creo que Diana ha quedado en el pasado, señores, ¡démosle las gracias a Nina!

—Un poco de «por favor».

Jeff quería poner orden, incluso en su mente, ya que el deseo que le rondaba era convertirse en un satélite de Nina para saber qué estaba haciendo.

—Reconócelo.

Matt nunca se plantó delante de él con tanta firmeza y aferrado a lo que él creía que pasaba.

—Y si lo estoy ¿es un delito? —Les lanzó la pregunta, a la que no respondieron—. No sé cómo sucedió, he intentado que no, por eso me muestro ante ella bastante indiferente. Pero sé que en el amor no existe la indiferencia, hoy lo he comprendido.

—Es todo un paso que te sinceres después de todo lo que has vivido.

Matt agradecía su sinceridad.

—Te mereces ser feliz —añadió Dany—. Además, nadie puede escapar del amor.

—Lo sé. Cuanto más intentas huir, siempre te aparece delante. —Asintió, ya que era lo que le sucedía: cuanto más alejada quería a Nina, más presente la tenía—. Solo quiero que esté bien, a salvo.

—Pues para hacerlo no tenemos tiempo que perder, debemos demostrar su inocencia y pararle los pies a Harland —sentenció Hans antes de pegarle un trago a su café.

Jeff les dio la razón en silencio a las palabras de su compañero.

—Matt, empieza otra vez, por favor —le pidió.

—¿Me vas a hacer caso? —le inquirió este un poco desconfiado.

—Sí —le aseguró con firmeza—. ¿Cómo sabes que son falsos esos testamentos?

—Por la firma de los testigos: la velocidad y la presión son iguales en los dos testamentos. Eso es imposible. Todos firmamos de un modo, con una velocidad determinada; dependiendo del estado de ánimo, varía, incluso, la presión. Pero, en las cuatro, hay las mismas anomalías, por lo

que están firmadas por la misma persona —les explicó.

—Vale, entonces, hay que verificar la firma de los testigos y hacerles todas las pruebas que sean necesarias a esos testamentos. —Miró a Dany—. Con respecto a Abraham, me contó Federico, hará unos cuantos días, que le encantan las apuestas y se relaciona con gente bastante peligrosa.

—Estoy investigándolo —contestó con rapidez Dany—. Necesito recabar más información, no solo en Erlington.

—Siendo así, Hans, trabajarás con él —le indicó—. Pásale todo la información que tengas hasta ahora. Tened cuidado de que no se entere y, Hans, si es necesario, hazte pasar por asegurador. —Hans asintió en silencio a esa idea, que se acercaba más a una orden—. Quiero saberlo todo de ese hombre y, si es necesario, hablaremos con Federico. Matt, de momento, ayúdales. Si te requiero, te aviso.

—¿Qué vas a hacer tú? —le preguntó su amigo, que lo observaba con detenimiento.

—Proteger a Nina de Harlang. La odia y no sé por qué. —Meditó un minuto sobre ese asunto: ¿por qué esa inquina hacia una persona que no conocía? Debía averiguarlo—. A trabajar, chicos.

En cuanto los tres salieron de su despacho, Jeff giró la silla para contemplar cómo los rayos del sol brillaban sobre los cristales de los edificios que había enfrente. Los veía sin ver, ya que su mente y su corazón estaban muy lejos de allí, incluso sus pensamientos:

A veces, tenemos que mirar hacia atrás, aunque nos duela, para ver qué errores hemos cometido y a dónde no queremos regresar. Lo que en un principio creíamos que era lo correcto y por lo que arriesgamos demasiado resulta que con el tiempo pierde sentido. Por eso, cuando tenemos delante de las narices esa segunda oportunidad que nunca creíamos volver a tener, o simplemente estábamos cerrados a ella, es un partir de cero. A veces, aprovechamos esa segunda oportunidad, pero otras veces la dejamos escapar, se nos escurre entre los dedos como el agua. Eso es lo que no quiero con Nina.

Hay veces que tenemos que romper las reglas para hacer lo correcto.

Lo correcto es Nina.

El corazón se le paró y, por un instante, pensó en todo lo que podía hacer por ella, mientras que en su mente se reafirmó la idea de que no podía dejarla escapar.

Capítulo 12

En más de una ocasión, he pensado que eso que llamamos dolor es temporal, porque hay veces que dura un minuto; otras, más de una semana; en otros momentos, se alarga tanto que se convierte en parte de ti y se desdobra en un compañero inseparable e infatigable. Es entonces cuando creemos que nunca va terminar, o que terminará con nosotros, hundiéndonos en esos antros oscuros en los que nos perdemos.

Pero el orgullo es el que nos mantiene en pie, nos hace olvidar y que continuemos adelante, empezar de nuevo y nos da la esperanza que nos falta, aunque nunca borrará las cicatrices que tenemos. Por eso pongo en duda que mi decisión de haberme trasladado a Nueva York fue la peor decisión que he tomado. Me tuve que haber quedado en California, allí tenía una vida, aunque la pérdida me desgarrara por dentro. Estoy destrozada por todo y por todos. No sé si aguantaré más, lo que sí tengo claro es que debo poner punto y final a esta situación. Debo hablar con Jeff.

Nina meditaba hecha un ovillo en el sofá, envuelta en la oscuridad que desprendía la casa de Jeff al no tener ninguna luz encendida, al igual que estaba su alma, superada —como estaba— por todos los acontecimientos. Esa parte de su carácter, guerrero y duro, solo se centraba en proteger a esa Nina más débil que se quebraba con facilidad, por eso apenas le quedaban fuerzas para continuar.

A lo largo del día, en compañía de las chicas, tomó la decisión de alejarse de Jeff, así él podría hacer su trabajo como debía. Le gustaba mucho, le gustaba estar con él, su compañía, su presencia, que no la dejaba indiferente; sin embargo, esa mañana había esperado más de él cuando no lo obtuvo, fue un chasco.

Sus sentimientos lo estaban complicando todo. Le complicaban la vida. ¿Quién era ella para exigirle nada a Jeff? No estaban saliendo juntos, no era su pareja, ¡no eran nada! De ahí que quisiera alejarse. Estaba acostumbrada a sacarse las castañas del fuego y debía volver a hacerlo, debía mostrar su inocencia. Esa mezcla entre emociones encontradas y silencio consiguió que reafirmara su decisión.

El sonido de la cerradura hizo que contuviera el aliento, no quería que él la descubriera. Gracias a la luz de fuera, lo vio moverse en la oscuridad, colocó la chaqueta en el sillón y solo encendió la luz del comedor, lo que dejó la parte del salón como un agujero negro. Entró en la cocina y Nina sabía con lo que se iba a encontrar, con una nota que le decía que la cena estaba

guardada en el horno.

—¿Nina? —Salió como una exhalación para subir escaleras arriba—. ¡Nina! —Lo oyó abrir y cerrar puertas, así como al rato bajar a la carrera—. ¿Qué ha pasado? ¡Joder! —Apoyó las manos en la mesa para sostener el peso del cuerpo y hundir la cabeza entre los hombros. Algo se acabó de romper en su interior—. ¡Maxine! Ella debe saber algo.

Sacó el móvil para llamar. Nina, al darse cuenta de lo que iba a hacer, se levantó como un resorte. No podía ir molestando a la gente a esas horas de la noche.

—¿Qué haces?

Lo cogió del brazo para impedirle la llamada. Él se giró y, por unos instantes, la observó como si le costara creerse que estaba ahí, delante de él. Así, se fijó en cómo las líneas del rostro de Jeff se iban relajando, pero no se deshacía de la preocupación.

—¿Qué ibas a hacer? —le repitió la pregunta.

—Nina. —Agitó la cabeza y cerró los ojos como si saliera de una ensoñación—. Yo... ¿Dónde estabas?

—Tumbada en el sofá, lo que pasa es que no me viste.

De repente, Jeff salvó la distancia que los separaba para estrecharla entre sus brazos. Nina, al sentir la fuerza con la que la apretaba contra su cuerpo, se dejó acunar por ese hombre, que la hacía renacer entre sus propias cenizas como el ave fénix y que valía más que mil palabras, pues, por primera vez, notó como su alma se fundía con la de Jeff, a la vez que sus cuerpos lanzaban esos mensajes que no salían a través de las palabras. Querían permanecer así, estar toda la eternidad unidos por algo a lo que ninguno se atrevía a ponerle nombre o hablar de ello.

Nina se puso de puntillas para colgarse más del cuello de ese hombre, cuyos abrazos eran sanadores y la hacían bailar como el fuego bajo la lluvia. Él conseguía lo que muchos no habían podido: estar a salvo, bien con el mundo y consigo misma. El jersey que vestía se le fue subiendo, y notó sus manos sobre la piel; la calidez que desprendían irradió como rayos que terminaron en un cosquilleo en sus pliegues íntimos. Debía poner fin a todo eso.

—Jeff, tenemos que hablar —le susurró para no romper la burbuja que habían creado, aunque con miedo de que sus sentimientos tomaran la palabra.

Él la separó con delicadeza, como si no quisiera que desapareciera. En cuanto sus ojos tropezaron, Nina se volvió a ver reflejada en ellos, con una diferencia: parecía que Jeff le mostraba como él la veía, y eso le puso la situación tan difícil que le costó hablar.

—Siento lo de esta mañana, Nina —se le adelantó arrepentido—. Debí meterle el puño en la boca a Harland.

—No soy la única agresiva.

Le hizo gracia el comentario de Jeff.

—Debí saltar al primer insulto.

—No, Jeff.

—¡Qué! —exclamó él con el ceño levemente fruncido, no estaba comprendiendo nada.

Ella tragó con fuerza antes de hablar.

—Ese no es tu trabajo, sino encontrar la verdad en todo este asunto.

—Debí pararle los pies por ti, Nina.

—Me voy, Jeff —soltó a bocajarro.

Nina, en cuestión de nanosegundos, percibió como una mezcla de hielo y silencio caía sobre sus cabezas y congelaba el ambiente a su alrededor; el aire que respiraba era tan gélido que le arañaba la garganta a su paso. Lo que la puso en alerta fue la falta de reacción de Jeff.

«¿Este no estará al borde de un ataque?», se inquirió a sí misma.

—¿Qué? —Jeff parpadeó dos veces antes de decir—: ¡No!

—Sí, Jeff, debo hacerlo.

—No.

—La decisión está tomada.

—¿Sin tener en cuenta lo que pienso?

Aquella pregunta la cogió por sorpresa.

—Sí. —Se debía mantener firme—. No quiero interferir en tu trabajo y creo que lo estoy haciendo.

—Es mentira. ¡Joder, Nina!

Se pellizcó el puente de la nariz mientras negaba con la cabeza.

—No lo es y lo sabes.

Nina estrujó el puño del jersey y dio un paso atrás. Ese hombre era más cabezón que ella.

—Sácate eso de la cabeza.

—Vamos a ver, no soy quién para pedirte ayuda, o que saques la cara por mí. Y hoy, cuando Abraham me dijo que me iba a denunciar, necesitaba que estuvieras a mi lado. —Se llevó las manos a la cabeza y metió los dedos entre los mechones de pelo, que sostenía en un moño. Por los nervios movía las piernas, en general, temblaba—. No soy nadie para pedírtelo, estás haciendo tu trabajo y yo lo que hago con esas exigencias es ponértelo más difícil.

—No lo haces.

Ella no lo escuchó.

—Lo último que quiero es que sientas que me debes algo, o por que esté viviendo contigo me tengas que proteger. No es así, tú tienes que ser libre.

Jeff dio un paso hacia delante, la cogió por la nuca y su boca cayó sobre la de ella rápido; a la par que sus labios se abrieron por la sorpresa, él metió la lengua profundamente en su boca. La besó con una avidez salvaje que no podía dominar, a fondo, como queriendo borrar los pensamientos que le rondaban por la cabeza; sin moderación ni delicadeza, pues todo indicaba que no podía aguantar otra mañana.

La necesidad más cruda atravesó a Nina con un rayo de excitación que le hizo perder el sentido mientras él tomaba todo de ella: sus inhibiciones, su ira, su mismo aliento para sobrevivir. Agarrándola por las caderas, la aplastó contra la pared y se abandonaron al seductor.

juego de sus lenguas, que era el creciente deseo que se despertó en ellos. Ella enterró los dedos entre los mechones del pelo para acercarlo más a ella y que no tuviera escapatoria, ya que nunca la habían besado de ese modo tan apasionado. Descaradamente sexual.

Despacio, rompió el beso. La miró fijamente a los ojos mientras luchaba por averiguar qué decir. Nina respiraba de manera errática.

—No me has separado, gritado o pegado.

Con voz enronquecida, Jeff enumeró casi todas las posibles reacciones de Nina.

—No, sería una hipócrita y no lo soy.

Ella todavía tenía los dedos sobre su fuerte mandíbula. Sin poder resistirlo le perfiló el labio inferior, una caricia por la cual él inclinó la cabeza para un mayor contacto. Los dos se perdían en esos gestos espontáneos que destilaban una gran intimidad.

—Entonces, te gustó —afirmó él mientras le sostenía el rostro entre sus manos.

—Sí.

Sus miradas estaban prendidas de la línea espacio-tiempo, en un punto donde la realidad se diluía y solo contaban ellos dos.

—No te vayas —le rogó.

—Jeff...

—No lo hagas.

—¿Por qué?

—No quiero que las cosas se tornen así entre nosotros.

—¿Por qué? —insistió ella con el corazón en vilo y a mil por hora.

¡Debía darle una explicación!

—Tu rostro se ha apoderado de mí, Nina. Adonde voy, estás tú; hacia donde miro, estás tú. Despiertas mis sentidos y el corazón me empuja a besarte, me advierte que es lo correcto. Solo existes tú —confesó.

Movida por un impulso que salió de lo más hondo de su cuerpo, de donde se desprendió una ola de calor, lo besó exponiendo su alma. Sin importarle nada más que él. Con una urgencia impropia, comenzó a deshacer el nudo de la corbata con manos temblorosas; luego, le siguió el turno a la camisa para descubrir un torso en el que sus fantasías más ardientes podían cumplirse. Estaba hecho para ser adorado.

Lo que iba a suceder estaba mal. Tan mal que hacía que los límites de lo prohibido se diluyeran entre sus cuerpos.

Jeff se deshizo de la camisa, tras lo cual le quitó el jersey. Él se detuvo unos segundos para observarla, para saborear la vulnerabilidad de su desnudez, ya que solo tenía puesta una braga de encaje negro. Ella lo cogió por la cintura del pantalón, el rayo de frialdad de la hebilla le recorrió el brazo, y la azuzó a tirar de él para pegarlo a ella. Necesitaba sentir ese tacto de piel contra piel.

Él la izó, así pudo recorrer la línea del cuello, descender por la clavícula dejándole un reguero de besos húmedos hasta llegar a sus pechos, donde se demoró. Nina ya había perdido el mundo.

Jeff sabía exactamente lo que estaba haciendo, sabía dónde tocar para que solo él, su boca o sus manos cobraran una existencia que le ponía a flor de piel todas las terminaciones nerviosas.

No había vuelta atrás y descubrió que no quería regresar en absoluto. Ella, como pudo, le desabrochó los pantalones indicando lo que quería, lo que anhelaba.

Cuando al fin no hubo ropa, la cogió en brazos y, besándose, la llevó al sofá. Nina estaba comprendiendo que aquel hombre era demasiado sexi para su propio bien, que lo que estaba ocurriendo entre ellos era más que solo sexo. Sentía emociones que jamás se había permitido tener derecho a sentir.

En el instante que él la penetró de una sola estocada, tembló arqueando la espalda, y Jeff la sujetó con fuerza. Encajaban como un guante. Nunca le había pasado eso. Sus cuerpos les indicaban que estaban hechos el uno para el otro. Pero también, entre la niebla que le impedía pensar con claridad, se desprendió que él podía convertirse en una adicción malsana.

—Debo tomar un momento —le susurró él sobre los labios—. Esto se siente demasiado bien.

—Si esto es algún tipo de sexo de venganza...

—Esto es más que sexo. —Jeff movió las caderas hasta hacerla gemir—. No... ¿No te das cuenta? —Tomó aire por la boca antes de musitar—: Te deseo tanto que apenas puedo soportarlo.

A medida que Jeff la embestía con más fuerza, ella movía las caderas, hasta que un primer calambre le recorrió las piernas y las entrelazó alrededor de él, lo que consiguió que se hundiera más y más hondo, hasta que no pudo contener lo inevitable: el orgasmo la lanzó a una espiral que la disparó al abismo, y se sujetó a los hombros de Jeff. Al abrir los ojos —no sabía cuándo los había cerrado—, vio que la observaba con las mejillas sonrojadas y las pupilas dilatadas por la pasión. Tras dos estocadas, él la siguió. Se sostuvieron mutuamente hasta que sus cuerpos dejaron de temblar.

Jeff tardó unos segundos en salir de su interior, al hacerlo no se despegó de ella. Lo que ninguno confesó fue que ese momento no terminó nunca con el ambiente cargado, y las chispas de sexo todavía chispeaban en el aire que respiraban. Compartiendo tanto el silencio como la serenidad, tras haberse entregado en cuerpo y alma, continuaban acariciándose para no perder el contacto.

—¿Te gustó? —le preguntó en voz baja.

—Hacía tiempo que un hombre no me preguntaba eso.

Le fue sincera, ya que muchos no se preocupaban de nada.

—No estás en brazos de un hombre cualquiera.

—Lo sé.

—Aunque en algún momento haya despertado tu odio. —Nina levantó la cabeza para mirarlo. Él se encogió de hombros—. Te recuerdo la peineta.

—No podría odiarte por mucho que me lo propusiera. Siempre estás cuando me meto en algún lío, como aquel día en el casi despellejo al enano saltarín de Abraham. —Puso una mano en el

centro de aquel magnífico torso para sostenerse—. Tampoco quiero que te...

—Calla ya con eso, por favor. Quiero disfrutar de ti, de tu cuerpo, de tu calor.

La trajo hacia él para besarla.

—Es que no me dejaste terminar. —Tras ese comentario, él negó con la cabeza sin comprender a lo que se refería—. Tampoco quiero que te subas a la parra, pero desde el principio sabía que tenías un buen polvazo.

—¿En serio pensabas eso? —Jeff le dedicó una sonrisa maliciosa que la hizo temblar al verlo. Ella asintió con una punzada de excitación en su sexo—. Me siento como un objeto.

—Has sido objeto de mis últimas fantasías, es verdad.

—Ah, ¿sí? —Masticó su confesión como si la afianzara. De repente, se giró y se puso encima de ella—. Entonces, cumplámoslas todas.

Aquella ardiente promesa Jeff la selló con un largo y húmedo beso.

Nina percibió que la conexión con él iba más allá de lo carnal, de lo físico. Era espiritual, puesto que Jeff era el hombre que podía escuchar los latidos de su corazón y el único que le podía enseñar el instinto de supervivencia en el amor.

Capítulo 13

Entre besos, caricias, risas y una pasión descontrolada que les provocaba que desearan la llegada de la noche para reencontrarse, perderse en el calor del otro, fundirse en uno y diluirse entre las sábanas, exponían lo que tenían guardado dentro. Era el modo que tenían de declararse al otro.

Eso también producía que Nina, en los momentos en los que estaba con las chicas, no supiera qué era lo que realmente sentía Jeff por ella y eso, en parte, le daba un poco de miedo. Ella tampoco le había dicho que estaba enamorada hasta el tuétano ni nada por el estilo, entendía que no podía forzar la situación; pero su alma y, sobre todo, su corazón le exigían saber qué fue lo que había vivido para que él a veces se mostrase atento y, en cambio, otras, notaba que quería poner un poco de distancia, como si no quisiera dejarse fluir. Ella sabía muy bien del dolor que producían las espinas que se iban clavando en el alma con los desengaños. ¿Eso le pasaba a él?

Lo que Nina tenía claro era que no podía volver a relaciones vacías o banales. Se había enamorado como una idiota aunque no quisiera admitirlo, ¿y él? No iba a preguntar, no quería enfrentarse a una respuesta que luego escociera como una bofetada.

El segundo fin de semana que pasaron juntos tras enredarse en la cama de nuevo, Nina decidió, al ver el buen día que había amanecido, preparar algo que llevaba tiempo que no hacía y que tenía la posibilidad de compartirlo con Jeff.

No le dijo nada hasta que llegaron al pabellón de las damas. Allí, encima de la roca, montaron un pequeño pícnic, después de que una pareja de recién casados terminase con la sesión de fotos. Nina alucinó un poco, por no decir bastante, dado que no sabía cómo tomarse aquello. ¿Era una señal del futuro? Desechó aquella absurda idea.

—Es bonito este sitio —reconoció él antes de sentarse encima de una toalla doblada a modo de cojín—. Hacía mucho que no venía a comer a Central Park. Gracias.

Le dio un beso en el pelo.

—Todo el mundo debería hacerlo, al menos, una vez al mes —aconsejó mientras sacaba el botellín de agua.

—¿Cómo diste con este sitio?

—De niña venía con mi madre, casi todos los domingos paseábamos por aquí, yo jugaba y ella contemplaba melancólica las aguas del lago. Cuando conocí a mi padre, él también se apuntaba, hasta que comenzamos a viajar como nómadas por el mundo.

Aquella tarde, en la superficie del agua, los rayos del sol brincaban como niños que jugaban con esos destellos casi cristalinos, y ese sosiego era roto por el montón de barcas que lo surcaban.

—Tienes bonitos recuerdos.

—Sí. Al regresar, lo primero que hice fue venir, y suelo hacerlo con frecuencia. Aquí es donde medito, no hay lugar mejor que este para poner las ideas claras o tomar un buen café de Starbucks. ¿Y cómo es que no vienes a Central Park?

—Por el trabajo. A veces, me lo llevo a casa y, otras, el caso no te permite un descanso. —Respiró hondo y sacó un sándwich del fondo de la cesta, y le ofreció uno a ella, que aceptó de buen agrado. No le soltó la mano—. Cuando tengo tiempo libre, veo partidos en la televisión, o salgo con Matt y Dany; a veces, se nos une Hans.

—Hay mucha camaradería entre Matt, Dany y tú. —Se había fijado en cuanto los había visto juntos—. Y un agente del FBI es amigo de un ladrón.

—Matt ya no es ladrón. —Defendió a su amigo—. Su pasado delictivo ha quedado en el pasado. Es asesor de la agencia y, gracias a su ayuda, muchos delincuentes están con el culo en la cárcel. La historia es un tanto truculenta.

—Cuenta. —Así fue cómo se enteró de que Matt había computado los últimos años de su condena al lado de Jeff. Trabajar mano a mano les había permitido conocerse y forjar una grandísima amistad basada en la confianza, que en un principio brillaba por su ausencia. Dany, al trabajar en la aseguradora Erlington, les pedía ayuda, y entre los tres llegaban a resolver casos—. Sois como los tres mosqueteros.

—Algo parecido.

—¿De qué te estás acordando? —inquirió al verlo mantener el silencio.

—Nos ocurrió de todo.

—Cuenta.

—Que no salga de aquí, o me matan.

La miró directamente a los ojos con firmeza.

—Vale.

—Hace unos cuantos años, descubrimos que uno de los asegurados de Dany le robó la identidad a un hombre bastante rico al que había matado. Él lo sospechó por una de sus propiedades y, al investigarlo, tuvimos que hacer varias vigilancias. En una de ellas, estábamos esperando a que saliera de un club de alterne, y una prostituta se nos acercó. A pesar de que le repetimos que no, parecía no darse por vencida. Cabreado le enseñé la placa y eso mismo la animó para llamar a otras dos compañeras. —Nina prorrumpió en risas—. No te rías, nos dieron al traste con todo.

Nina no podía parar, ¡estaba doblada!

—Y... —La risa la interrumpió—. ¡Ay! —Suspiró antes de coger aire—. «El poder de la placa del FBI»... Es como el título de una peli.

—Aún hay una mejor.

—No te cortes, cuenta.

Nina se tapó la boca y se mordió la mejilla por dentro, quería controlarse para esa nueva aventura.

—En otra vigilancia.

—Dan para mucho.

—Sí, sobre todo, si es de noche. —Terminó el sándwich y, tras pegar un trago, empezó—: En otro caso, creo que fue uno de los primeros, tuvimos que pedirle ayuda a Dany. Todo iba bien hasta que a Matt y a él se les dio por ir al baño y entraron en un local.

—¿También era de alterne?

—Era un local gay.

—¡¿Qué?! —exclamó Nina boquiabierta y con los ojos abiertos todo lo que podía.

—Al ver que tardaban mucho, entré. —Negó con la cabeza—. Los estaban desnudando, tuve que salvarlos. Dany salió casi en pelotas, Matt perdió la camisa y...

—¿Y tú? —inquirió ella—. ¿Qué te pasó a ti?

—Nada, salí con la corbata enroscada en la frente en plan Rambo.

Los dos estuvieron riéndose bastante rato. Ella, al escucharlo, no pudo evitar parar, pues ese sonido eran las notas que le faltaban a su corazón.

Se lo quedó mirando unos instantes; la seriedad que Jeff mostraba al conocerlo había desaparecido y la relajación se notaba tanto en su cuerpo como en su rostro. Él, como si percibiera la mirada de ella, giró el rostro y sus ojos se volvieron a enganchar. Nueva York acalló todos los ruidos para darles intimidad a los amantes que se observaban con el corazón. Jeff estiró el brazo para acariciarle el pelo.

—Bajo los rayos del sol, tu pelo hace destellos azules —musitó fascinado.

—No seas exagerado.

—No lo soy. —Enroscó en el dedo algunos mechones sueltos—. Todo lo nuevo que descubro de ti me encanta. —Le dio un beso debajo del ojo. Ella comenzó a notar cómo la excitación se despertaba de nuevo. Debía contenerse, estaba en un lugar público. Le dio un beso intenso que sabía a mayonesa—. ¿Cómo se te ocurrió hacer un pícnic?

—Quería compartir este lugar contigo, y qué mejor que con algo tan sencillo como un mantel y unos bocadillos.

—Los pequeños detalles son los que se te quedan clavados en el corazón. —Le dio otro beso—. Que sepas que nunca lo olvidaré.

A Nina esas palabras le sonaron a despedida. Un pellizco le encogió las entrañas y la empequeñeció.

—Quiero que sea uno de los muchos recuerdos que forjemos juntos...

—¿Jeff?

Una voz femenina los interrumpió. Nina, un tanto violenta, se giró y vio a una mujer de mediana estatura, delgada, de pelo castaño que los observaba con atención además de con curiosidad.

—Diana. —Él se puso en pie y bajó junto a ella—. Cuánto tiempo.

—Sí, desde la boda.

Nina se mantuvo en su sitio aguantando la mirada de esa otra. «¿Qué cojones le pasa a esta tía, que no deja de mirarme?», se preguntó un tanto incómoda.

—Nina —la llamó Jeff y estiró el brazo hacia ella. Fue a su encuentro—. Te presento a Diana, es una compañera de trabajo. Diana, ella es Nina. —Él se tomó un momento—. Mi pareja.

—Ah, qué bien —respondió Diana con cara de Carlino.

«Jódete, guapa», manifestó la mente de Nina, que cobró vida propia.

—¿Y tú eres de la agencia? —Nina abrió la boca para contestar, la tal Diana no se lo permitió—. Tú cara no me suena.

—No, no soy del FBI, trabajo en Santana's Club y allí nos conocimos.

Esto último lo dijo con cierto retintín, porque no le gustó la manera en la que se dirigió a ella.

—Vaya.

Diana se encogió los hombros en un gesto un tanto despectivo. Nina iba a contestarle, pero Jeff le apretó la mano para frenarla. Por respeto a él, prefirió callar.

—¿Cuándo te vas? —le preguntó él con cierto rencor que a Nina no se le pasó desapercibido.

—Dentro de tres días.

Al fin aquella mujer se centraba en él.

—Espero que te vaya muy bien en Washington.

—Con eso contamos todos y, si necesitáis ayuda o algo desde aquí, llamadme —se ofreció ella.

—Adiós, Diana.

Se despidió de ella con una formalidad asombrosamente fría que dejó perpleja a Nina.

En cuanto volvieron a sentarse, Nina tuvo que hablar o reventaba.

—¿Qué pasó ahí? —Él no le respondió, tenía la mirada perdida en el lago, como si quisiera que el agua arrastrase algún tipo de recuerdo o dolor. Nina se acercó y se puso de rodillas delante de él—. Jeff, habla.

«Si no te lo quiere contar, no le insistas, o lo alejarás de ti más de lo que está ahora», meditó para sí misma.

—Es una sanguijuela del amor —soltó de pronto, cuando ella se iba a separar. Nina se mantuvo callada para que él continuase si quería—. Es la típica persona que, cuando no tiene nada mejor que hacer, se acuerda de ti para su propio entretenimiento, crea falsas esperanzas con su telaraña y, si no actúas pronto, te verás enredado en su red de mentiras.

—Jugó contigo.

—Con mis sentimientos, estaba enamorado de ella. —Nina se quedó cual estatua de hielo—. Matt y Dany me lo advirtieron hasta la saciedad y nunca les creía, hasta el día que me vi sosteniendo la invitación de su boda. Me di cuenta tarde de que me había utilizado a su antojo, era el hombre de repuesto. Me dejó muy resentido con la gente, con el mundo, aún más con el amor.

En el sonido del silencio que le siguió, le hubiese gustado preguntarle si había llegado el amor con ella desde que se habían conocido en Santana's; si, como le sucedía a ella, tenía ese revuelo en la barriga y en la cabeza; si, al escuchar una canción, se acordaba de ella; si repasaba cada instante que pasaban juntos, pues ella lo hacía aparentando que estaba sumida en sus pensamientos. Le daba miedo realizar esa pregunta, que consideraba muy peligrosa.

—A veces, tenemos que bajar hasta los antros más oscuros del dolor para saber qué queremos y qué no. Solo así podremos distinguir lo que verdaderamente es importante en nuestra vida para valorar lo que luego nos pone delante.

Fue su modo de animarlo.

—Tú —dijo él sin amilanarse ni cortarse.

—¿Cómo?

Frunció un poco el ceño, la había cogido desprevenida.

—Tú me estás enseñando la cara buena del amor.

Le puso la mano en la nuca y apoyó la frente en la suya.

—¿Yo?

A Nina le temblaba la voz.

—En tus brazos soy Ícaro, no me importa quemarme al acercarme al sol.

—Soy tu sol.

—Y mi luna. —Le acarició el puente de la nariz con la punta de la suya—. Me has recordado qué es amar a alguien y que alguien me ame. No me da miedo el mañana contigo. Quiero conocer los secretos del amor a tu lado, ¿me lo permites?

—Por supuesto.

Jeff pegó los labios a los de ella. Primero, los rozó; fue un cosquilleo tan exquisito que Nina abrió la boca inconsciente. Fue un beso que comenzó con un contacto superficial, hasta que le devoró la boca con ansia durante los primeros segundos, abriendo la mandíbula y recorriendo cada rincón. Ella se dejaba, jamás la habían besado de forma tan carnal; luego, dio paso a la ternura más delicada, bendiciéndola con besos suaves, mientras ella enterraba sus dedos en el cabello de él.

Ninguno supo comprender que no había nada más dulce e inesperado que dos almas unidas por los labios. Jeff, poco a poco, fue rompiendo el beso y, cuando abrió los ojos, los iris canela destellaban más que el sol.

—Me gusta tu pulsera. —Era una cadena de oro amarillo con *charms* distintos: un sol, una

luna, un corazón, una llave, un libro y dos rosas entrelazadas—. Me gusta sentir su frío cuando hacemos el amor. —Observaba cada colgante con detenimiento—. No te la sacas para nada.

—Me la regaló mi madre hace muchos años y me pidió que nunca me la sacara. Me dijo que un día me explicaría la verdad de esta pulsera.

—¿Lo hizo?

—No. Tampoco le pedí explicaciones al respecto.

—Pero es misterioso, ¿no crees?

—Sí, y desde que murió me he preguntado qué hay detrás. —Se puso a jugar con los colgantes—. Le pregunté a mi padre, pero me aseguró que nunca le había comentado nada. —De repente, el móvil de Jeff sonó. No se inmutaba—. ¿No vas a cogerlo?

—No. Este momento es nuestro.

—Tienes que cogerlo.

Él lo sacó del bolsillo del pantalón.

—Es Matt, paso. —Iba a guardarlo de nuevo, sin embargo, Nina le arrancó el móvil de la mano—. No, Nina, no lo descuelgues. No —le rogó.

—Hola, Matt.

—Nina, ¿qué tal?

Ella notó la tensión a través de la línea.

—Bien, quieres hablar con Jeff —afirmó ella.

—Sí. Gracias.

Ella le tendió el teléfono.

—Me las vas a pagar —la amenazó en voz baja.

—Vale.

—¡Hola, Matt! —Nina se rio de lo mal que disimulaba. Él comenzó a asentir en silencio—. Vale, vale, nos vemos entonces.

Jeff colgó.

—¿Qué pasa? —quiso saber al notar que la actitud de él había cambiado.

—Tenemos que regresar a casa, Dany y Matt van a venir.

—¿Por qué? —Nina intuyó que algo le escondía, y él no estaba dispuesto a hablar—. Vamos, dime.

—Hay novedades sobre las firmas.

Capítulo 14

«**H**ay novedades sobre las firmas». Esa frase cayó sobre su espalda como una losa con la que se tuvo que erguir y aparentar que todo seguía bien, que estaba más interesada que preocupada, aunque fuese una mezcla entre las dos con una porción más grande de recelo.

No era que desconfiara de Jeff, no, eso jamás. Sin embargo, Michael Harland había dejado una vida llena de misterios donde hasta la revista *Playboy* tenía su papel, y nadie sabía lo que se podía hallar en la siguiente esquina. A ello se le sumaba que, desde su fallecimiento, ella también había sufrido lo suyo, y por no expresarlo no significaba que estuviera bien, mucho menos con Abraham.

Todo eso le crispaba los nervios.

De camino a casa, Jeff le contó que los chicos traerían la cena de Santana's, lo que no le impidió, tras haberse dado una ducha con la que pretendía recuperar su buen talante para que nadie sospechara lo que lo afligía todo aquello, preparar unos entrantes. En ese tiempo compartieron miradas nada más, dado que a ambos les afectaba aquel caso, pero a Jeff ¿por qué?, ¿acaso tenía la capacidad de poder separar trabajo de sentimientos? «Ya podría darme un cursillo acelerado», intentó gastarse una broma a sí misma sin mucho éxito.

Un poco antes de que ellos llegasen, Nina no aguantó más y lo abrazó, no solo por él, sino por sí misma, pues para poder seguir requería de ese abrazo que le prometiese que todo iría bien. Necesitaba, por unos instantes, sentirse segura. Él no tardó en corresponderle, estrechándola fuerte entre sus brazos, como si él también deseara aquel contacto. Nina, al ponerse de puntillas, hundió la nariz en su cuello, y respirar su aroma fue el antídoto para que los nervios dejaran de punzarle en los costados. Estuvieron un rato así, hasta que ella se apartó un poco.

—¿Por qué estás tan serio?

Hizo la pregunta que le estrangulaba el corazón.

—Este caso es un jodido rompecabezas en el que no sabes cuál será la siguiente pieza.

Agotado, bajó la cabeza.

—Todo se irá aclarando.

Al levantar la vista, Nina percibió un atisbo de miedo en sus ojos que quedó diluido cuando él

colocó una mano en su mejilla.

—Tengo que protegerte.

—Ya lo haces.

—Algo dentro de aquí... —Puso la otra mano encima de la camisa—... me ordena que lo haga, y me da miedo no poder cumplirlo.

—Jeff, ya lo haces. —Le dio un suave beso en los labios—. Lo haces todos los días.

—A veces, pienso que no hago lo suficiente.

—Pues te digo que haces de más —le dijo para tranquilizarlo—. Otro no haría nada. Además, confío en ti.

Nina volvió a abrazarlo para arrancarle las dudas y miedos que compartían en silencio. Ella prefirió callarse los suyos para no meterle presión a él.

—No quiero que te pase nada —le susurró él al oído.

No pudo responder porque el corazón le dio un vuelco, porque él la estaba haciendo partícipe de los sentimientos que él guardaba en su interior.

Estuvieron así un rato, sin prestarle atención al reloj, hasta que el estridente timbre sonó y los devolvió a la realidad. Recibieron a sus amigos con una sonrisa. Nina se fijó en que todos traían algo. En el caso de Matt, solo sostenía un dossier donde debería estar lo relacionado con las firmas; además, en la tapa se veía el logo del FBI. Nina saludó a las chicas y se centró en ellas.

—¡Oh, Dios mío, qué bien huele la cena!

Alex se lamió los labios a la vez que le tendía a Nina dos bolsas.

—En serio, ¿qué te pasa con la comida? —le preguntó Sony.

—Ahí está, atacas a los dulces o lo que sea como si no hubiera un mañana —apuntó Nina.

—Tengo hambre, ¡qué le voy a hacer! —se disculpó Alex con una sonrisilla traviesa en los labios.

—Alex, te conozco. —Sony la señaló con el dedo apuntador—. Habla.

—Creo que...

Al no terminar la frase, fue Sony la que en silencio dibujó un semicírculo entre la barriga y el bajo vientre.

Nina lo entendió en seguida: ¿estaba embarazada?!

—Puede que sí, pero no me he hecho la prueba —anunció la chica con los ojos brillantes.

—¡Voy a ser tía! —exclamó Sony.

—Calla, solo vosotras lo sabéis.

Las tres los miraron. Tras la exclamación de Sony, ellos silenciaron la conversación para luego volver a lo que estaban.

—¿Lo estabais buscando? —se interesó Nina.

Alex sopesó esa pregunta moviendo la cabeza hacia los lados.

—A ver, es cierto que a veces hemos hablado del tema de crear una familia, pero no señalamos un mes o un año concreto, la verdad. Eran planes de futuro y...

Se encogió de hombros.

Tanto Sony como ella se alegraron de la buena noticia a pesar de que no había confirmación y, con ese secreto entre ellas, se sentaron a la mesa. A medida que daban buena cuenta de los platos, se fueron sumergiendo en una amena conversación que, entre bocado y bocado, arrancaba risas y los alejaba cuanto más del motivo de esa reunión, aunque no tardó mucho en salir de forma espontánea.

—¿Habéis sabido algo más de Abraham?

Dani miró tanto a Jeff como a Nina.

—No, ni falta que hace. —Alegó su mayor deseo, pues, cada día que pasaba, ese nombre la revolvió por dentro—. Déjalo donde esté.

—Estoy convencida de que ese viejete perdió el sentido —afirmó Sony antes de beber unos sorbos de vino.

—Hay algo que no entiendo: ¿por qué ataca a Nina si no tiene nada que ver ni con Michael ni con él mismo?

Alex lanzó lo que Nina consideraba una de las preguntas del millón. La otra era ¿quién le robó la taza?

—Eso mismo me pregunto yo —le respondió Nina, ya que le gustaría tener una respuesta.

—Lo que le pasa es que está cegado por el símbolo del dólar —soltó Dany sin despegar los ojos de su plato.

Tras unos segundos de silencio, donde los únicos que estaban relajados, aparte de Dany, eran Sony y Matt, Jeff soltó la pregunta que Nina tenía en la punta de la lengua:

—¿Qué es eso del símbolo del dólar?

«Joder, hasta en esto tenemos sincronía», pensó anonadada.

—Sony y Diego, que se ofreció a ayudarnos, descubrieron que tiene unas propiedades que no están aseguradas por Erlington ni otra aseguradora —comenzó a explicar Dany.

—Esas propiedades las tiene hipotecadas desde hace años. Es más, una está embargada, debido a que no es capaz de liquidar esas cuentas con el banco.

Sony dio los detalles.

—Está endeudado —dijo Nina.

—Hasta los dientes —afirmó la chica, que la miró a través de sus gafas—. No es solo una pequeña deuda, sino bastante.

—Ahora lo entiendo todo.

Matt se limpió la boca con la servilleta y se reclinó en la silla.

—¿El qué?

Jeff se mostró interesado en lo que se le pasaba por la cabeza a su amigo.

—Entiendo las razones que lo motivan a tenerle ese rencor a Nina.

—Te agradecería que me lo explicases si eres tan amable.

A Nina le podía la impaciencia.

—Ve en la fortuna de su hermano la gallina de los huevos de oro. Puede pagar las deudas y aún tiene fortuna de sobra para gastar como le dé la gana, porque su hermano no tiene descendencia, por lo tanto, el heredero legítimo es él.

—Pero su problema es tener que compartirlo con Nina —esclareció Jeff.

—Exacto. Ya no es la fortuna entera, sino parte, y eso es lo que le revienta, porque Nina no es de la familia y él se ve como único heredero —terminó Matt.

Nina lo comprendió enseguida: la insultaba y le tenía esa inquina por culpa del dinero. No obstante, ella no le había pedido nada a Michael Harland, nunca. Ella vivía bien con su sueldo de Santana's Club; además, tenía ahorros, no necesitaba del dinero de un desconocido. ¡Ese hombre solo pensaba en llenarse los bolsillos a cuenta de su hermano!

—A mí ese dinero no me interesa, que se lo meta por el culo —soltó Nina y bebió toda la copa de vino.

Las chicas se rieron de ese comentario, como el resto, incluido Jeff, lo que la sorprendió, aunque la verdad que transcendía era que lo pensaba así.

—¿Y tú has obtenido algo de Erlington?

Jeff se interesó por las investigaciones de Dany.

—Estoy revisando todo lo que hay en la aseguradora de él como de Michael, que no tiene nada irregular, pero me quiero asegurar con Abraham, por eso me estoy tomando mi tiempo para no dejar nada al azar.

Su respuesta fue contundente.

—Muy bien, ¿y sobre las firmas?

Jeff entró en tema. Matt se levantó y cogió del sofá el dossier, a la vez que Dany decía:

—Matt estaba en lo cierto —afirmó Dany, que separó su plato para poder apoyar los brazos en la mesa— en cuanto a la velocidad, presión y falsificación.

Nina se fijó en cómo Jeff miró a Matt, como si esperase algo. No tardó mucho.

—No entiendo por qué no te fiaste de mi palabra, siempre tengo razón.

Matt, con una sonrisa de oreja a oreja, se elogiaba a sí mismo.

—Al grano, Matt —le pidió resignado.

—Las personas de las firmas son amigos de Michael, y les había pedido permiso para poner sus nombres. Fue sincero, les especificó para qué lo hacía —habló Matt, que le pasaba algunos folios a su amigo.

—¿Vaya confianza que tenían en él?

Alex estaba alucinada.

—Es un hombre que no tenía negocios ilegales, nada que esconder, por tanto, es de fiar —respondió Dany.

—No solo eso, les pidió permiso para hacerlo, así que fue frente —apuntó Matt con acierto—. Una de las mujeres que hay detrás de la firma fue la que le dijo a Hans que Michael era ambidiestro, hecho que conocen todos sus allegados, incluido su hermano.

—Hemos comparado, gracias a algunos archivos de Erlington, la letra actual de Michael con la de otros documentos más antiguos. —Se acercó a Jeff para mostrarle algo—. ¿Ves en cómo la letra «a» se une a la «eme»? —Jeff asintió—. Eso mismo hacía de joven, cuando escribía con la izquierda, por lo tanto... —Le enseñó los testamentos—... podemos confirmar que escribió estas firmas con la mano izquierda.

Los papeles fueron pasando de mano en mano hasta que llegaron a Nina. En su momento, no se había parado a observar determinados detalles, como los folios. Era un papel demasiado fino con respecto al que se utiliza en el día a día, y le sorprendió lo traslúcido que era. A simple vista, no era más que un testamento legal mecanografiado, y las hojas no eran muy viejas.

Así, observando, las alzó, y la luz se filtró y resaltó ciertos detalles, como filigranas, entre otra ornamentación, en los márgenes. Fue bajando cuando, de repente, en la esquina inferior derecha, emergieron unas líneas paralelas. Al descubrirlas, se levantó y arrastró la silla, lo que provocó que todos la mirasen sin ella enterarse. Elevó los brazos y, en los dos folios, se proyectaba lo que parecía...

—¿Qué pasa, Nina? —inquirió Jeff a su lado.

—Hay unos mapas en los testamentos. —Contó lo que estaba contemplando. Aquello suscitó tanta expectación que, de repente, se vio rodeada por todo el grupo—. No solo eso, hay una rosa de los vientos.

—Ahora pregunto, aunque quede como una gillipollas —expuso Sony—, ¿qué hace ahí?

—¿Me dejas? —le pidió Matt a Nina, quién le entregó los papeles.

Matt, con una destreza asombrosa, fue moviendo las hojas hasta que las dos rosas de los vientos encajaron a la perfección.

—Puedes ir explicándonos qué es —le sugirió Dany para sacarlo de su mutismo.

—Es un mapa —confesó Matt dándole la razón a Nina.

—¿Sabes a dónde lleva?

Sony quería respuestas.

—Parece Central Park.

Alex señaló el dibujo central.

—Y hay unas coordenadas justo debajo con unas horas, o eso parece.

Nina apuntó con el dedo unas flores que estaban dibujadas en la parte de abajo.

—¡Joder, es un mapa del tesoro! —exclamó Jeff con una alegría inusitada.

Capítulo 15

Ese descubrimiento originó que la cena se prolongase más tiempo, debido a que querían desentrañar lo que Michael Harland había ocultado. Por consenso, habían concluido en que debía ser importante para añadirlo, aunque fuese a modo de mapa. Jeff, Matt y Dany reconocieron que era la primera vez que veían algo similar.

«Excentricidades de ricos», se dijo Nina, lo mismo que había pensado en su momento. En esa ocasión, estaba sentada al amanecer en el alféizar de la ventana, mientras contemplaba como las calles de Nueva York se despertaban. Aquello estaba empezando a ser una rutina extraña, ya que apenas podía pegar ojo, y mucho menos con la aparición de ese mapa. Las preguntas se acumulaban en su mente: ¿a qué venía tanto misterio?, ¿qué ocultaba Michael Harland?, ¿a qué estaba jugando después de muerto? En Nina se fue afianzando la idea de que era una macabra diversión.

Luego, estaba Jeff, cuya declaración se había sepultado en medio de todo lo acontecido.

—Ey, ¿qué haces aquí sola? —le preguntó Jeff, en un tono de voz suave para no darle un susto, y se sentó en el espacio vacío.

—No podía dormir.

—Tienes que descansar, Nina —la riñó con cariño.

—¿Qué quieres si no puedo?

Se encogió de hombros y colocó la cabeza encima de las rodillas. Jeff agitó la cabeza.

—Y... ¿a qué se debe?

—A todo este follón de Michael Harland, ¿te parece poco?

—No te preocupes, se solucionará.

Quiso animarla.

—No es eso, Jeff, sé que se va a solucionar, pero mientras tanto parece que juega con nosotros, incluso con su hermano.

Se pasó las manos por el pelo.

—De momento, es todo muy interesante.

Él sonrió. Seguía fascinado, estaba claro.

—Porque no estás involucrado. —No pudo callarse—. Lo ves todo desde fuera, la posición más fácil. Se me ha metido y no sé por qué, yo no soy familia de este hombre, solo lo conozco de Santana's Club y estoy enredada en sus asuntos.

Le expuso la situación que él ya sabía y que la tenía agotada.

Él la abrazó; por supuesto, Nina se dejó. Se estaba acostumbrando a esos gestos de él, a tenerlo cerca, a sentirse segura cuando esos brazos fuertes la sostenían, la rodeaban y desprendían calor a través de la ropa o sin ella. ¿Qué pasaría si algún día Jeff desaparecía de su vida? No quería planteárselo. Por eso, alejó esa cuestión y se aferró más fuerte a él, y percibió cómo el corazón le vibraba en el pecho o cómo millones de mariposas le revoloteaban en la barriga.

Pasado un rato, él se apartó para bajar la boca a la suya, para darle un suave beso en los labios, tras lo cual miró el reloj antes de levantarse.

—Vamos.

Le tendió la mano.

—¿Adónde? —No le permitió responder—. ¿Es que me tienes alguna sorpresita?

—Si te la tuviera, tampoco te la diría. —Jeff se inclinó sobre ella para cogerla en brazos—. A la cama.

Nina alzó las cejas con esa respuesta. Ningún hombre le había ofrecido hacer el amor de esa manera.

—¡Ah!, ¿sí?

—A descansar —le respondió él sabiendo lo que se le podía estar pasando por la cabeza.

—Vaya.

—No pretendo que duermas, pero queda hora y media antes de que nos levantemos. —Fue hacia su habitación, que ya hacía bastante que compartían. Con cuidado la dejó en la cama, para luego meterse él—. No voy a hacerte el amor —le advirtió a la vez que la rodeó con un brazo y la atrajo hacia él. Nina quedó con la cabeza reposada en su pecho, de esa forma podía escuchar los latidos de su corazón—. A lo mejor, un «aquí te pillo, aquí te mato» te relajaría.

—Sí, lo afirmo. Venga, ¿a qué esperamos? —Lo empujó para que se moviese—. No hay tiempo que perder.

—Hoy no va a ser.

—¡Qué pena! Qué desperdicio de minutos.

Chasqueó la lengua y le entraron unas irrefrenables ganas de reír.

—Sí, muy grande. —Él bajó los ojos, ella los alzó y, cuando sus miradas se entrelazaron, la atracción volvió a palpar. Movida por esa fuerza que tiraba de ellos, Nina colocó una pierna sobre las de él y notó como con cada parpadeo Jeff se adentraba en su alma para que observara esos cajones secretos que habían permanecido cerrados todo ese tiempo. Él, con la mano libre, le dio una caricia—. Quiero que, cuando nos volvamos a acostar, te centres solo en mí.

—Soy mujer, puedo...

—No —la interrumpió—, no me vas a convencer.

«Ya deberías saber que eres la única persona que ocupa cada rincón de mi mente. Si lo supieras, nada te frenaría para hacerme el amor», le confesó en silencio.

—No te estoy rechazando —le dijo él como si oyese sus pensamientos. Le dio un beso en la frente—. Lo que no quiero es que, con la falta de descanso, enfermes. No me lo perdonaría.

—Eso no va a pasar.

Nina le rodeó la mejilla con una mano y lo besó en los labios.

—Con la salud no se juega.

Aunque le costara reconocerlo, Jeff estaba en lo cierto. Llevaba muchos días sin poder dormir con normalidad, por eso no le rebatió nada.

—Te quiero, Nina —le declaró en voz baja, como si quisiera que las paredes no lo oyesen.

El corazón se le puso en la boca, perdió el aire de los pulmones y, por unos instantes, la vida se paró. Al girar de nuevo, lo hizo de un modo diferente; en cuanto se recuperó de la primera impresión, el pulso se le aceleró, pues los nervios explotaron en su interior.

Las luces que entraban por la ventana esa mañana eran una mezcla de rosa y rojo, como si se tiñeran especialmente para ellos dos. Jamás un hombre se lo había dicho de un modo tan espontáneo y que sonara sincero. Jeff, en poco tiempo, había conseguido lo que otros no habían podido: sentirse amada. ¿No quería saber lo que él guardaba en su interior? Si no había sido suficiente su confesión en el parque, llegaba esa frase que, a veces, tanto temía.

—¿En serio?

Esa pregunta se le escapó.

—Te aseguro que, si no lo sintiera, no saldría de mi boca.

Por unos instantes, se miraron sin decir una palabra y él, poco a poco, fue acercando la boca a la suya y, en cuanto le atrapó el labio inferior, aquel beso se convirtió en el eco indefinido de una promesa.

Nina, cariño, he tenido que salir del país. Estaré semana y algo en Londres.

Te aviso para que lo sepas.

Te quiero, papá.

Había leído ese mensaje mientras desayunaban. No le dijo nada a Jeff, no le interesaba y tampoco formaba parte de la investigación, ya que su padre no tenía nada que ver con todo eso.

Con una mano entrelazada a la de él, fue degustando las tostadas que le había preparado. Iba mordisco a mordisco, todavía no se había podido desprender de los nervios que esa declaración le había producido, mucho menos de la emoción que le suscitaba que el corazón se acelerase por cualquier nimiedad; por ejemplo, cuando el pulgar de él paseaba por los nudillos de sus manos.

Nina, para alejar aquella confesión de amor, observaba de nuevo los mapas sin comprender las

intenciones de Michael. Jeff, por su parte, le comentó que había avisado al grupo, incluido a Winters, para encontrarse en el pabellón de las damas. Anna no podría asistir, trabajaba ese día.

—Le he contado a Winters lo del mapa y las coordenadas. —Efectivamente, en el margen inferior, justo debajo del mapa, había unas coordenadas acompañadas de unas flores—. Me dice que, por mis indicaciones, intuye lo que puede ser. Dice que hay que llevar espejos.

—Yo no tengo —le dijo con el ceño un tanto fruncido.

—Los llevará él y yo llevaré el sextante que mi padre me regaló y que nunca pude estrenar. —Volvió la mirada al móvil—. ¿Sabes dónde hay un reloj de sol?

Nina hizo memoria. Había ciudades en las que en algún punto podías ver un antiguo reloj de sol. En Nueva York...

—En el pabellón de las damas —se acordó.

—No me suena verlo.

Jeff negaba con la cabeza.

—Pues es visible. Si no me equivoco, está en una esquina de la roca donde nos sentamos —le explicó y bebió un sorbo de café.

—No me fijé, estaba ocupado mirándote.

Le guiñó un ojo antes de prestarle atención al móvil.

El corazón le saltó varios latidos. ¿Cómo podía soltar frases así, sin pensarlas? Agitó la cabeza para no estar en las nubes, como todo su cuerpo le exigía: pasar el resto del día observando a Jeff con una sonrisa en los labios.

—Tanto follón por un testamento —protestó regresando al tema inicial.

—Por lo general, dan muchos problemas.

Jeff puso el móvil encima de la mesa.

—En este hay un mapa.

—Sí, es la primera vez que veo algo así, pero una herencia da quebraderos de cabeza. —Terminó su café y le soltó la mano para limpiarse la boca con una servilleta—. Matt y yo tuvimos un caso, hará unos dos o tres años, un tanto parecido. Un hombre con cierta fortuna murió. Tenía dos hijos que en esos momentos no tenían relación, no querían encontrarse en la lectura del testamento. Un follón. Todo cambió cuando comenzaron a ser extorsionados por un amigo de su padre que creía que iba a obtener algo; era la mano derecha del fallecido, quien no le dejó ni un centavo. Al final, los hermanos se reconciliaron.

—Interesante.

Aquella historia le había dado otra perspectiva a Nina: Jeff estaba acostumbrado a eso y a mucho más, de ahí que actuase con normalidad.

—Los testamentos y las herencias generan situaciones surrealistas.

—Que me lo digan a mí.

—Siempre quedará como el caso que nos juntó. —Él alargó el brazo y la sujetó por la nuca para prohibirle que se separara—. Jamás lo olvidaré.

La volvió a besar. Fue un beso profundo, lento, con sabor a café que pretendía borrarle todos los miedos que se habían asentado en ella. No obstante, en Nina un fuego ardiente se encendió en la parte inferior de su vientre mientras el aliento salía de sus pulmones.

Jeff sabía excitarla, sabía cómo hacer para que se entregase sin remisión. Los sentimientos entre ellos se habían desbordado sin vuelta atrás en pocas horas. Si con él solo hubiese compartido sexo, podría dejarlo ir, pero no era así. Estaban unidos por algo muy grande: el amor.

Capítulo 16

A la hora acordada llegaron al pabellón de las damas, donde los estaban esperando. Nina iba muy nerviosa, ¡no sabía lo que se podían encontrar! Aunque, en realidad, su cuerpo y su mente eran un mismo crisol de emociones. Por un lado, comprobar que todos estaban sumergidos en el mismo misterio y dispuestos a ayudar le demostró que no estaba sola; por el otro, no saber qué les podía deparar aquello, qué sorpresa podía tener guardada Michael Harland era lo que provocaba que los nervios, de un modo intermitente, la punzaran en el centro del estómago, y debía controlarse, no dejarse arrastrar por ellos.

En mitad de esa situación, pudo ponerles cara a Diego y a Miguel, los novios de Nerea y de Carolina respectivamente, que se mostraban igual de exaltados que el resto. Tras saludarlos, ojeó quiénes habían acudido. Anna no era la única que faltaba, Dany y Federico tampoco estaban. Maxine lo disculpó porque tenía asuntos que atender en Santana's Club.

—¡Un nuevo misterio! —había exclamado Miguel.

Sin tiempo que perder, se dirigieron al pabellón y, como había indicado, el reloj de sol estaba a un lado de la gran roca. Por primera vez, se sentía una extraña en aquel sitio, que había pasado de ser el lugar secreto de su madre y ella para dejar paso a esas personas que estaban arribando a su vida, que la estaban cambiando, pues le estaban dando una lección de amistad, sobre todo, de lealtad; ya que, cuando alguien tenía un problema, todos acudían dispuestos a desentrañarlo y convertirlo en una lenteja.

Cogida de la mano de Jeff, cuya calidez traspasaba cada poro de su piel, cada fibra de su cuerpo para mostrarle que permanecía a su lado, miró hacia el banco del templete en el que su madre se sentaba. De pronto, como si el agua del lago suspirara, la vio y le lanzó un beso con la mano, como solía hacer cuando se despedían. Era tan, tan real que sus pies comenzaron a andar solos para regresar a su lado, con el corazón en un puño, mientras que las lágrimas picaban en los ojos y un gran dolor le apretaba la garganta, por el que no notaba como el aire corría hacia los pulmones. Un leve tirón la trajo de vuelta a la realidad.

—Nina, ¿estás bien? —le preguntó Jeff en voz baja.

—Sí. —Lo miró un tanto desconcertada, casi desorientada—. Sí.

Al volver los ojos al banco, su madre había desaparecido. «Esto te está pasando factura. No alucines, anda», se riñó a sí misma.

Allí, Winters pidió ver el plano que dibujaban los testamentos, que estudió con detenimiento rodeado de Diego, Miguel, Maxine, Carol y Nerea, una vez que Jeff se los dio. Los segundos pasaron a ser minutos; los minutos, horas, pues Winters se tomaba su tiempo.

—¿Las flores qué significan?

Maxine fue la única a la que se le ocurrió eso.

—Me sacaste la pregunta de la boca.

Se rio Winters.

—Es que es llamativo. —Se encogió de hombros—. Alex, ¿tú lo sabes?

La chica vestida de negro se acercó a ellos, y Winters le dijo:

—Tómate tu tiempo, a ver si pensamos lo mismo.

En cuanto Winters se los entregó, Nina se soltó de Jeff y fue junto a Alex. Por la carrera que había hecho —había aprendido a examinar la simbología que se escondía en los textos antiguos, aparte del soporte o de la tinta—, de las flores que había dibujadas, solo reconoció una.

—Esta es una camelia.

Le señaló con el dedo a Alex.

—Sí —asintió en su dirección, con una sonrisa de compañeras—. Las flores son representaciones de las cuatro estaciones del año: la azucena, la primavera; el girasol, el verano; la dalia, el otoño, y la camelia, el invierno. Por eso están acompañando la hora: 16:30.

—Lo mismo que pensaba yo sin saber la relación que había entre las estaciones y las flores. —Winters los miró a todos para explicarles lo que debían hacer—. Lo que tenemos que conseguir es que el sol proyecte en el reloj la luz a esa hora exacta de la tarde.

—¡Anda, que no tenemos que esperar! —protestó Carol, que se cruzó de brazos.

—Nos vamos a eternizar, a este paso, si tenemos que esperar a las estaciones —apuntó Nerea, también desanimada.

—¿Por qué creéis que he traído espejos? —Matt levantó las bolsas que le sostenía a su amigo—. Cuando hablamos por el móvil, Jeff me explicó el mapa y me lo detalló tan bien que comprendí lo que podíamos tener delante, por eso me adelanté.

—Y yo traje mi sextante.

Jeff mostró el aparato a todos.

—¿Qué tenemos que hacer con los espejos? —preguntó Diego, que estaba muy metido en el misterio.

—Debemos compensar el desequilibrio estacional, es decir, moveremos los espejos para conseguir que reflejen la luz tal cual sería en las estaciones —les explicó y alzó el dedo índice—. Pero no van a ser las 16:30 impuestas por el Gobierno, sino las 16:30 de verdad.

—Las 16:30 hora solar —aclaró Matt para todos.

—¿Lo vamos a poder conseguir? —quería saber Nina, que jamás había hecho ni imaginado

nada igual.

—Sí, pero debemos ser lo más exactos posibles. —Wins, como todo el mundo lo llamaba, se giró hacia Jeff—. ¿Sabes utilizar el sextante?

—Claro.

—Muy bien. Veamos. —Winters cogió los espejos y se movió delante de ellos como si estuviera eligiendo un traje para comprar—. Miguel, toma. —Le dio uno—. Y... Nerea.

Le entregó el último. Winters les indicó dónde ponerse antes de que Jeff entrase en el ruedo del juego.

—¿Cuál es el primer símbolo?

Jeff preparó el sextante.

—Las 16:30 en primavera, por la azucena —informó Alex con los testamentos en las manos.

—Miguel, sitúate aquí y no te muevas. —Jeff le corrigió la posición y lo puso en diagonal, más o menos, al reloj—. Nerea, tú no te muevas de donde estás, sitúa el espejo debajo de la barbilla y muévelo un poco a la derecha. —Jeff se colocó a los pies de la roca—. Miguel, bájalo un poco. Así, bien.

—¡El reloj está marcando una letra! —gritó de felicidad Maxine, que empezó a dar saltitos.

—¿Cuál? —preguntó Jeff.

Nina se acercó al reloj y comprobó por ella misma que no era un reloj de sol normal; estaba compuesto por varias esferas en cuyo interior de una había letras y, en otra, números, como había dicho Maxine.

—Letra D —confirmó Matt.

—Número uno —añadió Nina.

—Apuntemos ambos, porque a lo mejor la relación de números o de letras, o ambos a la vez, nos ayudan a desentrañar el misterio. —Wins sacó el móvil—. Yo me encargo de apuntarlos.

—Siguiente símbolo —pidió Jeff con emoción contenida.

—Las 16:30 en verano, por los girasoles.

Alex dio la referencia. Nina se dio cuenta de como el silencio se asentaba entre el grupo, lo que originó que la expectación se dejase notar en cada uno, ya que la verdad era que todos, incluso ella, estaban enganchados como si se tratase de una de las series más famosas de Netflix.

—Vale. Miguel, dos pasos a tu izquierda y levanta los brazos todo lo que puedas, porque es el momento en que el sol está más alto. Nerea, a tu derecha y mueve un poco el espejo. Así, así, ¡quieta!

La orden fue más un grito.

—Letra N y número cinco.

Matt miró a Nina, quien confirmó la cifra asintiendo con la cabeza.

—¡Esto marcha! —exclamó Jeff. Alzó un puño de lo agitado que estaba y contagió a Nina, que también compartía esas sensaciones que rozaban el júbilo de estar con algo importante entre las manos—. La siguiente hora son las 16:30 en otoño, ¿verdad, Alex?

—Exacto —respondió ella—. Flor, la dalia.

—Miguel, retrocede dos pasos. —Jeff estuvo pendiente del joven—. ¡Quieto!, y ahora baja el espejo un poco más, un poco más. ¡Listo! Nerea, solo mueve un poco el espejo.

—¿Así?

Nerea estaba insegura de si lo hacía bien o no.

—¡Ahí, muy bien! Y un poco a tu derecha, ¡estupendo! —la animó—. Miguel, baja un poco el tuyo, déjalo así.

Miguel paró cuando lo tuvo a la altura del cuello.

—Letra S y número siete.

Matt volvió a dar conocimiento de lo que marcaba la sombra en el reloj. Después de eso, las últimas indicaciones de Jeff llevaron a la sombra hacia la letra A, número tres.

—1573 —dijo Wins—. Es lo único que tiene sentido, porque las letras no.

Mientras el grupo se reunía en el centro de la explanada para debatir sobre las posibilidades de que ese conjunto de números y letras fuese algún tipo de código, Nina no lo dudó, sacó el móvil del bolsillo del vaquero —no había llevado bolso—, y entró en internet para buscar en Google la fecha. Lo había visto o escuchado en algún sitio, no hacía tanto tiempo, no se tenía que remontar a sus años de estudiante ni mucho menos.

Se cagó en todo al ver que la página digital no cargaba. «¿Por qué siempre que se necesita la mierda de la tecnología tarda un huevo y parte del otro en dar con las respuestas que necesitas?», bufó para sí misma. A punto de perder la poca paciencia que tenía, comenzó a golpetear el suelo con el pie derecho y echó la cabeza hacia atrás.

—De verdad, cárgate de una puñetera vez, joder, o juro que te lanzo al agua cagando leches —le exigió a internet.

Volvió a clavar la mirada en la pantalla, donde ya habían aparecido algunas palabras sueltas. Tan pronto como se cargó, fue subiendo la relación de acontecimientos, nacimientos, muertes, entre otros sucesos históricos que ocurrieron en 1573. ¡No había nada que llamase su atención!

Continuó un rato revisando; solo esperaba que, de algún modo, un ente superior la llevase a encontrar aquello de lo que no se acordaba. Subía, subía hasta que leyó: «En 1573, Tycho Brahe publicó su extensa obra *De nova et nullius aevi memoria prius visa stella* (concerniente a la estrella nueva y nunca antes vista en la vida o memoria de nadie), que Johannes Kepler revisaría en 1602 y 1610».

Querida —el señor Michael Harland estaba concentrado en el manuscrito que tenía delante, del que lo sabía todo. Nina lo consideraba más que un astrónomo aficionado—, Tycho es considerado el más grande de los observadores del cielo antes de la invención del telescopio, recordó la voz de Michael Harland.

—*De Nova Stella* —dijo en voz alta. Al darse cuenta de que nadie la había escuchado, lo repitió, esa vez, más alto—: ¡En 1573, Tycho Brahe publicó *De Nova Stella*!

Todos se giraron hacia ella en completo silencio. Los únicos que tuvieron capacidad de

reacción fueron Diego, Matt y Jeff, que fueron junto a ella.

—¿Qué has dicho? —le preguntó Diego.

Ella les dio el móvil.

—*De Nova Stella* es un manuscrito del que Michael Harland me hablaba mucho, sobre todo, de la historia que había detrás, las observaciones de Tycho Brahe, quién era ese astrónomo que yo, al menos, no conocía —les contó mientras el corazón bombeaba a toda velocidad y las manos le temblaban y sudaban.

—¿Y dónde está ese manuscrito? —le preguntó Jeff con una tranquilidad bastante impostada.

Nina notó un revuelo en el corazón, pues, aunque no se lo creyeran, estaba muy cerca. El nerviosismo la recorría en oleadas.

—En Santana's Club.

Capítulo 17

—Venga, Fede, tío —suplicaba Diego, que se llevó las manos a la cabeza y se giró dándole la espalda.

—No, Michael Harland me pidió que nunca abriera la vitrina —replicó Federico, que no daba su brazo a torcer.

Nina observaba el curso de los acontecimientos con verdadera perplejidad: su jefe, con una firmeza pasmosa, se negaba a ayudar, y lo peor era que no había una mínima grieta que demostrase que estaba dispuesto a colaborar. ¿Cómo era posible? Ella lo había apoyado siempre, nunca se había mostrado airosa con ninguna de las decisiones que Federico había tomado, dado que era conocido por ser implacable en los negocios, como un coleccionista exquisito. Pero lo que no entendía era que, aún diciendo que todo estaba en el testamento, él, con una cabezonería que Nina jamás hubiese creído, no cediera. Esa actitud de su jefe se podía comparar con la de un niño caprichoso.

Le dieron ganas de cruzarle la cara. Nada más pensar en esa posibilidad, su cuerpo se echó hacia delante como si fuera a arrancar a andar. Anna la paró al enganchar su brazo al de ella.

—¿Qué hace Fede?

Otra que no daba crédito.

—Es gilipollas, así de claro.

No se cortó un pelo a la hora de hablar.

—Calla, que te puede escuchar.

—Me da bastante igual porque, visto lo visto, tengo razón.

Nina no tenía por qué cortarse.

Nada más llegar a Santana's Club, Jeff le pidió por favor que los acompañase a la sala de textos antiguos y que la cerrase al público. Al principio, Fede se mostró reticente hasta que se le dijo que era por motivos del caso Harland. Fue oír ese nombre y Fede no dudó en hacer lo que se le pedía. ¿A qué venía oponerse? ¿No se daba cuenta de que las peticiones de Michael Harland había que romperlas para dar con lo que se escondía en el manuscrito? Bufó, se estaba crispando y mucho.

—Federico. —Jeff se pellizcaba en el puente de la nariz con los ojos cerrados. Cuando los volvió a abrir, no se separaron de la figura del empresario—. Es una investigación policial en curso y tú la estás obstruyendo.

—Debo cumplir con las normas que me pidió para poder exponer este manuscrito.

Fede repetía, de nuevo, lo mismo que hacía un rato.

—Juro que le pego —musitó Nina.

—Quieta.

Anna se aferró más a su brazo.

—A pesar de que esté muerto, no voy a romper mi palabra —añadió Federico—. Lo siento, chicos.

—¡Ya! —exclamó Maxine, que intervenía después de no abrir la boca—. ¿A ti qué te pasa?

—Nada —le respondió su marido.

—Creía que ya no eras insoportable —lo encasquetó Carolina—. Hay cosas que no cambian.

Se cruzó de brazos cual alta era y dio muestras de que estaba preparada para la lucha.

—¿Por qué interfieres en este caso que ha afectado al club? Te quejas de que no se vuelve a la normalidad, pero no lo permites, ¡boludo!

—Maxine, cariño, relájate —le pidió Fede a su mujer.

—¡Calla y escucha! O permites que se abra ahora misma esa vitrina, o te denuncio por obstrucción. Decide: ¿qué es lo que quieres?

—¡¿Qué?!

Fede se horrorizó con las palabras de Maxine, ¡empalideció en cuestión de segundos! Su mujer lo había dejado noqueado como si le hubiese gritado: «¡Jaque mate!».

Todos se mantuvieron en silencio, expectantes a la decisión que tomaría Federico tras esa amenaza de su esposa.

—Me has escuchado, pelotudo, y te recuerdo que Harland murió en estas instalaciones, y tienes el deber de ayudar al FBI por ser el dueño de Santana's y porque eres un buen ciudadano —le recordó Maxine, que en esos instantes era una mujer implacable.

—No puedo.

Ni con esas Fede parecía reaccionar.

—Vale, tú lo has querido. —Maxine se giró sobre sus pies—. Abridlo, os doy permiso.

La mandíbula de Nina y la de todos se desplomaron al suelo. ¿Qué había pasado ahí? Maxine había tomado las riendas de la situación y dejó a su marido a un lado cual estatua de sal. ¡Federico Santana no parpadeaba!

—¿Qué haces?

Él fue más rápido que cualquiera en reaccionar.

—Lo que tú no haces. No sé de qué te asombras; una vez me dijiste que, si tú no estabas, yo soy la que tomo las riendas de todo.

—Cariño, estoy aquí.

La mirada de Federico era un tanto fría y molesta.

—Idiotizado. Lo siento. —Se encogió de hombros—. Esta versión de Santana no me vale un corno.

A Nina le hacían gracia las expresiones argentinas que Maxine utilizaba.

—¡Está bien! —Al final, Maxine consiguió que Fede cediera. El grupo respiró tranquilo—. ¿Qué hay que hacer para abrirlo?

Esa cuestión de Federico iba dirigida a Jeff, quien buscó a Matt y a Winters.

—¿Qué hay que hacer?

Les devolvió la pregunta.

—¿Cómo funciona el mecanismo de la urna? —se quiso informar Winters.

—El brazo mecánico, cada hora, pasa una página —comenzó a explicarles Nina—. Así hasta el final del libro, momento en el que se invierte el proceso. Dentro hay las condiciones óptimas de presión, temperatura y humedad correctas para el buen estado de la conservación.

—Así es —interfirió Federico—, por eso Harland me prohibió sacarlo de la vitrina.

Winters lo observaba con minuciosidad, estudiándolo todo a partir de la información que le habían dado.

—Por lo que veo... —Wins señaló a Matt algo en el interior—... solo tendríamos que pasar las páginas, lo cual parece sencillo y, en cambio, es imposible.

—Tienes razón, no se me ocurre qué podemos utilizar.

Matt negaba con la cabeza y la cara pegada al cristal.

—¿Qué tal la bala de cañón? —propuso Wins.

—¡Nada de armas! —les advirtió Federico.

—No es eso.

Winters puso los ojos en blanco.

«La leche, se nota que han sido ladrones, hablan en un lenguaje especial que nadie entiende», se dijo Nina, que los observaba con curiosidad entretanto ellos continuaban elucubrando. No comprendía a qué venía tanto pensar, tanto desactivar ni qué mierdas en vinagre si era más sencillo de lo que creían, y no dudó en contarle.

—Podéis sacar el cristal. Está encajado a la madera y se puede levantar.

—¿Se puede?

A Matt se le formaron unas arrugas de expresión en la frente.

—Sí, es cierto, y no perdemos tanto tiempo —aclaró Fede cruzándose de brazos.

—No esperamos más. —Wins se volvió hacia Fede—. Señor Histérico Santana, ¿está dispuesto a facilitarnos el código de seguridad?

—Nada de bromas.

Sacó el móvil.

—Vale, vaya carácter. —Matt se metió debajo de la vitrina boca arriba—. Dame el código, Fede. —A medida que Federico le decía los números, se oía el ruido de las teclas—. Gracias.

Nada más introducirlo, la parte de abajo cedió y Matt, con cuidado, la sujetó para que no sufriera ningún daño, dejándola abierta. Gracias a la ayuda prestada por Miguel y Diego, pues Fede no había hecho el amago de ayudar y Jeff prefería no tocar nada, pudieron sacar el cristal.

No lo habían colocado todavía en el suelo cuando, de repente, para estupefacción de Nina, de todos, las letras comenzaron a bailar como si tuvieran vida propia, las hojas se fueron arrugando y... ¡deshaciendo!

El libro se pulverizó delante de sus ojos.

—¡¿Qué habéis hecho?! —vociferó Federico.

Capítulo 18

—¡Habéis echado a perder una de las piezas más importantes de la colección! —Federico no dio tiempo a que nadie reaccionara sobre lo que acababa de pasar. Estaba tan enfadado que sus ojos chispeaban bajo la luz de los leds—. Esto me lo vais a pagar, ¡joder!

Nina, visiblemente inquieta, afectada y preocupada, dio varios pasos atrás. La tensión de todo ese día comenzaba a hacer mella en ella. Sensaciones tales como la impotencia, la rabia o el desánimo consiguieron que las lágrimas le picasen en los ojos ya que, debajo de esa máscara de mujer fuerte, se escondía una chica que odiaba que se maltratasen los libros y, delante de sus ojos, vio como una reliquia de incontable valor científico y económico se volatilizaba.

—¿Qué coño habéis hecho? —les repitió Federico fuera sí, aunque con un tono agudo que cogió a todos desprevenidos; sonó igual que un silbato.

—Fede, cariño. —Con su dulzura habitual, Maxine se acercó a su marido y lo cogió del brazo para intentar calmarlo, lo que fue un imposible.

—Suéltame, Maxine —le ordenó—. Tú... —La señaló con el dedo acusador—... has participado de esta aberración. Eres tan culpable como todos. —De un tirón se soltó de su agarre y se acercó a la vitrina—. ¡¿Estáis orgullosos?! —Fede mataba con la mirada a Matt y a Winters, que no se atrevieron a contestar—. Era una obra muy importante, ¿es que no os dais cuenta de lo que se ha perdido? —Se llevó las manos a la cabeza y en sus ojos brillaban el cabreo y la frustración—. ¡¡¡Esto no se puede mostrar al público!!!

—Míralo por el lado bueno. —Miguel fue el único que tuvo los huevos de hablar—. Ahora se ha convertido en lectura ligera.

Algunos se rieron de aquella contestación por la nariz, otras disimularon tapándose la boca.

—Calla —lo riñó Carol por lo bajini y le arreó un pequeño puñetazo en el culo.

—Es la verdad —se defendió el joven, que se encogió de hombros.

—Miguel, no estoy para bromas.

Federico habló entre dientes.

—No estoy bromeando.

Al oírlo, a Nina no le quedó claro si Miguel era inconsciente o le importaba muy poco su vida

al ver la feroz expresión de Fede.

—Todos sois culpables. —Dibujó un círculo en el aire antes de dirigirse a Jeff—. Por esto puede demandar al FBI.

Jeff tampoco se lo pensó dos veces en encarar al empresario.

—Antes de llegar a esos extremos, debemos buscar una solución.

—Tú me dirás. —Federico abrió los brazos—. No la veo.

—Para empezar, ¿es normal que un texto antiguo se desintegre?

Jeff lanzó la pregunta para todos. Nina se dio la vuelta para contestar, pero Alex se le adelantó.

—No. Es verdad que, dependiendo del tipo de soporte en el que se ha escrito, los científicos deben tener cuidado de no romperlo. Hay que darse cuenta de que no siempre, a lo largo de la historia, se ha utilizado el mismo papel, por denominarlo de algún modo. Ahora bien, esto que ha sucedido no es normal.

—Es que no lo es —intervino Nina.

—¿Alguna vez habéis sacado de las vitrinas los manuscritos y, al entrar en contacto con el aire, se han deteriorado?

Jeff la miró directamente a los ojos.

—No, todos permanecieron intactos. Es más, cuando tenemos que sacar alguno, lo hacemos con las manos cubiertas por guantes de algodón, para evitar que nuestras manos entren en contacto directo con el manuscrito —explicó Nina a todos, información que Federico conocía bien.

—Lo normal —intervino Alex de nuevo— es que, cuando vas a utilizar cualquier documento antiguo, lo hagas con ese tipo de guantes. Lo vi en múltiples museos y en carrera lo he tenido que hacer.

—Entonces, contadme ¿qué cojones ha pasado? —A Federico solo le interesaban las respuestas—. Listas, contadme.

A Nina le dio ganas de estamparlo contra la pared por el recochineo con el que les hablaba.

—¡Oye, un respeto! —le advirtió Alex—. Nadie te está hablando mal.

—No sabíamos que iba a pasar esto.

Winters todavía no se había recuperado del susto.

—¡Venga, ahora vais de chicos buenos!

La actitud de Fede era muy irreverente. Nerea, que hasta ese momento se había mantenido en silencio, dio un paso al frente con una expresión que no dejaba lugar a dudas: tenía más que decir.

—Federico Santana, escúchame bien: no me calientes, o vamos a tener un serio problema porque, como hable, mucha gente aquí presente se va a enterar de determinados asuntos que hemos enterrado, pero no me va a importar desenterrarlos —lo amenazó a las claras. Nina no sabía de lo que Nerea hablaba, los ojos iban de uno a otro como si de un partido de tenis se tratara—. Como abra la boca, te vas a arrepentir y lo sabes. Así que cállate si no sabes de lo que

estas dos mujeres están hablando.

Salió en defensa de Alex y de Nina, las dos que en ese grupo tenían conocimientos. Fede, con aquel discurso, con los labios apretados, pareció acobardarse.

—Chicas, continuad y explicadnos, por favor, qué pudo haber pasado.

Nerea les concedió la palabra.

—A ver, unas semanas antes a que Harland trajera el manuscrito, investigué sobre él y sobre Tycho Brahe. Es mi trabajo y, además, al tenerlo en la colección en un sitio preferente, debíamos añadir a las guías turísticas una determinada información para utilizarla. Gracias a la colaboración de un miembro de la Universidad de Michigan, me contó, entre otras curiosidades, que Brahe escribía en su propio papel de madera de tulípero que, por sus características, no debería sufrir ningún daño.

Nina respiró nada más terminar de hablar, pues era tal su nerviosismo por culpa de Fede que se había olvidado de hacerlo. A ella nadie la tomaba por tonta.

—Según sonsaco de tus palabras, el libro original puede estar en un baño turco, que no va a sufrir ningún tipo de daño, ¿no?

Matt entrecerró los ojos a la espera de su respuesta.

—Así es —asintió.

—¡El gran manuscrito científico era más falso que el agua de fregar! —exclamó Miguel con una gran sonrisa en la boca—. Colega. —Se acercó a Federico y le apretó el hombro—. No solo las chicas te la han metido doblada.

El empresario era incapaz de decir nada. Diego aprovechó para meter un poco más el dedo en la llaga.

—Oye, Fede, ahora que te miro bien, tienes cara de tonto, yo me lo haría mirar.

Se rio de él ante el asombro de todos los allí presentes.

—Fede, lo que estábamos exponiendo era una falsificación —le esclareció Anna a su jefe.

—No puede ser. —Rompió su mutismo—. No me puedo creer que Michael Harland me haya estafado. Viniendo de él, es imposible.

—Pues fíjate en cómo han quedado las páginas. Sí, lo que dijo Miguel, lectura muy ligera y similar a los polvos del puré de patata.

Wins se contuvo la risa, por lo que Fede pegó un gruñido.

—Una pregunta. —Nerea estaba boquiabierta—. ¿Harland pretendía que alguien lo robase o lo destruyese?

—Eso parece.

Winters era otro al que le faltaba el aire.

—Que alguien quite la vitrina —ordenó Matt.

Matt apartó poco a poco el polvillo que habían dejado las hojas.

—Las pastas no se deshicieron al entrar en contacto con el aire —indicó Matt.

Jeff silbó.

—¿Qué pasa? —lo inquirió Diego.

—Estos símbolos los vi hace unos días en la pulsera de Nina.

Giró el rostro hacia ella, al igual que todos.

—No, no pueden ser los mismos —protestó, nerviosa, con todas las articulaciones tensas.

—Lo son —afirmó él.

—Será una coincidencia.

—Las coincidencias no existen, Nina —le dijo Anna—. Es algo que en los últimos meses he aprendido.

—¡Que no, hombre, que no, no pueden ser! —exclamó.

Notó que toda esa situación la empezaba a devorar tanto por dentro como por fuera.

—¿Ahora quién es la que obstruye a la justicia?

Aquella pregunta del chulo Federico logró que el enfado estallara en su interior. Por eso, con manos temblorosas, se peleó con el cierre y no esperó nada a lanzársela a Jeff, que la cogió al vuelo.

No hizo ningún amago por acercarse; si se movía, cabía la posibilidad de que le saltase a alguien al cuello.

—Son los mismos —aseguró Matt que, tras él, lo fueron a comprobar uno por uno, salvo ella.

—Querida, ¿cómo es posible?

Maxine no quería ofenderla.

—Esa pulsera me la regaló mi madre cuando era una niña. —Estiró el brazo y señaló los restos del manuscrito—. ¡No sé qué pintan ahí!

Se sentía una estúpida. No entendía nada, no podía dar más explicaciones que no fuese esa. Se notó flaquear sobre los tacones de sus zapatos, mientras que su incomprensión sobre lo que estaba pasando, sobre los derroteros que estaban tomando los acontecimientos, se aproximaba a ella como una gran ola que estaba dispuesta a engullirla y arrasarla. Apretó las manos en puños a los lados de su cuerpo, para atrapar las fuerzas que todavía le quedaban, al sumergirse en el recuerdo de esas Navidades en las que su madre le había puesto por primera vez esa pulsera en la muñeca.

—Hay muchos dibujos y símbolos que se parecen, eso no tiene nada que ver —dijo sin oírse; la presión, que empezaba apretarla, le taponaba los oídos a la vez que la vida iba menguando su ritmo, como los latidos de su corazón.

—¿Y si eres familiar de Michael Harland y no lo sabes? —Carolina soltó esa cuestión a bocajarro. Nina se quedó clavada en el sitio—. Ya hemos vivido algo similar con Alex. Eso explicaría por qué Michael Harland ha utilizado los mismos símbolos en las pastas.

«Nunca te la saques, cariño, en ella está quién eres y a dónde perteneces», oyó la voz de su madre una vez más. Aquellas palabras se deslizaron suavemente en su cerebro y plantaron sus semillas, que crecieron en el sonido del silencio que la envolvió.

Bajo el halo del pasado, un repentino frío la heló junto a la humedad que le traspasaba la ropa,

le atraparon la respiración y la despojaron de su alma, de cada una de sus partículas. Con los ojos suspendidos en los restos del libro, percibió que un enorme vacío se abría en su pecho, a la vez que la gran ola la quebraba. Le sobrevino una oscuridad desconocida que le arrebató las fuerzas.

Capítulo 19

Una titilante luz se abrió paso en ese lugar oscuro en el que había caído. Voces, gritos, zancadas aceleradas rompieron el silencio que lo cubría todo y, aún así, ella era incapaz de oír su corazón.

Un pitido poco a poco se potenció a medida que parpadeaba, y todo cobró otro sentido. Estaba en la habitación de un hospital en la que ya había estado, era una vieja conocida de California a la que había intentado olvidar, pero siempre la acompañaría por el significado que tenía para ella.

Unos dedos le rozaron las manos. Al mirar a la cama, vio a su madre y tuvo que tragar varias veces seguidas con el propósito de aflojar el nudo que le atenazaba la garganta, debido a las ganas de llorar que tuvo que controlar. No podía hacerlo delante de ella, había hecho un trato con su padre: nada de lloros. Los debía ver bien para animarla y poderle contagiar esa alegría. Ella los hizo partícipe de que le quedaba poco, por ello les pidió que no la engañasen.

—Mamá.

Le cogió la mano.

—Nina —dijo con voz pastosa.

—Estoy aquí.

Le cogió la mano fuerte para que la sintiera a su lado.

—Tienes que hablar con él...

—¿Con quién?

No la entendía.

—Habla con él, tienes que conocerlo.

Tosió por el esfuerzo.

—Ya hablaremos en otro momento. —La besó en la mano y apoyó la frente—. Descansa.

—No podré si no te lo cuento.

Volvió a toser, esta vez, con los ojos cerrados.

—Ya lo haremos.

—Tienes que... —Se removió—. Estoy cansada.

Nina cerró los ojos para contener las lágrimas y abrió las aletas de la nariz para tomar aire.

—Búscalo.

Nina se incorporó en la cama, despertando de sopetón, con la respiración agitada, empapada en sudor, con algunos mechones de pelo pegados a la cara, y la camiseta que vestía estaba retorcida a la altura del torso y humedecida. Contempló a su alrededor, gracias a la luz que entraba desde el exterior, y reconoció la habitación de Jeff, que dormía a su lado. Se llevó las manos a la cara y se separó el pelo. Respiró varias veces en un intento por controlar el pulso, lo que le resultó imposible. Su mente estaba anclada en ese recuerdo al que no se podía llamar sueño. Las palabras entrecortadas de su madre hicieron regresar la misma pregunta: ¿con quién debía hablar?

Apoyó los codos en las piernas, que había doblado como un indio en un intento por dejar la mente en blanco para no recordar, para no pensar; solo quería que el silencio borrara esas angustiosas sensaciones que estaba reviviendo, como el sentimiento de pérdida que, durante las semanas que se producía el desenlace de su madre, había florecido en Nina y le había impedido recomponerse. Percibió algo extraño, estaba más agobiada que nerviosa, pues nervios como tal, esos que punzaban en el estómago y se extendían por los costados, no tenía.

Alzó la cabeza al oír un suspiro de Jeff al otro lado de la cama. Lo miró con cariño impregnado en pena, y el miedo a perderlo a él también le estrujó el corazón a la par; una garra se le clavaba en el alma a consecuencia de lo que había experimentado de nuevo. Le separó el pelo que le caía despreocupado sobre la frente y lo observó con un amor infinito; gracias a él, debía reconocerlo, no se sentía como cuando había muerto su madre. Le dio un dulce beso en el pómulos y se levantó, no quería perturbar su descanso.

Fue al baño, donde se refrescó la cara varias veces. Al mirarse en el espejo, vio a la antigua Nina de ojos tristes, sin fuerza vital, que se reflejaba en las ojeras negras que le perfilaban los ojos. Las mejillas blanquecinas querían hundirse, y la boca era una línea de rictus serio. Se secó la cara para borrar esa imagen y cogió el neceser, al abrirlo vio lo que el médico le había recetado. Hacía más de un año que tenía que recurrir a las pastillas y no dudó en coger una. Bajó a la cocina encendiendo las luces y se tomó un gran vaso de agua. Tenía la boca seca y el cuerpo le agradeció la frescura.

«¿Cómo he llegado aquí?», esa pregunta la asaltó nada más se sentó a la mesa. No lo sabía, tampoco le costó hacer memoria: estaba en Santana's Club con casi todo el grupo... «¿Y si eres familiar de Michael Harland y no lo sabes?», había cuestionado Carolina. Era imposible, ¡imposible!

—Nina. —Oyó la voz de Jeff a su espalda—. ¿Estás bien? —Él la cogió en brazos para sentarse y colocar a Nina en las piernas. Ante su silencio, volvió a preguntar—: ¿Por qué te has levantando?

Apoyó la frente en su mejilla.

—Tenía sed. —Le señaló con la barbilla el vaso que había dejado encima de la mesa—. Jeff.

—Dime.

Posó sus ojos en ella.

—¿Cómo he llegado?

Quiso saber esa parte, que para ella era más grande que un agujero negro.

—Te traje. —La estrechó entre sus brazos—. Te desmayaste en el club y Federico llamó a su médico particular, quien nos dijo que estabas bien, pero debías descansar.

—¿No dijo nada más? —Quería saberlo todo. Muy pocas veces le había sucedido lo de perder el conocimiento—. Vamos, que me di un golpetazo en la cabeza.

—No. —Jeff fue firme en su negación—. Me dio tiempo a cogerte antes de que tu linda cabeza se estrellase contra el suelo.

—¡Ah! —Nina alzó las cejas—. Ahora eres mi Superman.

—Sí, y siempre lo seré. —La besó en la punta de la nariz—. Me diste un susto de muerte, pensé que te perdía.

—No puedo marcharme de tu lado.

—Eso espero, aunque bueno...

—Bueno ¿qué?

—Te seguiré porque, en este tiempo a tu lado, le has enseñado a mi corazón el instinto de supervivencia —le declaró—. Eres la razón de que en mis días siempre luzca el sol.

—Te quiero, Jeff —le dijo tan enamorada que se vio desbordaba por esos sentimientos que compartían más allá de las palabras.

—Lo sé.

—No.

—¿No lo sé?

Enarcó una ceja divertido.

—¡Ay, qué tonto eres! —Él se rio—. Te amo como no he amado en mi vida, tenerte a mi lado significa mucho para mí. A tu lado el amor ha tomado otros derroteros. Ahora, cuando te acercas, te veo, o con una mirada consigues que el corazón se me revolucione. ¿Cómo lo has logrado en tan poco tiempo?

—Mi amor solo se compone de ti. Te confieso que... —Acercó la boca a su oído—... el corazón se me adelantó, te amó mucho antes de darme cuenta de que realmente te quería.

Jeff la atrajo hacia sí y se fundieron en un abrazo. Se habría quedado arrullada por aquel abrazo, que valía más que cualquier declaración de amor, sobre todo, al notar que sus pulsos se acompañaban. Sin embargo, Nina descifró que en esos abrazos había otro breve mensaje: «Allí estaré». Eso la reconfortó y le calentó el alma.

—Nina, tenemos que hablar —susurró Jeff mientras la apartaba con dulzura.

—Ahora no —le pidió ella, no quería que nada ni nadie rompiera ese momento unidos.

—Hay que hablar, no podemos postergarlo —insistió al tiempo que le acariciaba la cara y la

recorría con ojos rápidos, como si quisiera grabar cada línea—. ¿Te acuerdas de la pregunta de Carolina?

—Sí, pero ya te digo yo que es una ridiculez.

—No te adelantes —le advirtió él.

—¡Oy, Jeff! ¿En serio crees eso? —Negó con la cabeza—. Lo que quieras saber de mi familia pregúntame y te lo contaré.

—¿Quiénes son tus abuelos maternos? —inquirió sin dudarlo.

Aquella siempre había sido, para ella, la pregunta del millón. Era cierto que su madre le había contado que sus abuelos no las querían, que la habían echado de casa por ser madre soltera. Sus identidades habían permanecido ocultas. Estaba segura de que ni su padre lo sabía. A lo mejor, sí, pero lo dudaba. A su madre no le gustaba acordarse de ellos, recordar la humillación que le habían hecho pasar.

—Sus identidades no las sé. La repudiaron cuando se enteró de que estaba embarazada. —Bajó la cabeza—. En parte, nunca me preocupé de sus existencias por respeto a mi madre, y ellos tampoco movieron un dedo por conocerme.

«Siempre seremos tú y yo, y papá», se acordó de las palabras de su madre. Nina se levantó. ¿Por qué su mente le jugaba tan malas pasadas? Se tapó los ojos en un absurdo intento de frenar su cabeza y, con un incipiente enfado que comenzaba a hervirle la sangre, fue a por Jeff.

—¿A qué viene esa pregunta?

También debía controlar la pena que todavía le provocaba que nadie de la familia de su madre hubiera ido a su funeral; ni después de tantos años la habían perdonado.

—No te enfades —le pidió él manteniendo la calma.

—Lo siento, no te prometo nada. Cuenta lo que tengas que contar, por favor. Rápido, el pasado de mi madre duele.

—No es tu pasado, Nina —le respondió él sin comprenderla.

—Lo es. —Notó las mejillas coloradas y se tragó, una vez más, las lágrimas—. Siempre lo será porque nadie podrá borrar las noches que la sentí llorar, o que llamaba a alguien por teléfono y la veía derrotada, pero me sonreía igual. Ella me enseñó lo que significan el amor, el tiempo y la muerte. Tres aspectos de la vida de los cuales nos componemos las personas.

—¿Sabes a quién llamaba?

Jeff se dio cuenta de que se estaba metiendo en un camino muy espinoso.

—A ellos, mi madre nunca me escondió nada.

—Te pido que no te enfades. —Le hizo un gesto con la mano para que hablase—. Cuando te traje para casa, estuve trabajando. —Resopló—. He investigado a tu madre.

—¡¿Qué?! —gritó Nina. Tuvo que haber escuchado como el culo—. Repite —le ordenó.

—Investigué los datos de tu madre y...

—¿Cómo te atreviste? —Le dio un empujón en el hombro—. ¿Quién te crees que eres?

Jeff se levantó para que no lo esquivara ni se alejara.

—Atiende.

La intentó sujetar. Ella no se dejaba, se alejaba.

—¿Cómo te has atrevido a hacerlo sin mi permiso? —protestó dolida—. ¿Qué pretendes?, ¿solucionarme la vida en un minuto?

—Quería tachar esa posibilidad insustancial —empezó a explicarse—. Partí de que era una ridiculez...

—¡Lo es! —Volvió a alzar la voz. El corazón le palpitaba desbocado y todo el cuerpo le temblaba—. ¿Qué quieres demostrar con todo esto? —Una afirmación se le pasó por la cabeza—. Si lo que pretendes mostrar es tu valía en el FBI, ya te digo que eres un buen agente.

—¡No es por eso!

Jeff frunció el ceño y sus ojos color canela, que siempre la miraban con amor, se tornaron oscuros.

—Eres un gran agente.

—Nina, ¿nunca te has fijado en la similitud entre el apellido Harland y el tuyo, Harlond? —En esa ocasión, Jeff la golpeaba con un hecho en el que ella no había caído. Movía los ojos buscando alguna respuesta rápida que no hallaba, a no ser que mintiera, lo que ya no valía de nada. Solo podía escuchar a Jeff, por eso negó con la cabeza antes de tomar asiento. Volvía a sentirse cansada y notó el estómago un poco revuelto—. Se parecen tanto porque tu madre, de algún modo, mantenía la unión con su familia.

—¿Qué? —Agitó la cabeza—. ¿Su familia? —Él asintió y ella se cabreó más—. ¿Qué derecho tienes a investigarla? —Repitió esa pregunta—. Déjala descansar en paz.

—Soy el agente que lleva el caso de Harland, no me digas lo que debo o no hacer, y tú estás en él.

—Di lo que tengas que decir —dijo entre dientes, asintiendo a lo que acababa de oír.

—Michael Harland era tu abuelo.

Aquella afirmación le sentó como una bofetada que el destino, muy pendenciero, le pegó para aseverar lo que no quería escuchar. El suelo bajo sus pies se abrió con ganas de engullirla para arrojarla a las fauces del infierno. Fue tal la impresión que el estómago se le encogió, a la vez que ella se empequeñecía tanto que cualquiera podía pisotearla.

Salió corriendo, subió los escalones de dos en dos y hundió la cabeza en la taza del váter. De pronto, mientras vomitaba el poco contenido del estómago, unos brazos la sujetaron y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas.

—Vete.

Se limpió la boca con una mano.

—No voy a dejarte sola. —Jeff se mantuvo firme a su lado—. Me quedaré a tu lado.

Entre esos brazos, su cuerpo comenzó a convulsionar, también, por el llanto.

Capítulo 20

Nina se lavó los dientes bajo la atenta mirada de Jeff, que la había sostenido mientras lloraba desconsoladamente, sentados en el suelo del baño. No la había dejado, la había acunado y le susurraba palabras para tranquilizarla; aunque al principio no surtían efecto, poco a poco fueron calando hondo. De momento, él no la había fallado.

—No es verdad —negó tras enjuagarse la boca una primera vez.

—Todo apunta a que sí.

—Es imposible. —Se enjuagó y escupió el agua con fuerza para después mirarse al espejo. El rostro le languidecía en la más profunda de las tristezas, igual que sus ojos, que estaban rojos por el llanto—. Si es cierto, mi vida es una mentira —le dijo a su propio reflejo, a la vez que se hacía una cola de caballo.

—No digas eso.

Jeff la esperaba con el hombro apoyado en el quicio de la puerta.

—¿Cómo que no? Si lo que has encontrado es cierto, ¿por qué no sabía que era mi abuelo?, ¿por qué me lo ocultó?, ¿por qué mi madre no me dijo la identidad de mi abuelo? A lo mejor, no es Michael Harland. Ahora bien, si tú... —Lo señaló—... estás en lo cierto, entonces mi vida se ha compuesto de mentiras por parte de mi madre. Licor, con él murió mi supuesto abuelo, y...

—¿Y?

—Amor, ese creo que eres tú.

—Espero que no solo lo creas.

—No sé qué creer, Jeff. —Salió del baño y bajó arrastrando los pies para, esa vez, sentarse en el sofá. Mientras el corazón le palpitaba a mil por hora, una parte de sí misma le pedía que saliera corriendo. Podía hacerlo, pero aquel dolor que la atravesaba la acompañaría a donde fuese. Y la verdad era que estaba muy cansada, tenía el alma desfallecida, y una garra le estrujaba el corazón dispuesta a romperlo. Era consciente de que, en esa ocasión, empezar de cero no valía para nada. Debía enfrentarse a todo—. ¿Qué más has investigado?

—Nada, solo eso. —Se iba a sentar a su lado, en el último momento reculó—. ¿Puedo?

—Es tu casa.

Tampoco podía rechazar su presencia. Él se sentó y Nina, por un momento, estuvo a nada de tirarse a sus brazos para que la sostuviera y le dijera que todo iba a salir bien aunque fuese la mayor farsa de su vida. Pero se mantuvo en su sitio, el cuerpo no le respondía.

—Te juro que pensaba que eso no podía ser, créeme. Hasta ahora no había caído en el parecido de los apellidos si no fuera por esa pregunta de Carolina. Te estoy contando la verdad, me sorprendió y, hasta el último segundo, dudé si contártelo o esperar, porque no estás bien y solo tú me preocupas.

Jeff no apartó la vista de ella, solo una persona que decía la verdad podía mantener clavados los ojos en el otro.

—¿No has descubierto nada más? —insistió para que él no dejase más sorpresas en el tintero.

—No, de verdad. —Se quedaron un rato en silencio, cada uno sumido en sus pensamientos. Los de Nina sobrevolaban en torno a su madre y a Michael, en las veces que le sonreía al verla, en el cariño con que le hablaba, en todo lo que compartían—. ¿No hay nadie que corrobore todo esto? —inquirió Jeff en voz baja para no perturbarla.

—Abraham tiene que saberlo.

—Nina, olvídate de él, de verdad.

Él obvió ese nombre.

—Según tus informaciones, es mi tío abuelo. —Se apretó la cola de caballo con la que se había recogido el pelo—. Ese enano gruñón no puede ser de mi familia.

—Me da lo mismo, no sé. ¿Tu padre puede saberlo? —tanteó Jeff.

—Le puedo preguntar. —Nina se levantó en busca del móvil. Al regresar se volvió a sentar—. ¿Qué hora es en Nueva York?

—¿En Nueva York?

Jeff frunció el ceño. ¿El padre de Nina estaba en la ciudad?

—No, hombre, en Londres —lo corrigió.

—Dijiste Nueva York.

—En Londres, me he equivocado.

—Vale, son la dos, allí serán las siete —la informó calculando el cambio de horario con ojos puestos en el reloj.

—Ya está despierto y, si no, lo despertaré. Esto es más importante que un sueño reconfortante. —Entró en llamadas recientes y pulsó el número—. Lo pongo en manos libres.

—Si quieres hablar con él a solas, dímelo.

Él quería que ella estuviera cómoda.

—No. Quiero que te quedes a mi lado.

La carga de dolor que sentía en esos momentos era muy pesada, por eso necesitaba que él se quedara. No iba a pasársela, solo ella podría sostenerla.

La pantalla deslumbró.

—¡Hola, cariño!

La voz contenta de su padre la saludó.

No se dio cuenta de lo difícil que iba a ser hasta qué no notó a su padre tan cerca. Por unos instantes, tanteó la idea de dejarlo todo como estaba; sin embargo, si quería saber hasta qué punto Jeff tenía razón o no, se debía enfrentar a ese gran dolor que, a lo mejor, no era capaz de soportar.

—Papá —lo saludó con la voz apagada por el dolor de garganta.

—Nina, hija, no estás bien. —Su padre, para ser hombre, siempre había sido demasiado intuitivo—. ¿Qué te sucede?, ¿es algo del caso? —No podía hablar, simplemente no podía—. Nina, dime algo.

Tragó con fuerza para contenerse. Pese a sus esfuerzos, consiguió lo contrario: el dolor de la garganta se expandió por la boca y la línea de la mandíbula, mientras las lágrimas le anegaban los ojos.

—No estoy bien, papá. —Se mordió el labio inferior por dentro—. Creo que...

—¿Qué? —A la vez que su padre preguntaba, ella sorbió por la nariz—. No llores, cariño, estoy aquí.

Era cierto: aunque los separase el Atlántico, él estaba ahí, como siempre. No sabía cómo empezar, era muy duro darles voz a ciertas palabras delante de él. Sin embargo, debía ser fuerte por sí misma; si quería dilucidar algo de verdad, tenía que seguir adelante.

—Creo que mamá pudo mentirme. —Al otro lado del teléfono, se hizo el silencio—. Me ha mentido siempre.

Se le quebró la voz. Jamás hubiese creído decir eso de su madre.

—¿Por...? —Su padre carraspeó—. ¿Por qué lo dices?

—Verás, Jeff... —Lo miró; él, en un gesto de apoyo, le cogió la mano—... está aquí conmigo.

—Buenas noches o días, señor Armstrong —lo saludó Jeff con mucha formalidad.

—Agente Anderson.

Aquel saludo los dejó de una pieza. Jeff alzó las cejas y agitó la cabeza en dirección a Nina, que se imaginaba cómo su padre podría saber la identidad de Jeff.

—Papá. —Nina debía retomar el tema—. Quiero que me confirmes o desmientas una información que Jeff ha encontrado.

—Muy bien.

—¿Michael Harland era mi abuelo? —Se hizo el silencio otra vez y se prolongó más de lo que ella esperaba. Tanto fue así que notó como el techo de la casa caía sobre su cabeza y casi la aplastó—. Papá, por favor, no te calles ahora —dijo con angustia de nuevo.

—Sí, es cierto. —Aquella afirmación la hundió en una profunda tristeza, no se lo podía creer. Cerró los ojos y, sin que ella lo quisiera, empezaron a mezclarse las palabras que le decía su madre, con los silencios prolongados, cuando no quería tratar algún tema y los recuerdos de situaciones de las que alguna vez había oído hablar—. Nunca estuve de acuerdo con que no te dijera la verdad...

—¿Por qué no me la contaste tú? —le reprochó—. Si ella no quería, estabas tú. Me pudiste coger y contármelo todo. Aunque creo que la mentira era más fácil —soltó sin pensar.

—Yo no podía, tenía que ser ella, y discutimos muchas veces por eso mismo. No teníamos diferencias, salvo esa —comenzó a explicarle.

—¿Por qué?! —gritó llorando, con el corazón hecho añicos y rota de dolor al tener que reconocer que Jeff estaba en lo cierto. Alguien ajeno estaba más al tanto de su familia que ella. Se sentía la idiota de la historia—. ¿Por qué no me lo dijste tú? ¿Por qué me mintió? ¡Mi propia madre me miraba a la cara sabiendo que me mentía!

—Nina, en un principio, ella no te decía nada para apartarte de tu abuela. Fue ella quien la repudió, no Michael —le contó.

—Pues fue igual que su mujer: no estuvo con mamá cuando enfermó, no vino a su funeral —le reprochó a Michael.

—Sí estuvo presente.

Aquella información de su padre la cogió de sorpresa.

—¿Qué?

—Si quieres saber la verdad, déjame hablar. —Nina se mantuvo en silencio por petición de Jeff, que le negó con la cabeza para que permaneciera callada—. Tu abuela la repudió. Al ella morir, tu madre lo leyó en el periódico y la animé a llamar a tu abuelo. Lo hizo y estuvieron hablando, para su sorpresa, más de una hora. Después de esa llamada, vinieron más, incluso lo conociste.

—No recuerdo a Michael.

—Él mismo se presentó ante ti como un amigo de la familia, no quería ser invasivo contigo. Cuando tu madre enfermó estuvo pendiente, tanto que se vino para California. Cuando nos íbamos a la cafetería del hospital, él era quien la veía y la acompañaba. El día que falleció esperaba la noticia en la sala de espera del hospital y fue a su funeral, pero no estuvo entre la gente, se quedó entre los árboles.

Aquello fue como si el calvario, la angustia y la desolación se desbordaran en el cuerpo, cabeza y corazón de Nina. Aun así, tuvo la lucidez suficiente para no callarse.

—¿Y por qué no se acercó en Santana's? —preguntó con total razón—. ¡Venga!, tuvo muchísimas posibilidades y jamás lo hizo en estos años. Se calló como un zorro viejo.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas con más intensidad.

—Nina, tranquila —intervino Jeff—. Señor Armstrong, ¿sabe por qué no se lo dijo?

—Se tenga la edad que se tenga, nos pueden azotar los miedos, y él lo que más temía era que, si te decía que era tu abuelo, ya no lo recibieras con una sonrisa, que lo alejaras. Prefería ser el señor Harland a ser el abuelo repudiado. Quería disfrutar de ti...

—Papá, si se hacía pajillas en la biblioteca, este hombre no podía temer nada.

A su padre se le había olvidado cómo la policía lo había encontrado.

—Nina, por muy viejo que seas, los miedos te persiguen. Él temía perder lo poco que tenía de

ti.

—Tu padre tiene razón.

Que Jeff se posicionara de su lado la cogió de sorpresa.

—¡Oh! Ahora has cambiado de bando.

—Aquí no hay bandos, pero déjame hacerte una pregunta: ¿cómo reaccionarías si te dijera que es tu abuelo? —le preguntó Jeff mirándola.

El rostro de Nina se encogió en una mueca de dolor. Debía enfrentarse a esa pregunta con sinceridad, ya no valía eso de mentirse a sí misma para mantenerse viva, porque su mundo se había derrumbado por su madre y por ese abuelo que creía ausente y que, invisible, había estado ahí.

—Mal, porque hasta ahora creía que se había portado como un cerdo con mi madre, que jamás quiso conocerme. —Solo empezamos a tener razón cuando somos capaces de admitir que nosotros también cometeríamos muchos errores—. Le reprocharía no haber estado con ella cuando enfermó o no venir... Caería en mentiras, porque no sabía la verdad.

—Él estuvo presente en tu vida: no permitió que te pagases tú la carrera, él se hizo cargo de eso, estuvo en tus graduaciones, compartía en silencio tus alegrías —añadió su padre.

—¿Hablaste con él antes de morir?

Bajó la cabeza, solo quería saberlo.

—En estos dos años he mantenido contacto...

—¡¡Papá!!, ¿por qué no advertiste...?

—¡Cariño, otra vez! Él no quería, ¿estamos? Le dije que se acercara, pero él quería permanecer cerca sin decirte nada. —Esa parte Nina no la comprendía—. Estaba encantado de compartir contigo conocimientos, de explicarte aquello que no sabías, pero que te beneficiaba en tu trabajo; le encantaba escucharte como guiabas a los turistas. La primera vez que te vio en pleno trabajo, me llamó emocionado, me lo contó todo, estaba orgulloso.

Esa última palabra desencadenó un recuerdo: «Muchacha, no sabes la suerte que tiene Santana; debe estar orgulloso del buen trabajo que haces, porque yo lo estaría». Nina se puso de pie nerviosa.

—Me lo dijo, o eso creo, aunque metió a Federico de por medio.

Nina comenzó a caminar para no notar cómo le temblaba el cuerpo. Otro recuerdo le asaltó la mente:

—*¿Por qué debería despedirse?* —la había interrogado Anna de nuevo.

—*Siempre lo hace. Cuando llega o se va, siempre me busca para saludarme.*

—Por eso me saludaba o se preocupaba si no me veía.

Cada vez que respiraba el aire, le raspaba la garganta y apenas le llegaba a los pulmones. El alma se le quebró a medida que su mente unía vivencias con todo lo que su padre le había contado.

—Ahí está —le dijo con suavidad su padre—. Te hablaba tu abuelo, no el señor Harland,

como creías. Cariño, ojalá pudiera coger el siguiente vuelo, pero te prometo que, en cuanto regrese, nos veremos.

—Vale.

—Y no te enfades con ninguno de los dos, intenta perdonarlos. Tienes esa capacidad que, tras un cabreo monumental, sabes perdonar. Hazlo en este caso, no te rencorices contra lo que hicieron mal a nuestros ojos, tenían sus razones.

Tener recuerdos aislados que no llenaban el abismo en el que la habían lanzado era una sensación horrible. Superada por la vida, por el dolor que su madre desde la tumba le había infligido y que ni con anestesia se aliviaría, a punto de colapsar, salió corriendo hacia la habitación de invitados, donde había pasado las primeras noches. Cerró la puerta con el peso del cuerpo y deslizó la espalda por ella hasta que su trasero dio con el suelo. Allí, con la cabeza escondida entre las rodillas, liberó todo lo que había soportado.

—Espera, Nina.

Jeff se levantó en cuanto Nina salió corriendo. Quería frenarla, abrazarla tan fuerte que solo lo percibiera a él a través de ese dolor que sabía que la laceraba por dentro. Quería convertirse en ese refugio que toda persona necesitaba cuando lo demás se destruía, o se encontraba sola. Quería ser su sol en un día oscurecido por la niebla. No pudo hacerlo, el señor Armstrong continuaba a través de la fría línea telefónica.

—Señor Armstrong, Nina se ha marchado —le advirtió.

Se sentía culpable por haber seguido su intuición. ¡Debería estar quieto!

—Dale espacio, debe recomponerse de todo lo que supone este descubrimiento para ella. —El hombre parecía estar muy afectado también, pues lo salpicaba de cerca. Sin embargo, Jeff lo entendía: eran otras personas las que deberían haber hablado con Nina, no haberle dejado la patata caliente a él—. Pero no te alejes, te necesitará a su lado.

—Nina es fuerte.

—Lo es, pero, cuando salga de su mutismo, necesitará que la abracés, que permanezcas ahí.

—Y lo haré.

—No lo dudo. —Lo oyó tragar con fuerza, como si contuviese todas las emociones—. Cogeré un vuelo directo a Nueva York cuando termine lo que vine a hacer a Londres.

—Vale.

—Dile que la quiero.

—Señor, creo que ya lo sabe.

—Recuérdaselo.

Tras colgar, Jeff supo lo que era ser padre en los momentos difíciles y lo que su propio padre le decía muchas veces: «Padre e hijos nunca dicen adiós, por muy difícil que se ponga la vida».

Capítulo 21

Nina permaneció encerrada en el cuarto de invitados durante horas desde que había subido escaleras arriba. La sensación de pérdida, como la de sentirse huérfana, crecía a medida que las horas pasaban. La habían hundido en un infierno del que no podía salir, ni del que no sabía cómo escaparse. Tenía el alma apresada por mil cadenas que procedían de un pasado en el que ella era una víctima colateral de su madre y de sus abuelos.

¿Ella había pedido nacer?, ¿ella había pedido llegar a un mundo inventado por su madre? «¡Amor, mentiras y licor!». Esa era la frase que le taponaba los oídos y que no le permitía percibir el corazón, como casi nada; toda la situación, desde hacía horas, la había alejado de la realidad.

El cielo oscurecido de Nueva York se coloreó en un nuevo día, la luna dejó paso al sol... Y ella debía afrontar todo lo que había descubierto durante la noche. Enfrentarse a su verdadero apellido, Harland; a la figura de un abuelo que, visto por sus ojos, no lo era; a la verdad que había detrás de esa mujer a la que llamaba mamá. Con cada una de lágrimas que derramó, se abría en ella un nuevo agujero sin que ningún otro se cerrase.

Tenía la vista clavada en las nubes algodonosas que navegaban sobre la ciudad, y su cabeza se abrió:

Si pudiera alcanzar una estrella, te las hubiese entregado todas para cumplir nuestros deseos, pero no lo hicimos, ya que el mundo está lleno de planes imperfectos, y muchas promesas quedaron enterradas todas las veces que te preguntaba y tú me respondías: “Algún día lo entenderás”. Sabías que era fuerte, que saldría adelante, mientras que permanecías en mi corazón. Quiero verte como le lees cuentos a un ángel, como hacías conmigo, me gustaría que repartieras todo el amor que te quedó por dar. Yo...

Nina, sentada en el alféizar de la ventana, acarició la foto que tenía de su madre en la galería del móvil; se la había hecho un año antes a que le hubiesen diagnosticado un cáncer, y era su foto favorita. Sonreía a la cámara sujetando su viejo sombrero de paja, raído en las alas; estaban en el paseo marítimo y al fondo el mar, ese que amaba tanto su madre. Era la imagen de la vida, pues sus ojos centelleaban al sol. Volvió a pasar la yema del pulgar por su cara.

—Perdona si te miro sin reconocerte. Perdona si en esos ojos, en los que antes me reflejaba, ahora solo veo a la que un día fui y no podré volver a ser jamás. Perdóname, porque necesito tiempo para conciliar mi vida pasada con todo lo que he descubierto. Te perdono, sé que no querías causarme ningún daño.

En realidad, Nina no sabía cuál era su lugar en esa historia, en la vida. Estaba presa de una redes invisibles que tanto su madre como su abuelo habían entretejido a su alrededor y la mantenían cautiva.

Dos golpes sonaron en la puerta.

—Jeff, ya saldré.

Cerró la pantalla con pulsar un botón lateral del móvil. La puerta se abrió y quien asomó la cabeza fue Alex, lo que sorprendió mucho a Nina.

—Hola —la saludó Alex con suavidad.

—Alex.

Nina no se lo creía, tampoco sabía qué hacía ahí.

—Sí.

Entró sin permiso y cerró la puerta sin hacer ruido para acercarse a ella.

—¿Qué haces aquí?

Le señaló la butaca para que se sentara.

—Jeff llamó a Matt porque quiere que yo hable contigo.

—No hay nada de lo que hablar.

Nina asintió.

—Creo que sí. —Alex le frotó una pierna—. ¿Cómo estás?

—Mentalizándome de que conocía a mi abuelo sin conocerlo y que mi madre me ocultó parte de quien soy.

Aquel podía ser un buen resumen de las últimas horas. Alex, con un gesto totalmente inesperado, se levantó, la miró en silencio durante unos segundos, para después abrazarla. Nina se dejó, pues en la amistad hay algo misterioso. A veces, causa nuevos dolores, esperanzas perdidas o hay incomprensiones; en cambio, otras tantas, el universo te pone delante a gente que te entiende, que sin pedirlo sabe lo que necesitas para no sentirte una extraña, y juntan las notas desacompañadas que te llevan irremediabilmente a la destrucción, prohibiendo que eso ocurra.

Eso fue lo que Nina descubrió en el abrazo de Alex, una mujer con la que había hablado y en la que todo indicaba que la comprendía más de lo que ella creía.

Alex la separó con delicadeza.

—Te entiendo a la perfección —reconoció aquella chica de sonrisa amable y melena casi leonina.

—¿Cómo?

—Mi abuelo es Damian Thorne.

Alex volvió a tomar asiento, en esa ocasión, más seria.

—¿El ingeniero?

Nina no daba crédito. ¡Claro que sabía quién era su abuelo!

—Sí, y no hace mucho me enteré de que, detrás de ese nombre tan famoso, se escondía una historia de amor y de pérdida. —Alex respiró hondo para poder continuar—. Lo que nadie sabe es que esa identidad le dio la libertad, lo salvó de la muerte.

—De la muerte.

Repitió aquello sin entender lo que Alex pretendía contarle y que la tenía expectante.

—Sí. —Alex asentía en silencio, con los labios convertidos en una fina línea, y percibió que los ojos se le aguaban—. Mi abuelo de joven fue nazi.

—¿En serio? —exclamó Nina, que alzó las cejas asombrada por esa revelación que no se esperaba.

Algo esclareció: detrás de cada uno se escondía una historia, cada persona era un mundo lleno de luces y sombras que lo formaban.

—Sí. Lo descubrí por una antigua botella de whisky que Nerea, Carolina, Sony y Maxine me ayudaron a buscar. Me lo ocultó toda mi vida, pero era consciente de que, algún día, esa historia llegaría a mí de un modo u otro y, entre sus pertenencias, que todavía conservo en casa, hallé una vieja carta que me había escrito en la que me lo contaba todo.

Nina no necesitó más explicaciones para entender la razón que había empujado a Jeff a llamarlos: Alex había experimentado lo mismo que ella. De ahí que a Nina no le costase abrirse.

—Mi madre no me dejó eso, me enteré por mi padre anoche.

Nina y Alex se miraron y comprendieron que nadie era consciente de lo que se podía esconder detrás de las personas, ni sentir por momentos que no sabías quién eras. Eso las unió, ya que compartían el mismo dolor y hablaban el mismo lenguaje.

—No, Nina. Ella te dejó un mensaje que tu padre te dio. —Alex le cogió las manos—. No te estaba hablando tu padre, era tu madre a través de la voz de él. En mi caso, mis padres también lo sabían y no me lo contaron, porque así se lo hizo prometer mi abuelo. Ese hombre que me lo enseñó todo y que, de repente, se convirtió en un extraño.

—Es una sensación horrible creer que los conocías para que, en un instante, esa imagen te explote en las narices y pienses: «¿Quién soy?». Te lo replanteas todo, incluso me he puesto en duda a mí misma.

—Cierto, te sientes perdida.

—Sin rumbo. Vas como un pollo sin cabeza.

—Y por mucho que dudes de todo lo que te rodea, hay rumbo.

—No lo veo.

Bajó la mirada.

—Te voy a dar el mismo consejo que me dio Matt: debes darte tiempo.

—¿Ya lo conocías? —inquirió con cierta sorpresa, pues había creído que se conocían desde hacía más tiempo.

—Sí, lo cual agradezco porque hubiese terminado muy loca. Al principio, me costó hacerle caso; luego, con el paso de los días, te das cuenta de que esto no se pasa en un día o en un mes. Las aguas deben volver a su cauce. Ahora estás desbordaba, es muy reciente, pero, cuando te vayas tranquilizando, entenderás a tu madre y las razones que la llevaron a eso. En estos momentos, estás de duelo, enfadada, triste; es un cúmulo de sensaciones que no sabes manejar.

—¿El qué?

—Dejarte querer, aferrarte a esas personas que son fijas en tu vida. —Alex se echó hacia delante, con los codos clavados en las rodillas—. Yo estaré aquí para que te desahogues, para hablar de lo que quieras. Abajo, hay un hombre esperándote a poder darte todo su amor y su apoyo. Agárrate a eso.

Alex tenía razón: había estado encerrada durante horas alejando a Jeff, a no permitirle cruzar la puerta cuando, a lo mejor, él solo quería mostrarle que estaba a su lado.

Después de un rato, bajaron para encontrarse con Matt y con Jeff, que charlaban. Ellas pararon en las escaleras para oír.

—Quiero abrazarla y siento que no me deja —dijo Jeff un tanto preocupado y desanimado.

—Tienes que darle tiempo, espacio, no demasiado como para que todo esto os aleje. Lo que he aprendido con Alex es que era lo más estable que tenía, porque la amo, como tú amas a Nina. Tienes que demostrárselo estando con ella en los silencios prolongados durante horas, escuchándola cuando quiera hablar o gritar, consolándola cuando llore, mimándola. La vida le ha dado un vuelco y, de esos escombros que otros dejaron, tiene que recomponerla. Tú estarás ahí para ayudarla, tienes que mantenerte firme.

—No pienso alejarme de ella. La quiero demasiado como para dejarla sola en estos momentos, y debería saberlo.

—Créeme, lo sabe. Y si le cuesta hablar del tema, no la obligues; a Alex le costó mucho poder mantener una conversación abierta sobre su abuelo, tardó mucho en contárselo a Kiki, su mejor amiga, y no te digo en hablarlo con su padre. Rehuía no por cobardía, simplemente la dañaba.

Una mano invisible empujó a Nina a bajar los escalones que le faltaban para ir junto a ese hombre que la noche anterior se había mantenido a su lado, cuando su padre había confirmado la verdad sobre su madre y su abuelo. En esos aciagos minutos, él era la luz al final de un túnel escarpado y angosto.

El primero que la vio fue Matt, que avisó a Jeff con un movimiento de cabeza. Él se giró, tardó en reaccionar, hecho que a Nina la puso nerviosa; sin embargo, no le dio mucho tiempo a pensar qué hacer o qué decir, ya que Jeff se levantó y, en cuanto estuvieron frente a frente, la atracción tiró de ellos y los fundió en uno de esos abrazos que recomponían el alma y, sin necesidad de palabras, advertían: «Todo está bien».

Esa fuerza sobrenatural que los mantenía unidos, por mucha que fuera la distancia entre ellos, calmó a dos corazones que estaban sumidos en las sombras. Nina, notando la respiración de Jeff en el cuello, estrujó la tela de la camisa entre los dedos y apreció como los músculos de la

espalda de él se tensaban al estrecharla con más ahínco. Nina jamás había requerido abrazar de un modo tan descarnado.

—Lo siento —musitó con la voz quebrada, y las lágrimas retornaron.

—No hay que sentir nada ni perdonar. —Se apartó y le rodeó la cara con las manos—. Solo nos debe importar una cosa: nuestro amor. —Acercó la boca a su oído como si le fuera a contar un secreto—. Te amo.

Nina no había tenido en cuenta un dato importante: ya no estaba sola.

Capítulo 22

—Cariño, tienes que dormir —le aconsejó Jeff.

Estaban acostados. Nina tenía la cabeza sobre su barriga, no se abrazaba a él, se apretaba contra su cuerpo para que no se fuera, debido a los miedos que habían aflorado en su interior y que ella no podía frenar. ¿Qué pasaría si estuviera sola? No lo sabía, lo cierto era que la frase «Mándalo todo a tomar por culo» no la repetía, ya que a veces había que enfrentarse al azote de la vida y tenerlo a él, que la apoyaba en ese trance, le daba fuerzas.

—No puedo.

—¿Por qué? —musitó él para no perturbar la tranquilidad de la noche.

—Me siento como una vieja a la que vapulearon hasta dejarla sin aliento, sin ganas de continuar y ahora debe afrontar una página en blanco para empezar de cero.

—No vas a empezar de cero.

La besó. Nina alzó los ojos para mirarlo.

—¿Cómo que no? —Era increíble que él pudiera decir eso. Le molestó—. Mi vida se ha compuesto de mentiras, se hacían cosas a mi espalda que yo no sabía, un hombre que creía que no era más que un socio de Santana's Club resultó ser mi abuelo.

Le recordó todos los últimos acontecimientos.

—Nina, los padres les mienten a sus hijos —dijo Jeff. Ella se revolvió en sus brazos y él la aferró más fuerte—. Déjame explicarte.

—No, no lo hacen y, cuando sea madre, les contaré la verdad.

De un empujón se apartó de él para sentarse con las piernas encogidas a modo de escudo, dándole la espalda.

—Lo hacen, ¿y sabes por qué? Para protegerlos, para intentar que no sufran. Vivimos en un mundo salvaje, demasiado cruel en el que, en un abrir y cerrar de ojos, toda tu vida ha cambiado para siempre, como te ha pasado a ti. —Le acarició la espalda con los dedos abiertos. Le dio igual que ella rompiera todo contacto, él estaba ahí para mantener la cercanía—. Tanto tu madre como tu abuelo solo querían verte feliz, no perturbar tu espíritu con las rencillas que ellos vivieron o tendrían.

—Eso no cambia las cosas.

—Los cambios vienen así, de repente y cuando menos te los esperas. Pero ahora lo que debes hacer es conciliar lo que has descubierto con lo que has vivido. —La besó en el hombro descubierto por la camiseta de tirantes que tenía puesta—. Si Michael Harland se presentase ante ti como tu abuelo, no le permitirías hablar; conociéndote un poco, lo devorarías. Por eso no habló, prefirió hablar contigo como un desconocido a tus ojos. Creo que, en su lugar, haría lo mismo.

—Hay momentos que los entiendo; otros, les gritaría por no haber sido sinceros; otras, en cambio, me escondería en una cueva para desaparecer.

Nina se vio envuelta por un brazo de Jeff.

—No te vas a esconder, porque eres la mujer más fuerte que he conocido y ese no es tu carácter.

—A veces, lo deseo con todas mis ganas. Estoy agotada de luchar, la vida y el dolor pueden ganarme la partida.

—No voy a permitirlo. —Le puso una mano en la nuca para obligarla a mirarlo—. Lucharé a tu lado y, cuando todo lo demás desaparezca, me mantendré junto a ti para hacerme cargo de la situación o, simplemente, ayudarte.

Le sostuvo la cara entre las manos e inclinó la cabeza, se movía y la presionaba ferozmente contra ella. La besó con nostalgia, la abrazó como si fuera un momento que había esperado desde hacía siglos, le pasó las manos por debajo de los brazos, sintió su fuerza; los músculos delgados unían el elegante espacio entre la columna vertebral y las extremidades. Rompió el beso y se apartó lo suficiente para admirarla, para demostrarle que no se iría a ningún lado. Acunando su rostro, él rozó sus labios contra su mejilla y, luego, la besó otra vez.

De esa conversación habían pasado ya unos cuantos días, en los que Jeff pidió a su jefe trabajar desde casa para no dejarla sola. Le contó que lo había intentado, sin embargo, en la oficina no se concentraba. En ningún momento, le dio un respiro; si no era por un asunto, era por otro, y siempre tenía algún plan para hacer juntos. «Siempre contigo, el sin ti no existe para mí», le había dicho una tarde y lo cumplía con creces. Con eso no le permitía perderse en sí misma.

Mientras él le declaraba su amor, Nueva York, la ciudad que nunca duerme, se mantenía impertérrita y observaba a la pareja pasear por las orillas del Hudson mezclándose con los turistas. Uno de esos días, Nina, apoyada en la barandilla, percibió un hecho un tanto esotérico, pero que fue un respiro para su destrozada alma: viendo como la luz clareaba las aguas del río, bajo el sonido del chapoteo que creaba en su transcurrir hacia el mar, el Hudson, ese espíritu que bañaba la ciudad, soltó su aliento, y notó en la mejilla la caricia de un ángel que le hizo palpar el corazón. Ese instante fue immortalizado por la cámara Leica de Jeff, una afición que había descubierto. Él se la enseñó después de una *selfie* que se habían hecho en la boca del metro. Ella

tuvo la misma sensación y la compartió con él, le sorprendió lo que le dijo: «Tu madre y tu abuelo forman parte de ti».

En esos días, él se mostraba cariñoso y los raudales de amor que le regalaba a cada momento compensaban lo que Nina había vivido. La hacía sentirse amada, lograba que los espacios vacíos que percibía alrededor de su corazón se llenasen de la cálida necesidad de su amor. Sus besos y esos momentos en que se dejaban arrasar por una pasión más pausada que febril la hacían sentirse viva. Lo que estaba aprendiendo a su lado era que el amor, a veces, aseveraba que, cuando alguien percibe que pertenece a un sitio, el corazón lo confirmaba, y ella notó, desde que lo había conocido, que una parte de su alma se había ido con él. Como esa noche.

Le preparó una cena romántica, con velas, champán y rosas. Todo fue tan perfecto que, tras un bailecito, terminaron con los cuerpos enredados por esa mezcla de pasión y enamoramiento que los drogó. Jeff se movía con cadencia sobre su cuerpo y, en cada suave empujón, la transportaba a una dimensión en la cual nada existía, solo ellos. Él la hacía conocer el cielo más profundo a medida que el aire se le quedaba atrapado en los pulmones y los gemidos se ahogaban en la garganta de él cuando la besaba. Lo que se producía cada vez que sus cuerpos se enredaban era que su unión traspasaba lo carnal para transformarse en algo más allá de lo espiritual, pues los dolores del alma se curaban y las heridas, por su parte, se hacían indelebles, como las marcas que iba dejando en su piel el amor.

Jeff incrementó el ritmo y las piernas de Nina se tensaron en el instante que notó la primera ola de orgasmos que la acabó arrasando. Al poco tiempo, él la siguió y no la soltó hasta que el estrecho cuerpo de Nina dejó de convulsionar. Nunca le había pasado que hacer el amor con un hombre era transformador.

Él salió de su interior, rodó sobre su espalda y la arrastró con él. Nina quedó con la cabeza en el pecho de él, bajo su oído escuchaba como el corazón de aquel cuerpo fuerte y fibroso no se había sosegado. Marcaba un ritmo igual que el de ella, porque quedaba claro que hacer el amor era un momento de profunda entrega para los dos. En su caso, Nina lo hacía en cuerpo y alma. Él, de repente, le puso un dedo bajo el mentón para que alzase la vista. Nina se recreó en su rostro de ojos brillantes, piel perlada por el sudor y pómulos un tanto colorados; era una visión tan irresistible para sus ojos que lo atraía hacia ella para besarlo.

—Decir que eres lo más bonito de mi vida es quedarse corto —confesó con la voz enronquecida.

—¿Cómo es posible que seas tan romántico?

Le puso una mano en la mejilla y así le acarició la piel suave que quedaba encima de la barba de varios días.

—Nunca lo fui, contigo me sale porque sacas lo mejor de mí.

Se sostuvieron la mirada. Nina se recreó en la de él, más oscura, incluso profunda; hasta después de hacer el amor estaba guapísimo.

En sus ojos había aprendido a reconocer a la mujer que había surgido de entre las cenizas en

esos dos días; podía mirar más allá del horizonte, donde permitía que arrullase el alma y le daba seguridad. En su corazón se fortaleció la idea de permanecer a su lado para siempre, puesto que él era su hogar. De ahí que no pudiera callarse.

—Te quiero. —Salió solo, aunque notó que esas dos palabras no hacían justicia a la inmensidad de sus sentimientos por él—. Y gracias por estar a mi lado en estos momentos.

—No me agradezcas nada, porque lo haría y lo volvería a hacer. Es más... —Puso un brazo debajo de la cabeza—... por tu culpa soy como un quinceañero con el primer amor. —Nina prorrumpió en risas—. No te rías, eso sí que no. —Él comenzó a hacerle cosquillas. Entre roce y roce, ella percibió la erección, lo que le parecía imposible. Terminaron riendo—. En serio, cada día me enamoro más de ti.

—Me pasa lo mismo. Como al principio no podía verte delante, eras un poco chulo.

—¿Qué?! —exclamó indignado de verdad.

—El primer interrogatorio...

Nina dejó la frase sin terminar.

—Me lo pusiste difícil.

—Tú a mí no, ¿verdad?

—Los dos estábamos nerviosos.

—¿Qué hubiese pasado si Michael no hubiese muerto? —se preguntó a sí misma, aunque lo compartió con él.

—Nada, no nos hubiésemos conocido.

No le costó dar respuesta.

—¿No eres socio de Santana's? —quiso saber ella.

—Lo soy, pero apenas utilizo el club para nada, salvo cuando salgo con los chicos a tomar unas copas, poco más —le contó sin ambages.

Tras la sesión de cosquillas, terminaron con las piernas enredadas, lo que él aprovechó para colocarse de nuevo encima de ella, sujetarle las manos a los lados de la cabeza y hacerla partícipe de su excitación con un movimiento de caderas.

—No agradezco que hayas perdido a tu abuelo, por lo que sí doy gracias es por haberte interrogado, porque creo que ya me gustabas, pero no podía reconocerlo.

—Vaya, me haces quedar fatal. Yo te imaginaba desnudo y tu culo me atraía.

Al que tocaba reírse era a él; con cada carcajada Nina notaba su miembro más cerca de la entrada del cuerpo. Consciente, separó más las piernas y alzó el trasero; él, sabiendo lo que pasaba, se metió un poco dentro de ella. Sus cuerpos temblaron.

—Soy... —Carraspeó—. Soy como un hombre objeto.

Le temblaba la voz.

—Eso jamás. —Ella se movió de tal forma que él se introdujo unos cuantos centímetros más. Nina soltó un leve gemido—. Comprendí, cuando me trajiste aquí, que detrás del agente había un hombre herido que valía la pena y, en ese momento, incluso antes, ya te amaba yo también.

Él la penetró de una sola estocada. Los dos juntos gimieron y temblaron.

—En el amor no se puede mentir. Podemos jugar al principio, pero los sentimientos se clavan tan hondo que no los podemos fingir durante mucho tiempo. Y memoriza que jamás te dejaré.

—Yo tampoco a ti.

Jeff comenzó a moverse a un ritmo frenético, como si hiciese tiempo que no compartían cama. Aquello la excitó tanto que notó como los músculos internos se aferraron a su verga.

—No... No quiero que esto termine —jadeó Nina sin aire.

—Vente a vivir conmigo —le pidió Jeff, que dejó de moverse.

—¿Qué has dicho?

Ella, nerviosa y con el tamborileo de su corazón, se erguió posando el peso del cuerpo sobre una mano.

—Vivamos juntos, ¿para qué esperar? —le propuso de nuevo.

—Estás loco, no hace tanto que nos conocemos.

—Para mí es como si te conociera de siempre. —Él se movió suavemente—. A ver, llevamos conviviendo bastante tiempo. Quédate aquí, ven a vivir conmigo. En realidad, ya lo haces, solo es formalizarlo. No quiero que, cuando este caso termine, te marches a tu casa.

—Jeff...

—¿No te das cuenta de que no entiendo una mañana, una noche, un amanecer y un atardecer sin ti?

Aquella pregunta le capturó el corazón, pues su mirada le mostró que no lo decía a la ligera, lo sentía en el alma.

—Vale.

Él alzó las cejas.

—¡Has aceptado y sin protestar! —La besó, mientras retomaba esos envites que la hacían delirar, y cerca del orgasmo le susurró—: Eres mi mejor plan para el resto de mi vida.

Capítulo 23

Si las paredes pudieran hablar, lo harían de una pareja que perdía el control; de dos personas que creaban recuerdos nuevos, demasiado buenos para poderlos contar en voz alta, y de unos brazos que jamás estaban vacíos estuvieran acostados en la cama o no, pues con cada uno se enamoraban más. Pintaban nuevas imágenes y hacían magia con los besos. Se arriesgaban a terminar calcinados en la hoguera de la pasión, si no lo estaban ya.

Si las paredes tuvieran ojos, verían a dos personas rendidas al amor que se profesaban. Todo eso, mezclado con la guerra interna que Nina llevaba luchando desde que había descubierto que era Nina Harland. No obstante, su mundo no era la mitad de malo, pues, de las ruinas que otros habían dejado, se levantaba una vida nueva sin grandes pretensiones, sin promesas que podían quedar por cumplir, sino que lo único que importaba era el amor.

Pasaron varios días tras aquella petición de Jeff, antes de que decidieran ir a recoger las pertenencias de Nina a su casa. «Es la primera vez que voy a dar este paso, y hay algo en mi interior que me dice que no nos vamos a equivocar», le había confesado él mientras cerraban las cajas.

En varios viajes, habían podido llevarse todo. La tarde en la que metieron en el coche las últimas cajas y Nina se despidió de su pequeño apartamento, pudo ordenar lo que iba a ser su parte del armario, además de los libros —esas cajas abultaban más que las dos maletas de ropa que había acumulado en los dos años viviendo en Nueva York—. ¿Cómo había comprado tantos libros sin darse cuenta?

Tras unas largas horas sacando y pensando dónde meterlos, Nina se duchó antes de continuar. Lo necesitaba. Debajo del agua era capaz de poner la mente en blanco para alejarse de todo, por eso nunca se había bañado con Jeff; era el momento en que renovaba y limpiaba su alma a medida que las gotas le recorrían cada rincón de la piel. En cuanto se vistió con un chándal, volvió a ponerse manos a la obra con los libros. Otra vez. Lo que más le gustaba era ver cómo no desentonaban con los de Jeff.

—¿Te parece bien si pongo en esta estantería los libros de historia? —preguntó para estar segura.

Esa era la casa en la que iba a vivir de modo estable, sin embargo, todavía no la sentía suya, sino que seguía siendo la casa de Jeff. Iba a tener que acostumbrarse, ya no había marcha atrás.

—Ponlos donde veas y si los utilizas con bastante frecuencia... —Jeff se volvió a inclinar sobre la caja para sacar los últimos—... ponlos donde los tengas a mano.

—¡Nag!, aquí están bien.

—Podremos cambiarlos de nuevo. —Él miró a su alrededor—. Creo que hay comprar otras estanterías.

Nina se acercó a él.

—¿Y dónde la pondrías?

—La pondríamos —la corrigió a la vez que le rodeaba los hombros con un brazo y la pegaba a él—. ¿Qué te parece en ese hueco?

A un metro escaso de la mesa del comedor, había una columna que dejaba un gran espacio que dividía las dos zonas.

—Es un buen sitio y no molesta. —Él le dio un beso en la mejilla al recibir esa contestación—. Estos pequeños detalles son los que más me enamoran de ti. —Nina le correspondió con otro—. Y tus besos, sean como sean, saben y se sienten como alas de ángeles que revolotean en mi interior.

La abrazó y le dio un beso en la frente.

—Me encanta tenerte aquí. Llenas cada hueco vacío.

Permanecieron abrazados. La atracción se hizo más intensa; el aroma de él, filtrándose a través de tela, la seducía tanto como notar sus dedos en la piel desnuda que dejaba al aire la camiseta. Dentro de ella se produjo una confirmación que jamás había tenido, percibido o vivido: enamorarse de Jeff era lo mejor que le había pasado. Él era su promesa, ni nada ni nadie más. Solo él. Su alma sabía que el amor era un viaje y que, cuando todo se complicara, debía recordar esos momentos junto a él.

Después de un rato y un pico, continuaron colocando los libros. La mente de Jeff se disparó: ya no era una estantería, quería que ella se sintiera bien, por eso puso a su disposición cambiar lo que quisiera.

—Me gusta como está. Solo pondría los cojines que traje en el sofá, son como almohadas de cómodos.

Era la experiencia que Nina había tenido en más de una ocasión que se había quedado de ceporro durmiendo en el sofá.

—Quedan bien.

Jeffladeó la cabeza dándoles su visto bueno.

Nina enarcó una ceja en su dirección y se cruzó de brazos. El color blanco de los cojines resaltaba por el color apagado del sofá.

—Una de dos, o eres un hortero de narices o tienes el gusto en el culo. No hay término medio.

—¡Eeeh! ¿Qué es eso de hortero?

Frunció el ceño.

—Mira para ahí, hombre, no pegan los colores. —Negó con la cabeza—. Les cambiaré las fundas, hay una tienda de decoración que me gusta mucho y tiene cositas muy chulas.

—Si quieres podemos ir ahora —le ofreció espontáneamente.

—¿Estarías dispuesto? —Aquello era toda una sorpresa—. No tienes que hacerlo si odias ir de compras.

—No me molesta ir de compras, así descansamos un poco de tanta mudanza.

—Vale, me cambio y...

El sonido del móvil de Jeff interrumpió a Nina. Él giró el rostro cabreado.

—Cógelo —le ordenó ella.

Jeff gruñó mostrando su malestar.

—¿Qué querrá? —Descolgó—. Hola, Hans, ¿dime? —Nina se fijó en cómo se le tensaban los músculos debajo de la camisa—. No es verdad, claro, eso ya lo sé y te lo confirmo. —Hubo un largo tiempo de silencio en el que ella se acercó a él y lo abrazó por detrás—. Está bien, antes de hacer nada, esperadme. Dame media hora. Sí, voy.

Dejó el móvil encima de la mesa. Lo que luego sucedió le congeló la sangre a Nina en las venas, que se convirtieron en escarcha que le laceraba la piel.

—¿Qué pasa, Jeff? —Fue lo único que le salió por la boca, no sabía a qué atenerse. El pronto por el que se caracterizaba su carácter no tardó en florecer de nuevo—. ¿Qué te ha contado Hans, que no eres capaz de decirme? —le reprochó nerviosa.

—Tenemos que hablar. —Jeff no pudo disimular la preocupación—. Será mejor que nos sentemos.

Impaciente, Nina lo obedeció.

Capítulo 24

Jeff le contó que debía ir a la oficina con urgencia, por eso la iba a dejar en casa de Alex, para que no estuviera sola.

A pesar de que una punzada de decepción le cruzó las entrañas, la tarde juntos se había ido a tomar por culo. Comprendió que Jeff no podía negarse a ir, era su trabajo y tenía que cumplir. Lo había conocido como agente del FBI, no como repartidor de Amazon, no podía protestar, aunque si había algo que la preocupó fue el largo silencio que mantuvo al preguntarle si había novedades sobre el caso. La falta de respuesta la tensó y fue una inyección de nerviosismo. Solo esperaba que, con el paso de las horas, se enterase de qué había sucedido para que su presencia en la oficina fuese tan importante.

Al final fue una buena idea quedar con las chicas. En casa de Alex, también la recibió Sony, y luego avisaron al resto de las chicas, de las cuales solo Kiki, Carolina y Maxine se unieron al poco tiempo. Encontrarse con ellas fue el mejor plan que pudo hacer: la relajó, la alejaba de los planes rotos, ya no estaba pendiente de lo que Jeff pudiese enterarse o de lo que pasaba sobre el caso. La alegró estar con ese grupo y siempre era bueno tener un rato para hablar entre mujeres. Pero echaba de menos a una persona.

—¿Y Nerea? —inquirió Nina.

Esas cinco mujeres siempre iban juntas a todos lados, más o menos, pero desde el principio le había extrañado la ausencia de Nerea. Tampoco era tan neurótica como para creer que estaba en el FBI, sabía que era diseñadora, no podía pensar tan mal.

—Tiene que terminar unos encargos que debe tener listos a finales de esta semana —le explicó Carolina, a lo que Nina asintió; siempre había una respuesta.

—¡Aquí viene el dulce, chiquillas mías...! —exclamó Alex relamiéndose por la *red velvet* que sostenía en las manos—. ¡Dios, qué pinta!

—Oye, mucho apetito tienes.

Carolina estaba suspicaz con ese tema.

—Son momentos en los que se me da por engullir dulce, nada del otro mundo.

La puso encima de la mesa de la cocina y, con la ayuda de Maxine, sirvió los cafés.

Aquella contestación le dio a entender que Alex no había contado a sus amigas las sospechas de un posible embarazo, y ella no era quién para preguntarle abiertamente para no meter la pata. Debía ser ella, pues la noticia de una próxima maternidad, si es que Alex lo estaba, tenía que darla una misma.

—Bueno, y tú, ¿qué tal con Jeff? —quiso saber Sony, que daba buena cuenta de su trozo de tarta—. No me canso de los postres americanos.

Ese comentario despertó risas.

—Bien —respondió Nina a la pregunta de Sony.

—¿Bien o genial? —añadió Maxine.

—Genial. —Jugueteó con la cuchara antes de clavarla en el esponjoso y húmedo bizcocho—. Hemos decidido vivir juntos —anunció.

Sus palabras suscitaron los gritos de alegría de las chicas, que le dieron la enhorabuena.

—Querida, se puede decir que ya vivíais —señaló con acierto Maxine.

—Sí, es verdad, por eso mismo dimos el paso a algo más permanente. Fue él quien me lo propuso, yo estaba bien. Pero es cierto que, de otro modo, yo tendría que acabar marchándome a mi apartamento.

—Me alegra que Jeff diera este paso. —Alex estaba muy contenta porque, de todas, era la que más trataba con Jeff—. Iba siendo hora de que este hombre fuese feliz y mira, me caes bien.

—Ahora ya sabéis lo que tenéis que hacer.

Maxine se metió, con gran delicadeza, el tenedor en la boca.

—Ahora tendréis que estrenar cada esquina de la casa —apuntó Kiki.

—¡Ah! —Nina soltó una carcajada antes de tragar los restos de tarta—. Es verdad, vamos a estar muy ocupados.

Se rio.

—Me alegro un mogollón por vosotros, sobre todo por Jeff. —Alex compartía el entusiasmo por la noticia—. Era hora de que la felicidad llamase a su puerta después de la bicha de Diana.

—Pero, a ver, ¿cómo era esa tal Diana?

Carolina, que había oído hablar sobre ella, estaba intrigada.

—Yo, en este tiempo, creo que no la he visto.

Sony pensó mientras lamía la cuchara.

—No, porque me dijo Matt que se está trasladando a Washington DC. Lo poco que coincidí con ella fue más que suficiente. Es la típica que te mira por encima del hombro, ¡te perdona la vida! —explicó a las claras Alex.

—Eso mismo pensé yo.

Nina estaba asombrada de que Alex y ella compartiesen la misma impresión sobre ella.

—¿La conoces?

Carol pegó un brinco en la silla.

—No, fue un momento en Central Park. —Nina se echó hacia delante y Carol se pegó a ella

tanto que sus codos chocaron—. El día que descubrimos los mapas en los testamentos, fuimos a pasar el día al parque, comimos allí algo y ella, por casualidad, apareció.

—Es de esas casualidades en las que te dan ganas de cagarte en todo —dijo Kiki un poco asqueada.

—Sí, no lo dudes. Jeff me la presentó y es tal cual a lo que dice Kiki. Lo que os cuento ahora es un poco de cotilleo y suposición, pero creo que se sorprendió de que Jeff pudiera estar con otra mujer. —Nina no tenía la certeza, tampoco quería saberla, por eso lo dejó en el aire—. No lo puedo afirmar, no la conozco, pero es la percepción que me dio.

—¡Qué corno de mujer, arg! Odio a esas personas que se creen más que el resto —criticó Maxine.

—Ya es pasado, está felizmente casada y, hala, vete a la capital del país y no regreses —pidió Alex, cuya contestación era como una patada en el culo.

—Lo importante es que estéis bien, felices, sin ninguna mosca cojonera que os dé rompederos de cabeza —recalcó Carolina.

—Y lo estamos. —Nina miró a Carolina. Desde que la había visto, sintió la necesidad de darle las gracias, porque sus dudas habían dado unos resultados insospechados, y creyó que en ese instante era el apropiado para decirlo—. Estabas en lo cierto.

—¿En qué?

Esa mujer, que en un primer vistazo podía resultar fría, tenía un gran fondo humano. Nina miró a Alex, quien asintió de forma disimulada.

—Harland era mi abuelo —confesó.

—¡¿Qué?! —Carol estaba asombrada y no tardó en reaccionar—. ¡No sabía nada! —se quiso defender.

—El viejo de la polla en la mano ¿es tu abuelo?!

Kiki, en una sola frase, recordó todos los detalles.

—Sí —asintió Nina.

A partir de ahí, Nina les contó lo que había pasado, cómo se había enterado y cómo su padre había confirmado la historia. Una vez que empezó a hablar, salió todo en cascada, debido a que no había apreciado la necesidad de comentarlo con más gente, sin que fuera Jeff o Alex. Ponerle voz a lo vivido era otro modo de asumirlo.

—Si supiera que esto... ¡A veces, me debería morder la lengua!

Carolina parecía molesta consigo misma.

—No tienes nada de lo que culparte, Carol. Gracias a ti sé la verdad de mi familia, de otro modo no lo hubiese descubierto, quizás, nunca. Así que gracias.

Nina la cogió de la mano a modo de agradecimiento.

—Tú me das las gracias y yo me siento fatal.

Carol no estaba mejor.

—Ya no eres la fría aquella...

Se rio Alex.

—No, no lo soy, pero con estos temas, como te pasó a ti, estoy más sensibilizada.

Carolina hizo un gesto que quería ser despreocupado, pero no lo era.

—Querida Carol, no te lo tomes así —le aconsejó Maxine—. Has hecho algo muy bueno.

—¿Sabéis lo que nos merecemos después de esto? ¡Irnos de copas! —sugirió Sony, que recogía las migas de tarta con la cuchara—. ¿Quién se apunta?

—¡¡¡Yooo!!!

Maxine no lo dudó. El timbre de la puerta sonó y Alex fue a abrir.

—¡Oh, Jeff! ¿Qué...? —Se hizo el silencio, Nina no escuchaba de qué hablaban—. ¡Oye, no, esta es mi casa, un respeto! —le gritó.

—Alex, déjame pasar —le ordenó con brusquedad.

Ese tono tensó a Nina, que compartió con las chicas una mirada interrogativa, ya que ninguna sabía qué estaba sucediendo. Todas se levantaron a la vez para ver qué era lo que estaba pasando y por qué Alex generaba tanto follón.

—¿Por qué estos agentes entran en mi casa?

Le pedía explicaciones, casi a gritos, Alex.

—Nina, Nina —la llamó.

—Estoy aquí.

Dio un paso adelante desconcertada, aunque sin nada a que temer.

—Nina Harlond, queda detenida...

—¡¡¡¿Qué?!!! —gritaron Sony, Maxine y Alex a la vez.

Nina ya no escuchaba nada, su mente se quedó clavada en «detenida» y el corazón, tras dos latidos fuertes, comenzó una melodía frenética en mitad de su pecho después de desbocarse. El tiempo se había parado y ella ni tan siquiera se enteró nada, sus ojos estaban clavados en Jeff; ese hombre que la había hecho delirar venía a buscarla para encerrarla en la cárcel.

—¿Por qué? —dijo con la voz tan queda que ni la reconoció.

—Te lo contaré después. —Esa respuesta por parte de Jeff le cayó como un bidón de agua fría. Él, sin saberlo, encendió a la fiera que tenía dentro—. Nina, debes acompañarnos.

—¿Detenerme es acompañarte?! —lo encaró con toda la ira que se desbordaba en su interior, ya que en esos instantes se sentía estafada, como una fulana a la que había utilizado a su antojo. Un agente le echó los brazos hacia atrás y ella forcejeó—. Tú suéltame, gilipollas.

—Nina, no te resistas —dijo Jeff.

Un pinchazo de miedo la cruzó, aquello iba en serio.

—¡Dame una explicación! —lo encaró fuera de sí.

—Lo sabrás.

El misterio que mantenía Jeff provocó que un aerolito cayese sobre la casa de Alex y congelara el ambiente, y que la tensión se hiciera visible.

—¡¡¡Tú no te llevas a nadie!!! —amenazó Alex al agente, que volvió a sujetar a Nina. Sin

conseguir nada, miró a Jeff—. Esta es mi casa, ¿esto a qué viene? Dime.

—No voy a decirte...

Alex le dio un empujón fuera de sí. Sony la sostuvo para que no hiciese nada.

—¿Qué?! —Nina volvió a forcejear cuando notó la frialdad de las esposas, retorció las manos y los brazos. Como el agente era más robusto que ella, no dudó en utilizar la fuerza bruta y, así, se ganó una buena patada. Se acercó a Jeff y comenzó a empujarlo—. ¿Por qué, cabronazo? ¡Explícame qué hice!

—Lo sabrás en la agencia, Nina, lo sabrás.

—¡Gilipollas! —Nina le pegó una bofetada, tras la cual otro agente la esposó—. Cerdo.

—Esto no va a quedar así —lo amenazó Sony poniéndose delante de él—. Te juro que vas a pagar lo que le estás haciendo a esta pobre chica.

—No sabes con quiénes te estás metiendo.

El tono que utilizó Carolina era el de una matona a sueldo.

—¡Jeff! —gritó Nina, al tiempo que las lágrimas le quemaban los ojos, cuando entre varios agentes la arrastraron hacia fuera.

Bajó la cabeza derrotada y enfadada a partes iguales, mientras que la melena suelta le tapaba la cara, en la que se podían notar los coloretos de la ITV: Impotencia, Tristeza y Vergüenza. Se sentía sucia, de la peor calaña.

—¡Nina, te salvaremos! —le prometieron Maxine y Alex gritando.

—¡Callad! —les ordenó Jeff.

—Juro que te meto por el culo un megáfono —le escupió Alex.

Fue lo último que escuchó Nina antes de que la metieran en el coche.

Capítulo 25

Nunca estuve en casa de Michael Harland.

Sí, era mi abuelo, pero hace poco que lo he descubierto.

Mi relación con él no trascendió más allá de la que puede tener una trabajadora de Santana's con un socio a quien le gusta la historia y la astronomía.

Jamás le serví ninguna bebida. De eso se encargaban los camareros.

Nina repasaba mentalmente algunas de las respuestas que había dado en el interrogatorio que Hans y Jeff habían iniciado desde que había acabado sentada en la sala de declaraciones.

Ese era el recuento de su verdad, abanderada hasta el final por los mismos hechos que no estaba dispuesta a cambiar para alegría de unos cuantos, aunque terminase con el culo entre rejas. Jamás diría algo que no fuese cierto, y menos si se trataba de Michael Harland. Sin embargo, todo iba en su contra.

Hans la había informado de que sus huellas habían aparecido en la copa envenenada, así como en la casa de Harland, en concreto, en el dormitorio. Ella no daba crédito a lo que oía. Era imposible, ¡nunca había estado en esa casa! Ni tampoco le había preguntado a Michael dónde vivía o qué hacía en su tiempo libre, no le interesaba la vida de ese hombre, que había resultado ser su abuelo. De lo que estaba segura era de que su abuelo sí sabía dónde vivía ella, jamás al contrario y... La pesada carga que su madre le había dejado sin resolver, sumada al asesinato, la hundía.

Sentada en sala de declaraciones, en esa ocasión con las manos esposadas a la mesa para impedir que huyese, se apenaba y se irritaba a cada segundo. Estaba muy nerviosa, aun sabiendo que no había cometido ningún delito. La pierna derecha se le movía sola; podía pararla durante un segundo, que al siguiente regresaba ese meneíto que se había convertido en un tic a causa de la ansiedad y a la tensión a la que la estaban sometiendo Hans, el encargado de hablar, y Jeff, que con su silenciosa presencia le clavaba más puñales por la espalda.

Él estaba al tanto del todo, sin embargo, parecía obviarlo, dado que al no hablar no la ayudaba, sino que la culpabilizaba y eso la enervaba. ¡La estaba dejando sola ante los lobos! Él era uno de ellos. Parecía que se había olvidado de sus palabras, del supuesto amor; solo la quería para follar,

le había mentido a la cara, estaba segura. Y, en cambio, a ella le daba miedo perderlo, miedo a caer en los antros oscuros de la tristeza, esos que había recorrido cuando su madre había muerto.

«¡Maldita sea! Malditas todas las putas mentiras y las palabras a medias», recriminó, con el corazón roto y el alma vapuleada, a los que ya no estaban vivos, que eran los responsables de ese calvario sin luz ni esperanza en la que estaba sumida, pues todo a su alrededor comenzaba a estar pintado de negro desde que la habían subido a ese coche. Pero la determinación no la abandonaba: por los medios que fuesen, demostraría que era inocente. ¿Cómo? No lo sabía y debía lograrlo.

Sola, aterida por un frío que desprendían sus propios huesos, por el cual le dolían todas las articulaciones, mientras los oídos soplaban aire, de repente, los latidos los sintió en el centro del pecho y juraría que la piel le vibró. Fue una sensación tan mala que, durante el poco tiempo que duró, contuvo la respiración. Desentrañó que su cuerpo y su mente estaban al borde de la saturación; si la pinchaban se desinflaría con una facilidad pasmosa y, con ello, perdería las pocas fuerzas que tenía y que debía utilizar para salvarse así misma.

Se acordó de que una vez se había desmayado, por eso no dudó en que podría pasar de nuevo, sobre todo, en esa inmensa espera; Hans y Jeff habían salido, al recibir una llamada urgente, y no habían regresado, la habían dejado allí olvidada como quien apartaba un mueble viejo. La soledad en esa estancia fría, ruda, que solo presagiaba fatalidades que fluían en ese ambiente sobrio y oscuro, le producía que el miedo no solo se filtrara por los poros de su piel, sino que le fuera ganando terreno e hiciera más palpable el vacío del pecho. Temblaba como una hoja y no podía evitarlo. «Eres una miedica», se dijo, pero no logró animarse.

Unas pisadas la pusieron en alerta. No pasó nada, por lo que aún tenía tiempo a pensar y recordar algún detalle que se le hubiera olvidado. Con la cabeza hundida entre los hombros, encorvada, lo repasó y lo encontró: el robo de la taza.

Capítulo 26

La tensión en casa de Alex se masticaba y la palpaban todos los congregados a los que se habían añadido Nerea, Anna, además de Grace; tras recibir una llamada, las tres acudieron todo lo deprisa que pudieron. También estaba Miguel, que se había retirado a la salita para hacer unas llamadas.

En el salón, el silencio reinaba después de que Alex los informara de todo lo sucedido no hacía más de dos horas. Cuando rememoraba el modo en que se habían llevado a Nina, la sangre le hervía y un monumental cabreo se avivaba. A eso se le sumaban las ganas de patearle el culo a Jeff; de ahí que, para quemar energía, caminase de un lado a otro, lo que no la calmaba. Era pensar en el mejor amigo de Matt y gruñía. ¿Ese tío no tenía cerebro o qué coño le pasaba?

Paró y, con las manos puestas en la silla que estaba colocada a la cabeza de la mesa, miró a las chicas.

—Tenemos que salvar a Nina —les dijo en un intento por animarlas.

Más bien quería arengarlas para avivar su malestar, para conseguir que estuvieran de su lado por las injusticias que se habían cometido. Contaba con Carolina, con Sony y con Maxine; faltaban las otras tres.

—¿El qué? —preguntó Nerea con disgusto e insegura.

—Hemos robado a Santana. No me jodas, Nere. Si hemos podido con eso, podemos sacar a Nina de allí —le recordó a su amiga.

Tanto Anna como Grace no preguntaron por ese hecho, pues desde hacía meses lo sabían lo que las había juntado y de qué modo esas cinco mujeres habían forjado su amistad y eso despertó la admiración de ambas.

—Alex está en lo cierto —aseveró Carolina con firmeza—. Nere, no estuviste aquí cuando se la llevaron. Me dieron ganas de patearles el culo, pero me controlé; si fueran otros y sin uniforme, me hubiese enfrentado a ellos.

—Todas los aquí presentes sabemos que es inocente —recalcó Anna, que estaba indignada.

—He trabajado mucho tiempo con ella y, aunque es cierto que tiene un pronto un tanto jodido, Nina no es mala persona —se reafirmaba Grace.

—¡Es que no lo es! —gritó desesperada Alex—. Y parece mentira que Jeff la quiera, ¿dónde tiene el cerebro?

Esa era la pregunta a la que quería darle respuesta y no había modo, no la encontraba.

—Los hechos son los hechos, mi querida Alex, sus huellas están por todas partes —contó Maxine, que se había enterado por Fede antes de perder todo contacto con él, lo que la enfadó mucho con su marido—. Si vamos a salvarla, ¿cómo lo hacemos? —quiso saber Maxine.

—Robaremos a Nina como si se tratase de un objeto, no de Santana, sino del FBI —confirmó Sony sin apartar los ojos de su megaordenador.

—¿Y cómo? —repitió Nerea a su amiga—. Esto no es una botella o una caja de música, ¡es una persona!

Dudaba de todo.

—La sacaremos de allí y montaremos un gran despelote —votó Maxine—. Somos unas genias montándolos.

—Me parece bien —asintió Carolina.

—Esperemos que esto no nos dé problemas —dijo Sony, que alzó las cejas por encima de la pasta de las gafas.

—¿Qué pasa? —Alex, que estaba cerca, se aproximó a ella y leyó—: «El caso Harland cerrado. Abraham Harland, hermano del difunto Michael Harland, acaba de declarar a la prensa que se ha capturado al culpable. Todo señala que se trata de una mujer, pero al ser preguntado no quiso confirmar».

—Esto sí puede ser un problema.

Carolina estiró los hombros y le estallaron los huesos.

—¡Ay, no hagas eso! Me da mucha grima —le pidió Anna.

—¿Por qué es un problema?

Alex quería saber lo que se les pasaba por la cabeza, y todas permanecieron en silencio, esperando la respuesta de Carol.

—La prensa se puede agolpar en el edificio del FBI, eso puede provocar que haya agentes en la puerta... —Se puso recta en la silla—. Pero, ahora que lo pienso, nos puede beneficiar.

—Siempre hay que tener cuidado con la prensa. No me fío, porque con las bromas podemos aparecer en una foto sin querer.

Grace mostró su reticencia.

—¡Ay, Grace, de verdad! Hay disfraces —apuntó con acierto Maxine, que sonreía satisfecha.

—Grace, cualquier edificio del FBI tiene seguridad hasta en los cinturones de sus agentes.

Alex volvió a su caminata.

—Hacedme caso, esto hay que tratarlo como lo hicimos con Federico, será más fácil.

Sony estaba muy segura de eso.

—Estoy con Sony —la apoyó Maxine—. Sabemos lo que hacemos.

—Y yo —se sumó Carol.

—No seré yo quien se oponga —dijo Nerea apuntándose—. Y que no salga de aquí —les advirtió a Grace y a Anna, quienes dieron su palabra—. ¿Cuál...?

—¡Vengo con noticias frescas, señoras! —anunció Miguel, que entró victorioso al salón, golpeando el móvil sobre una mano.

—¡Cuenta! —le exigieron al unísono Carol y Alex.

Todas le prestaron atención al joven, que sonreía abiertamente.

—La verdad, no pinta bien. —Suspiros de desánimo recorrieron cada esquina del enorme salón—. Diego lo primero que me dijo es que la información era *top secret*.

—¡Déjate de chorradas! La vida de Nina corre peligro —le explicó Alex desesperada.

—A eso voy. Resulta que Dany y él encontraron pruebas de que a Abraham Harland lo persigue un grupo criminal con el que tiene más de una gran deuda, por ello ha vendido más pertenencias de las que Dany creía, y fue Diego quien me confirmó que no pinta bien para Nina a causa de las huellas.

—¿Cómo es posible? —Anna pretendía despejar esa duda—. La noche en la que murió Harland, las cámaras de seguridad demuestran que Nina no sirvió ninguna bebida ni tan siquiera entró en la biblioteca; es más, hubo mucha gente y apenas tuvimos minutos para descansar. No lo entiendo.

—Parece que no tienen a nadie más y, jugando a la lotería, le tocó a ella —razonó Nerea.

—No he terminado todavía —intervino, de nuevo, Miguel—. Hablando con Fede, me dijo que fue a la agencia, tras enterarse de la detención de Nina, junto con Marcelo, que rebuscando halló que Abraham tiene deudas por toda la ciudad. Marcelo tiró de la lengua a más de un conocido, y confirmaron que quiere cobrar tanto el seguro de vida como el testamento de su hermano. Pero a lo que se enfrenta Nina es muy gordo porque los de la científica, revisando otras pruebas, han encontrado huellas de Nina en la copa envenenada. —Miguel casi se quedó sin aliento al ponerlas al tanto. Las chicas permanecieron inmóviles y nadie se atrevía a reaccionar contra eso—. Me dijo que Jeff quiso una comparación de las manos de Nina.

—¿Para qué? —preguntó Alex, que empezaba a verlo todo negro, pero quería mantener la esperanza de poder ayudar a Nina.

—No lo sé, Fede no me supo decir o no quiso. —Miguel se encogió de hombros—. Esto es todo lo que me contó.

—Hay que entrar en ese edificio y sacarla como sea. No me creo la información que maneja el FBI, hay algo raro en todo eso.

Sony se columpió en la silla.

—Necesitamos ayuda. —Carolina estaba estudiando todas las posibilidades mentalmente—. Necesitamos a alguien que estuviera dentro y conozca todo, más o menos: cómo se mueven, dónde están en las escaleras...

—Tengo los planos desde hace un rato, Carol, y las escaleras están cerca de la sala de interrogatorios, detrás de una puerta —le explicó con total claridad Sony.

—Vale, sabiendo todo esto, ¿quién nos podría ayudar?

A Alex, con los nervios a flor de piel, le resultaba difícil pensar con claridad, solo quería un plan por el que guiarse y salvar a Nina.

—¡Robert! —Saltó Anna de la silla nada más pronunciar el nombre de su novio—. Él ha estado algunas veces y estará encantado de darle un golpe al FBI.

—¡Winters! —Ahí estaba. Alex se llevó las manos a la cabeza, aunque recordó algo importante—. Tiene alergia a los trajeados.

Ese podía ser un problema.

—Por eso mismo, que se enfrente a sus alergias, lo convenceré. —Anna estaba muy segura—. Lo llamo ahora mismo.

Robert Townsend, más conocido como Winters, el mejor amigo de Matt, no tardó ni media hora en llegar a casa de Alex desde la llamada de Anna, en la que le habían comunicado que necesitaban su ayuda por un motivo de vida o muerte. Alex sabía que, a pesar de haber sido ladrón en el pasado, era un hombre honrado que odiaba las injusticias.

A medida que lo iban poniendo al tanto de todo, no hizo ni una sola mueca, salvo cuando se enteró de que el FBI tenía retenida a Nina.

—Nunca te puedes fiar de un trajeado, siempre lo dije. —Agitó el dedo índice en el aire—. Lo que me asombra es que todo esto venga de Jeff.

—Pues la tiene retenida —apuntilló Alex para ejercer más fuerza y porque cada vez estaba más indignada y cabreada con todo el mundo.

—Me acaba de escribir Diego, el interrogatorio se espera largo.

Miguel miraba la pantalla del móvil.

—Y a ver, no estoy hablando con unas cualquiera. Robasteis a Santana, ¿tenéis algo pensado? —les preguntó Wins muy curioso.

—Queremos entrar a salvarla —le expuso Carolina—. ¿Lo ves factible?

—No va a ser fácil, pero tampoco es imposible. Eso sí hay que llevarlo muy bien estudiado, estamos hablando del FBI y no puede salir nada mal. —Wins se quedó mirando un punto invisible antes de servirse otra copa de vino que Alex le había puesto sobre la mesa para ayudarlo a convencerse—. Tenemos que crear el caos para introducirnos en él sin levantar sospechas.

—Eso se nos da muy bien —le aseguró Maxine feliz—. No nos has visto en acción.

Alex, Carolina, Nerea y Sony le aseguraron que por esa parte no se preocupara.

—Vale. —Wins se levantó y comenzó a andar en círculos como una paloma mareada y a hablar en alto—. Lo primero que debe quedar claro es que este golpe lo debemos perpetuar mañana. No tenemos días, sino que es cuestión de horas. —Todas estuvieron de acuerdo,

entonces prosiguió—: Debemos lograr que todos los agentes estén de un lado para otro y que los nervios fluyan entre ellos, así no se fijarán en quién entra o en quién sale, y para eso solo veo un modo.

—Puedo burlar los cortafuegos de todos los sistemas —se ofreció Sony.

—¿Crees o estás segura?

A Wins no le valían las medias tintas.

—Lo haré aunque no duerma —le aseguró.

—Muy bien —asintió satisfecho—. Ahora viene la mejor parte, fuera también la vamos a montar muy gorda —anunció.

—¡Esto se pone interesante! —exclamó Miguel.

—¿Por qué fuera? —Carolina frunció el ceño—. No lo veo necesario.

—Si cerca del edificio hay un gran jaleo, no les quedará más remedio que acudir junto con la policía...

—Quieres sacar a los agentes del edificio —dijo Nerea.

—Exacto.

—¿Lo vas a hacer tú? —La expresión de Anna era de extrema preocupación, ya que no estaba muy segura—. No debes ponerte en peligro.

—Estoy de acuerdo con Anna.

Alex se cruzó de brazos.

—Tranquilas, lo que voy a hacer no creo que deje huellas y hace mucho que no lo hago.

Estaba entusiasmado.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Miguel curioso.

—Piratear un cajero. —Todos quedaron boquiabiertos—. Sony, lo debemos hacer de forma simultánea.

—Entiendo, quieres que parezca un ciberataque. —Sony era la que más convencida estaba—. Es buena idea.

—¡De esta nos hacemos ricos! —gritó emocionada Grace, que no se había visto en una igual en su vida.

—Mañana trabajas.

Anna le restó felicidad.

—Mierda...

Resopló, casi rebuznó.

—¿A cuántas de vosotras conocen en la oficina, aparte de Alex? —quiso saber Winters.

—Creo que a todas —dijo Maxine—. En más de una ocasión, hemos ido.

—Hay algo que se llaman disfraces y pelucas —intervino Nerea—. Si tengo que coser algo, lo hago sin problemas.

—Me parece bien el *attrezzo*; aun así, necesitamos a alguien dentro para que, cuando cunda el pánico, nos dé luz verde para que se pueda sacar a Nina. Si la disfrazamos y su cara nunca la han

visto, mejor. —Aquello que apuntó Winters era cierto y fue él quien propuso a la persona perfecta—. ¿Tu prima Jordan estaría dispuesta?

—La llamo. —Anna no dudó un segundo, sacó del bolso el móvil y se lo puso en la oreja—. ¡Hola! ¿Te gustaría disfrazarte de agente del FBI? —Fue directa al grano, luego le expuso lo que había ocurrido por encima—. Vale, ahora te envío la dirección a la que tienes que venir para hablar. ¡Un beso! —Colgó con una gran sonrisa—. Ya la tenemos. Viene para aquí.

La ilusión y el nerviosismo azotaron el cuerpo de Alex, que se sintió bien consigo misma al ver que el plan de rescate estaba en marcha. Iba a hacer justicia una vez más, sin importarle las consecuencias.

Capítulo 27

A Jeff lo descubrió el amanecer sentado en su despacho, ya que no había ido a dormir a casa; no podía sabiendo que Nina estaba ahí, pasando un mal trago. Le dolía el corazón, le dolía en el alma.

«Para mí te compones de siete palabras: tú eres el amor de mi vida. Una vez me prometí no volver a amar a nadie, lo repetiría de nuevo para que aparecieses en mi vida». Esas eran las palabras que pendían de su boca, dispuestas a salir en cualquier momento; sin embargo, lo que estaban viviendo no era para soltar una declaración de amor. La tenía latiendo en el espacio que separaba su mente del corazón, que lo sentía débil, como si en cuestión de segundos fuese a dejar de latir; la pena lo perseguía como una sombra que no lo abandonaba.

Jamás hubiese pensado en detener a Nina. Hans estaba dispuesto a hacerlo para que no se enfrentase a ese trance, pero debía ser él, no era un cobarde. Por ello, fue quien le había explicado todo a Nina, todo lo que había sucedido. ¡No iba a dejarla sola!

Aun así, se sentía sucio, un cabrón que se había aprovechado de ella cuando más vulnerable estaba, cuando su mundo se hundía y, en vez de sostenerla, la había embaucado para luego estar a un paso de encerrarla en la cárcel. Pues no era tonto: sabía que, si el caso de Harland llegaba a los tribunales, ni toda la artillería de Armstrong evitaría que Nina cumpliera ciertos años en prisión. No quería ese escenario.

«¡¡¡Tienes que impedirlo, joder!!!». Esa frase era el látigo con el que se fustigaba. Tampoco iba a abandonar las instalaciones del FBI, como le había sugerido Hans, que estaba al tanto de su relación con Nina. Un dolor en el pecho lo encogió en la silla de su despacho, cuyas paredes lo estaban aplastando como a una cucaracha. No iba a dejarla sola, haría todo lo que estuviera en sus manos para liberarla, y eso era lo que intentaba; sin embargo, el reloj parecía correr en su contra.

Durante ese tiempo había discernido que las personas, de algún modo extraño y difícil de explicar, estaban conectadas por algo grande y oscuro; por eso no podía irse a casa, porque en la oficina daba menos miedo a pesar de temblar o de estar a punto de perder los nervios con cualquiera que se le pusiera delante. Eso podía dejar grandes cicatrices. Unas en el cuerpo, otras

en el alma.

La puerta de su despacho se abrió. Al alzar la vista, comprobó que era Matt, que se sentó en una de las sillas frente a su escritorio sin decir nada, dándole el espacio que pudiera necesitar.

—Me duele el pecho.

Desde hacía horas, se sentía vacío por dentro.

—Es la tensión y la ansiedad de toda esta situación. —El silencio que continuó fue más largo de lo esperado y en donde no hacían falta las palabras, pues Matt era consciente de la situación por la que estaba pasando su amigo—. Todo el mundo sabe que es inocente, no lo dudes.

—El caso se ha puesto en su contra, Matt. —Se mesó el pelo frustrado—. Nadie sabe lo que es esposar al amor de tu vida, ver como sus ojos se empañan por las lágrimas y no poder consolarla. Estoy roto.

Un nudo de angustia le oprimió la garganta al hablar claro de todo lo que se le pasaba por la cabeza.

—Todo esto quedará en una anécdota, tío, ya lo verás —lo quiso animar Matt—. Por otro lado, lo siento, siento mucho lo que estáis viviendo.

—Esto es una puta mierda. Para ella, sobre todo, y para mí, en la posición en la que estoy. —Se hundió en la silla—. Es la primera vez que odio mi profesión.

—Hay que esperar a lo que determinen las pruebas que has pedido.

Jeff no quería dejar títere con cabeza; por eso, al recordar un dato tan esencial como el robo de la taza, pidió la confirmación de una suposición que podría ser cierta o no, porque podía inclinar la balanza hacia Nina o hacia el otro lado. Jeff tenía la esperanza de que fuera lo segundo.

La puerta se volvió a abrir y entraron, en esa ocasión, Marcelo y Dany al igual que un vendaval.

—¿Qué sucede?

Estaban desencajados.

—Hemos hablado con Pierre y me ha informado que Abraham Harland, en menos de cuatro horas, va a cobrar el seguro de su hermano —reveló Dany, que estaba muy inquieto, pasaba el peso del cuerpo de un pie a otro como si se tratase de un baile.

—Y acaba de poner a la venta la mansión Harland por más de cien millones. —Marcelo le tendió unos folios—. Los he impreso del portal de una famosa inmobiliaria, como puedes ver.

—¿Qué coño está haciendo este viejo? —lo increpó, fuera de sí, Jeff; se tuvo que levantar, ya no aguantaba más sentado.

—Acelerarle todo como heredero —sentenció Matt, revisando los papeles de Marcelo.

Apoyó las manos sobre la mesa con los dedos abiertos, y el frío del cristal le atravesó la piel.

—Hay que pararle los pies —les dijo.

Aquello era una orden.

—Estás en lo cierto, porque se avecina un gran huracán. —Diego entró seguido de Santana, que le pisaba los pies—. Ha mandado un comunicado en el que convoca a la prensa para hablar

del caso hoy, a las cuatro.

—¡Maldito sea! —Pegó un puñetazo. Algunos objetos del escritorio retumbaron—. Este quiere librarse de todo solo para cobrar la fortuna de su hermano, ¡cabrón!

—Sí, es un cabrón con todas las letras, porque está reclamando a Santana's Club todo lo que su hermano donó.

Federico estaba apostado en la puerta, con el hombro pegado al quicio. Sus ojos brillaban del cabreo.

—No lo puede conseguir. —Marcelo tomó la palabra—. Michael lo dejó todo muy bien atado para que nadie pudiera sacarlos de Santana's. Es más, todos esos objetos, desde su muerte, están vinculados por orden notarial a Federico, hecho del que Abraham no debe estar informado.

—Vamos, Michael sabía el tipo de calaña que era su hermano —interpretó Matt tras oírlos.

—Estoy seguro de que todo esto son maniobras de distracción —aseguró Dany, que se pasaba la mano por el mentón—. Me cuesta creer que un personaje como Abraham lo pudiera tener todo tan calculado.

—Pero hay algo que no entiendo. —Diego los hacía partícipes de sus elucubraciones—. Este tipo da por cerrado el caso, ¿quién le pudo decir que se ha detenido a Nina?

—Muy perspicaz —musitó Jeff, que no había caído en ese detalle.

—Es posible que tengamos un topo —afirmó Matt—. Casi toda la unidad está trabajando en este caso.

El silencio cayó sobre todos ellos, y Jeff notó un peso en el alma y en el corazón, que tiraban de él para que el infierno lo engullera. Pero si de algo estaba seguro era de que debía ser fuerte por Nina, por él mismo y por el amor que los unía. No era la primera vez que una mujer le complicaba la vida. Ya había hecho muchas tonterías por alguna. Pero nunca había encontrado a ninguna, ni siquiera Diana, por la que valiera la pena quedarse, hasta que el huracán Nina arrasó con él. Por eso estaba dispuesto a luchar hasta su última gota de sudor, de sangre hasta descubrir las artimañas de Abraham Harland.

—¿Se puede?

Hans apareció por detrás de Fede, quien lo dejó pasar.

—Adelante, ¿tienes algo?

Jeff sentía que la ansiedad le presionaba más el pecho. Saber que podía haber un chivato... no le agradaba, y se le sumaba a que no tenía noticias de las pruebas.

—Tenías razón.

Le dio un dossier cerrado. Jeff lo abrió con manos temblorosas y respiró hondo antes de leer, con ojos rápidos, los resultados que constataban sus sospechas.

—¡Lo sabía, joder!

Tiró encima de la mesa el dossier con muy mala leche. Se llevó una mano a la frente, el otro brazo lo puso en jarras; les habían hecho creer algo que no era.

—¿Qué es? —le preguntó Marcelo a Diego, que lo había cogido.

—Las huellas de Nina pertenecen a una misma mano, la derecha —les resumió a todos.

—¿Cómo es posible si no le falta ninguna mano? —preguntó Federico, que se ganó algunas miradas reprobatorias.

—En la universidad te enseñaron a diferenciar una persona manca de la que no lo es. Vaya, un temario muy completo estudiaste, Fede —se burló de él Dany.

—La taza —confesó Jeff con el pulso a mil por hora—. Cuando entraron en casa de Nina, solo se llevaron su taza.

—¡Hostia! —exclamó Hans—. De ahí extrajeron sus huellas.

—Exacto, Nina es diestra, por eso solo hay huellas de la mano derecha.

Aquel austriaco estaba tan asombrado como él, pues los dos se habían olvidado del robo en casa de Nina.

—¿Quién lo hizo? —preguntó Marcelo—. ¿Quién puso las huellas de Nina para incriminarla?

—No hay tiempo que perder. Vamos —los arengó Jeff, que cogió la chaqueta del respaldo de la silla—. Libérala.

Con esa afirmación iba a hacer justicia en nombre del amor.

Capítulo 28

La noche anterior, el grupo había ideado el plan de rescate de Nina. Para ello se dividieron en cuatro. En el primero, el de la furgoneta, encabezado por Sony, se incluían Miguel, Maxine y Alex; en el segundo, Winters, que estaba en las inmediaciones del edificio; el tercero, formado por Jordan, que se haría pasar por agente, mientras Carolina y Anna serían las encargadas de liberar a Nina; en el último, Nerea estaba en otro coche de apoyo por si se necesitaba algún tipo de refuerzo.

—Noticia: todos los chicos se marchan —informó Jordan—. Cojo el ascensor.

—¿Te han visto o reconocido? —preguntó Nerea a través del equipo de escucha que proporcionó Winters.

—No, tranquila; con esta peluca rubio platino y las gafas, soy un camaleón en medio de FBI.

Jordan soltó una risita nerviosa.

—Está todo muy bien conseguido, Nere —le dijo Alex tan nerviosa como la noche en la que Matt había recuperado la botella Shackleton. De todo lo escuchado, algo le había llamado la atención—. ¿Por qué salen?

—Nos enteraremos —respondió Anna—. Jordan, avísanos cuando...

—Todavía no. —Se hizo un silencio—. He llegado a la planta y está todo tranquilo. Es otro día de trabajo.

—¡¡¡Chicas!!! Los tengo en mi campo de visión y se están subiendo a varios coches. Los voy a seguir y os contaré a dónde van.

Nerea cambió los planes para adaptarse a los nuevos acontecimientos.

—Vale, pásanos la ubicación por el móvil —le pidió Sony antes de contactar con Winters—. ¿Estás preparado?

—Cuando tú me digas.

Su escueta contestación daba muestra de que esperaba la orden para actuar.

—Wins, a la de tres —los avisó Sony, que hizo la cuenta atrás y, al grito de «¡Ya!», pulsó con fuerza una tecla del portátil.

En cuestión de segundos, Alex, que miraba por la ventanilla, observó cómo alguna gente

corría, otros se giraban hacia atrás para saber qué era lo que estaba sucediendo a sus espaldas (y el que no, daba la vuelta). De pronto, se empezaron a oír los cláxones de los coches, que se mezclaban con los gritos de la gente.

—Está funcionando.

A Alex le hizo gracia como los neoyorquinos, sin importarles llegar tarde a sus puestos de trabajo, corrían hacia el dinero.

—Por favor, abrid la puerta a la de ya.

Maxine fue quien lo hizo.

—¡Ay, qué despelote! —exclamó al asomar la cabeza—. La gente se ha vuelto loca.

—Normal, están volando los dineros por todas partes.

Wins entró sofocado en la furgo.

—Los has forrado, tío.

Se rio Miguel.

—Hoy es el día de suerte para muchos. —Se pasó las manos por las perneras; luego, sacó, del bolsillo de la cazadora, el cable de conexión de un móvil que Alex no reconocía—. ¿Sabemos algo de los trajeados que han quedado arriba?

—¡Desenchufar los equipos de los cables de red, apagar todos los ordenadores y reiniciar el sistema! —se oyó a través de los pinganillos.

—Chicos, el FBI está que vuela —contó Jordan.

—Carol, Anna, vuestro turno, ¡sacadla de ahí! —ordenó Sony—. Gracias, Jordan, ya puedes venir.

Nina estaba un tanto recostada en la mesa a la que estaba esposada, con la cabeza apoyada en los brazos. ¡Estaba tullida! Si hacía un recuento, su cuerpo salía perdiendo. El culo no lo sentía; las rodillas, y también las piernas, por el frío, estaban entumecidas; en las pantorrillas notaba pequeños pinchazos, antesala de posibles calambres; la espalda y los hombros eran un horror, podía hacer recuento de cada vértebra y hueso que formaban las extremidades superiores.

«Juro por Dios que jamás en mi vida iré a un gimnasio, esto ya hace por todas las veces que me apunté y no fui», pensó agotada y con un sueño de muerte. Las veces que la habían dejado sola, tras largas horas de interrogatorio por parte del jefe de Jeff, no había podido dormir; la situación no era como para echar un sueñecito reparador.

La puerta se abrió de nuevo, y alzó la vista. Era Hans, se puso derecha enseguida.

—¿Qué quieres ahora? —le preguntó a la defensiva, ya que había descubierto que el FBI era la versión moderna de la Inquisición.

—Nada. —Hans, con una sonrisa, sacó una pequeña llave del bolsillo y abrió las esposas—. Puedes irte. —Ella se lo quedó mirando igual que si tuviera dos cabezas—. Eres libre.

—¡Y una mierda!

—Puedes irte a casa.

Nina frunció el ceño desconfiada en cuanto él le sacó las esposas.

—¿Es una broma? —le preguntó con un grito.

—No, no es ningún chiste. Es verdad, eres libre —le repitió Hans.

—Aunque hubiese una invasión extraterrestre, nadie me saca de aquí —dijo muy enfadada—. Esto es una trampa... —Un revuelo procedente de fuera la interrumpió, hizo que Hans acabara con la conversación, salió y no volvió—. Ni a bombas me sacan. Me conozco las triquiñuelas de estos tíos.

Torció las comisuras de los labios a medida que se frotaba las muñecas, en las que vio unos círculos enrojecidos. No era indiferente a todo lo que estaba sucediendo en la agencia: los pasos apurados, algún grito y que nadie pasara por la delante de la puerta era de lo más raro que había vivido. Bueno, esas casi veinticuatro horas fueron de lo más surrealistas.

Se acarició las muñecas en busca de un poco de alivio. Le dolían y la piel, mucho más; sin embargo, estaba más pendiente de lo que sucedía fuera. «¿Qué estará pasando?, ¿los agentes se volvieron locos? No, ya sé, son las olimpiadas del FBI y están entrenando», meditó. Le importaba bien poco, lo único que tenía claro era que no se fiaba de las palabras de Hans.

Echó la cabeza hacia atrás, con los ojos clavados en el techo blanco, y obvió lo que sucedía fuera, no era asunto suyo. Así, sin mover un pelo de la cabeza, quedó en esa postura. A pesar de estar tan cansada, se dio cuenta tarde de un hecho. ¿Por qué no había ido Jeff a liberarla? «Oh..., pedazo de cobarde», lo increpó para sus adentros en el mismo momento que una mujer de pelo corto castaño entraba. Al mirarla, sus facciones le sonaban y no sabía de qué.

—¡No voy a moverme de aquí, joder! —le chilló a quien fuera que entraba.

—¡Hola, Nina! —la saludó Carolina.

—¡¿Carolina?! —Se quedó ojiplática, no podía ser posible. ¿Qué hacía ella allí? Se había vuelto loca de remate o estaba soñando, pero aquello no podía ser real. Para su sorpresa, venía acompañada—. ¡Anna!

—Calla —le mandó su compañera de Santana's—, tenemos que salir.

—¡Y una mierda! Luego me convierten en fugitiva —alegó en su defensa, no se fiaba de nadie.

—Nadie te va a acusar de ser una fugitiva —le gruñó con apuro Carolina—. ¿Por qué no estás esposada?

—Me han liberado —confesó.

—¿Por qué?

Anna compartía la confusión que la propia Nina tenía.

—No lo sé, pero de aquí no me muevo.

Era una decisión firme.

—Nina, nos esperan abajo las chicas, vamos.

Carolina tiró de ella.

—No.

—Vamos, no seas tonta, niña —la amonestó Carolina—. Si te han soltado es que eres libre.

—Sí, libre. Por la noche puedo ver mi careto en todas las televisiones, con un cartel de «Se busca viva o muerta», a lo Bon Jovi.

Se acordó de la canción del grupo de rock, *Wanted Dead or Alive*.

—Nina, no digas chorradas, levanta el culo y marchémonos.

El gesto adusto de Carolina no le permitió seguir discutiendo. De fuera se oyeron voces.

—¿Qué pasa? —Salieron y unos agentes pasaron apurados por su lado—. ¿Por qué están como los pavos en Acción de Gracias?

—En la furgoneta te pondremos al día.

Carolina iba delante para coger, de nuevo, las escaleras.

—¿Qué furgoneta?

Nina no entendía nada o tenía el cerebro volado.

—Abajo te lo contaremos todo —le dijo Anna, que la había cogido de la mano para que no dejase de andar.

Al principio, bajaron a toda velocidad por las escaleras, pero a Nina, después de estar tanto tiempo sentada, las piernas se le resentían, así que cogieron el ascensor y al fin pudo salir a la luz del día, que la recibió con un arañazo en los ojos. Tuvo que frotarlos un poco antes de abrirlos. Con la visión un tanto borrosa, se fijó en cómo la gente corría.

—¡¿Qué coño pasa?! —exclamó molesta.

—Por aquí, Nina —le avisó Anna.

Las siguió hasta un callejón lateral donde una llamativa furgoneta Volkswagen las esperaba. Dentro estaban Winters, Sony, Miguel, Alex, Jordan y Maxine. Las tres chicas la recibieron con un gran abrazo y gritos de alegría. Nina se emocionó al comprender lo que había hecho ese grupo alocado.

—¿Vinisteis a salvarme?

Tenía unas ganas horribles de llorar.

—No iba a permitir que te arrestaran.

Maxine se abrazó a ella, como Anna.

—Ya estás libre.

Ese fue el saludo de Rob, el novio de Anna.

—¿Tú también estás metido en todo este tinglado?

No se lo podía creer.

—Por cualquier injusticia me tiro al barro.

Él no necesitaba decir nada.

—Llora, llora si lo necesitas.

Alex le frotaba la espalda sin soltarla.

Nina rompió a llorar. Por cada lágrima que le caía, soltaba una de las muchas espinas que tenía clavadas desde que se había enterado de la verdad de su familia y que, hasta esos instantes, no había percibido su presencia.

—Nuevo destino: casa de Harland.

Miguel arrancó para salir de allí.

Capítulo 29

«Gracias», les había dicho. Todas la hicieron callar porque no había nada que agradecer y jamás habían puesto en duda su inocencia.

A medida que Miguel avanzaba, Nina se enteró de cómo la noche anterior habían planeado sacarla del edificio, cómo cada uno tenía una función para que todo saliera bien, sin levantar sospechas entre los agentes. Sony fue la encargada de narrarle cómo había burlado los servidores para generar un gran revuelo, lo cual, pensó Nina, había conseguido y con creces, suceso que estaba entrelazado con lo que había hecho Winters fuera.

Lo que sorprendió a todos fue que la hubieran dejado libre. Nina, aunque quería explicarlo, no sabía lo que había hecho cambiar el rumbo de los acontecimientos. Hans no le había dado ninguna aclaración, sino que había salido corriendo. Pese a que nadie lo entendía, lo importante era que ella estaba de vuelta, libre; sin embargo, se atrevían a decir «sin cargos». Había muchos agujeros negros que Nina esperaba dejarlos resueltos; si podía ser ese mismo día, mejor.

Durante el trayecto no pudo dejar de llorar, era como si hubiesen abierto las compuertas y ya no fuera capaz de cerrarlas. Las emociones se le habían acumulado como un saco de piedras y, de esa forma, aflojaba incluso el miedo de verse con un pie en la cárcel. En esas horas que había pasado declarando, se había dado cuenta de que la única persona con la que podía contar en determinados trances era consigo misma; nunca se había sentido tan ruin sin haber cometido ningún delito.

Todo había pasado gracias a esas mujeres y hombres que habían tomado la justicia por su cuenta. Ya no estaba sola, ellos se habían convertido en una familia que ella no había sabido ver hasta esos instantes; estaban dispuestos a todo, incluso a saltarse ciertas normas morales. Ya no estaba sola, esa era la realidad. Aun así, una parte de su ser debía hablar con Jeff, tenía que saber todo lo que sucedía por muy agotada que estuviera. Se merecía una explicación.

Llegando a la mansión Harland, la avisaron de que Nerea los estaba esperando en otro coche que facilitó que los pudiera seguir. Nerea también la recibió con un fuerte abrazo.

—¿Continúan dentro? —preguntó Alex, que no sacaba ojo de encima a la mansión.

—Sí, llevan un buen rato —confirmó Nerea.

—Voy a entrar.

Nina, imparable, se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Aquella casa la volvía a recibir; no obstante, en esa ocasión, Nina vivía mucho desde la última vez que había estado allí, ya que era una Harland y esa, la casa de su abuelo. Además, quería terminar con ese calvario que la estaba enterrando y del que no era culpable, pues otros se habían encargado de ocultarle la verdad.

En mitad de un huracán de emociones, entró pisando tan fuerte que el ruido de los tacones al chocar contra el suelo sonó a disparos.

—Si no cuenta la verdad ahora mismo, le aseguro que lo detengo y le haré confesar —lo amenazó Jeff.

—A mí no me dan miedo sus amenazas —le respondió bravucón Abraham.

—¡Maldita sea!, ¿quiere hablar de una vez? —lo hostigó Jeff a punto de perder los papeles.

Nina entró en el gran salón y dejó a Abraham asombrado. Los chicos, que no se habían enterado de su llegada, al mirar hacia atrás y verla, hicieron un pasillo por el cual ella caminó con paso firme. Su corazón y su mente estaban de acuerdo en culpar a ese hombre tan parecido a su abuelo pero, al mismo tiempo, tan diferente, porque si algo tenía por seguro era que a Michael Harland no se lo podía considerar una escoria. No se podía pensar lo mismo de su hermano.

Nina, apostada delante de él, con los brazos cruzados para mantener las distancias con ese ser abyecto, no se calló la boca.

—Fuiste tú, ¿verdad? —lo acusó sin dar ninguna explicación.

—¿Qué hace aquí? —Se dirigió a Jeff—. ¡Tenía que estar entre rejas!

—Por que tú lo digas —le contestó ella—. Sé lo que hiciste.

—No sabes nada de mí, tú eres la que no sabes nada, niñata.

Abraham quería hacerla sentir menos.

—Michael era mi abuelo, ¿es eso a lo que te refieres? —Él no respondió y abrió los ojos como un sapo—. No te esperabas que lo supiera, pues mira por dónde me enteré.

—Eres una aprovechada y una descarada.

—Y tú, un mentiroso de mierda —lo encasquetó Nina, que colocó los brazos a los lados del cuerpo, con las manos cerradas en puños—. Estoy segura de que sabías quién era desde el principio y te callaste como un zorrillo porque no te interesaba repartir el dinero del abuelo.

—Eres como tu madre, una sinvergüenza. —Nina, en un arrebato, levantó la mano, pero unos dedos la apresaron. Era Jeff. Lo supo, a pesar del silencio, por la calidez que desprendían y por la fuerza que le dio sentirlo cerca—. Deténla, ella mató a mi hermano.

—Sabes perfectamente que yo no fui. —Se soltó del agarre—. Tú estás detrás de todo.

—No tienes cómo demostrarlo.

Se carcajeó. Aquel sonido parecía el de un flautín desafinado.

—Sí, puedo. —Abraham estaba en lo cierto. No podía, no tenía pruebas, pero jugaba con una ventaja: la lucidez mental con la había ido atando esos cabos que no comprendía—. Sabías por

Michael que yo trabajaba en Santana's Club, contigo tenía que compartirlo, ¡si también se lo había dicho a mi padre! Por eso, cuando murió, sabías dónde encontrarme, porque nunca te he visto por el club. Con eso no te llegó, tenías que rematar lo que habías comenzado y yo te molestaba, por eso mandaste a alguien a que entrase en mi casa. Necesitabas mi huella para incriminarme, qué mejor que una taza. Pero te salió el tiro por la culata.

—Me salió bien, palurda, estás en el punto de mira del FBI —reconoció Abraham.

—Cometiste un error, enanito saltarín. Las cámaras de Santana's en ningún momento me pierden de vista, demuestran que he estado en mi puesto de trabajo, no entré en la biblioteca para nada y no serví ninguna copa a tu querido hermano. Esas huellas mías que han aparecido las pusiste tú —lo acusó pegando el dedo índice a su pecho.

Abraham abrió las aletas de la nariz y entrecerró los ojos.

—Eres como tu madre, solo apareces cuando te interesa. Todo ese dinero, por derecho, me pertenece. A ti no te voy a dar nada, porque tu madre se desentendió de la familia y tú no perteneces a ella...

—Te equivocas otra vez. —Chasquéo la lengua con un gesto de compasión—. Mi abuelo y mi madre, después de la muerte de mi abuela, recuperaron el contacto. Hay pruebas: una de ellas, la pulsera. —Levantó el brazo para que la viera—. Ella contiene el secreto de los dos testamentos. Lo que no sabes, pobrecito de ti —dijo con recochineo—, es que, durante la enfermedad de tu sobrina, Michael la cuidó.

—¡¡Míeeentes!! —le gritó pegando la cara a la de Nina.

—No, no lo hago. Por mucho que te joda, es la verdad.

—Debía haberte matado como maté a Michael —declaró cegado por la ira—. Sabía que iba a cambiar el testamento.

—Y lo cambió, señor Harland —confesó un hombre al otro lado de la mesa—. Su hermano lo hizo varias semanas antes de morir, pero me pidió que, si su nieta no sabía quien era, entregase los dos testamentos primeros, porque por ellos la joven descubriría la verdad.

—Tuve que haberte aniquilado cuando pude hacerlo, sabía que debía mataros a los dos —volvió a declarar—. No te mereces nada de él. ¿Quién crees que traicionó a tu madre con tus abuelos? Yo. —Se señaló a sí mismo—. Yo les conté todo lo que tu madre me confió, porque era su pañuelo de lágrimas y, al final, me salió bien la jugada: al día siguiente, estaba fuera de casa. La acogí durante dos días, intenté convencerla de que me diese a la criatura, me desharía de ti. No debiste haber nacido, eres un engendro que no deberías estar en la tierra. —Nina le pegó una bofetada, él se mantuvo impasible—. ¿Crees que me duele? No, tú no eres quién para hacerme daño. Pasados los años, me olvidé de vosotras. Cuando un día me habló de ti, de tus estudios y, al decirme que estabas en el Santana's, supe que debía actuar.

—Por las deudas —afirmó Jeff detrás de Nina.

—Necesitaba su dinero y me había cortado el grifo, me dijo que ese dinero era de esta cualquiera, su legítima heredera. Maté a uno y creí que me había deshecho de ti, pero ahora

terminaré contigo.

Sacó un arma.

—Dispara, acabarás en la cárcel igual —sentenció Nina.

—Y tú, bajo tierra.

Cuando se oyó la recámara, Alex apareció por la otra puerta del salón con un jarrón en las manos, se fue acercando a él y, al tenerlo a tiro, se lo rompió en la cabeza. Nina notó unos brazos alrededor de la cintura que la separaban de Abraham, que boqueó como un pez unos segundos antes de acabar en el suelo. Con él derrotado, Nina fue testigo de la revolución de hormonas de Alex, que fue directa al cuello de Jeff.

—¡Suéltala! —le gritó—. ¿Cómo te atreves a encarcelarla? ¿Es que no la quieres?, ¿es que le has mentido como un cerdo?

—Alex, calla, no sabes nada.

Matt quería separarla.

—Tú no me toques —le gritó a Matt—. ¿No sabes que a una mujer embarazada no se la puede tocar?

Soltó, de pronto, la gran noticia. Nina abrió la boca, ¡lo había dicho! Matt, por su parte, estaba clavado en el suelo, congelado, era una estatua de mármol.

—¿Qué acabas de decir?

La voz de Matt sonó muy pequeña en el silencio y en la inmensidad del salón.

—Nada. —Se soltó del agarre de Matt, que no reaccionaba—. ¿Por qué la arrestaste?

Unos agentes del FBI entraron y Jeff los mandó proceder con la detención del Harland que había confesado.

—Abogado, ¿tiene las declaraciones? —le preguntó muy serio al hombre que guardaba algo en el maletín.

—Sí, y ahora las llevo a la agencia, como me mandó.

El hombre, con una inclinación de cabeza, se despidió.

—¿Qué pasa aquí, Jeff?

Nina giró sobre sus pies para pedir explicaciones.

—Primero, dinos por qué mandaste arrestarla —exigió Sony.

—Estáis en vuestro derecho de saber que Nina estaba al tanto de todo y por qué.

Con aquella respuesta, Jeff tomó asiento.

Capítulo 30

24 horas antes

En esos días, después de que Jeff le propusiera que viviesen juntos, recogieron todas las pertenencias de Nina para dar comienzo a su nueva vida en pareja. Nina sentía que era la mejor decisión que había tomado, ¡estaban esplendorosos de felicidad! Era lo que necesitaba, una nueva ilusión a la que aferrarse y con la que diluir las mentiras que había descubierto.

Estaba sacando los libros de la última caja. Ver sus pertenencias al lado de las de él le agradó; además, él estaba encantado. Desde que lo había conocido, su vida estaba cambiando a pasos agigantados. Era verdad, entre todo ello, podía afirmar que Jeff era el mejor regalo que la vida le había hecho. Era esa persona especial a la que enseñarle los rincones más oscuros de su alma, los cajones más tristes de su ser.

Mientras hacían planes para salir a comprar unas fundas para los cojines y mirar, quizás, unas estanterías, el móvil de Jeff sonó. No iba a cogerlo si no fuera por la insistencia de Nina.

—¿Qué querrá? —Descolgó—. Hola, Hans, ¿dime? —Nina se fijó en cómo se le tensaban los músculos debajo de la camisa—. No es verdad, claro, eso ya lo sé y te lo confirmo. —Hubo un largo tiempo de silencio en el que ella se acercó a él y lo abrazó por detrás—. Está bien, antes de hacer nada, esperadme. Dame media hora. Sí, voy.

Dejó el móvil encima de la mesa. Lo que luego sucedió le congeló la sangre a Nina en las venas, que se convirtieron en escarcha que le laceraba la piel.

—¿Qué pasa, Jeff? —Fue lo único que le salió por la boca, no sabía a qué atenerse. El pronto por el que se caracterizaba su carácter no tardó en florecer de nuevo—. ¿Qué te ha contado Hans, que no eres capaz de decirme? —le reprochó nerviosa.

—Tenemos que haber. —Jeff no pudo disimular la preocupación—. Será mejor que nos sentemos.

Impaciente, Nina lo obedeció curiosa por lo que iba a contarle. Se imaginaba de qué se trataba, el caso, pues Hans no lo llamaría por algo que no estuviese relacionado con eso. Para demostrar que lo intuía y para no darle la opción de que le mintiera para no hacerle daño, preguntó claramente:

—¿Qué pasa con el caso?

Jeff asintió y su boca dibujó una sonrisa sesgada.

—No se te escapa nada.

Rio por la nariz, con la cabeza ladeada y sin mirarla.

—Solo este asunto tiene la capacidad de arrebatarte la alegría.

—Cierto. —Respiró hondo y, al final, esos ojos color canela se posaron en los suyos con un aura de preocupación—. Hay cambios.

—¿Eso qué quiere decir?

Por lo pronto, bueno no era.

—Los equipos de la científica han tomado huellas en la casa de tu abuelo, en la biblioteca de Santana's Club, como en la copa envenenada. Hans las ha mandado analizar dos veces porque no se creía los resultados. —Nina se mantuvo en silencio y el corazón le empezó a latir más rápido, a la vez que las manos y los pies se le enfriaron enseguida—. Las huellas no dan lugar a dudas...

—Son las mías —afirmó con impotencia, con la sensación de que el peso del mundo caía sobre ella y la aplastaba, y la excitación que antes podía sentir se apagó como el viento apagaría una vela—. Yo no le serví ninguna bebida, Jeff. La primera vez que estuve en su casa fue cuando sucedió lo de los testamentos. No sabía que era mi abuelo hasta el otro día. —Habla por ella el miedo—. Tú sabes...

Él le tapó la boca con el dedo pulgar.

—Lo sé todo, no tienes que convencerme, he vivido contigo los últimos acontecimientos.

Nina dejó de escucharlo, tenía que defenderse de esas pruebas que la inculpaban de un asesinato que ella no había cometido. ¡Estaba metida en un lío! Lo peor era que estaba salpicando a Jeff. Debía evitarlo por todos los medios. «¿Y si pierde el trabajo por mi culpa? Jamás me lo perdonaría», pensó mordiéndose el pellejo de un dedo, buscando la salida más propicia para él en ese laberinto en el que estaba metida o, mejor dicho, en el que la había metido de lleno su propia familia.

Una idea peregrina y dura le voló la mente. Se levantó y giró sobre sus pies.

—Jeff, tenemos que cortar.

Aquella frase salió de su boca incluso antes de tomar forma en su cabeza.

—¿Qué dices? —Se levantó como un resorte. Se puso delante de ella y la cogió por los hombros—. No lo voy a permitir, ¿me oyes? ¡Nunca!

—Sí, créeme, es lo mejor. Nadie debe saber que estamos viviendo juntos, no quiero que todo esto te afecte.

—¡Me afecta! No me puedes pedir lo contrario.

—Eso es lo que debemos evitar, ¿no lo entiendes?

Nina, de los nervios, pegó un pequeño brinco con el que levantó los pies del suelo. Se soltó de su agarre.

—Me afecta porque te quiero, grábatelo. —La cogió por un brazo con cuidado—. No te pienso

dejar.

—Es mejor que nos separemos, estamos a tiempo.

Él no la comprendía y eso le molestaba.

—No digas tonterías, ¿es que no me has oído? —insistió Jeff. Nina resopló agobiada—. Vale, no me oíste.

—No hay nada que oír, escúchame tú a mí —le exigió.

—¡Tu taza, Nina, tu taza! —Él la interrumpió—. Te robaron la taza, cariño, y era para obtener sus huellas.

¡Ahí estaba, claro! No, no se había acordado hasta ese momento, ¿cómo había sido tan idiota? En muchas series policiacas, no en todas, había casos en los que se extraían las huellas por un objeto, por ejemplo, las tazas. Se puso a caminar en círculos.

—Querían mis huellas —musitó.

—Exacto, amor, es lo que sospecho. Para inculparte, como ha pasado.

Se llevó las manos a la cabeza.

—¿Cómo no me di cuenta antes? —se reprochó a sí misma, nerviosa.

¿Dónde tenía la cabeza? Debía haber pensado, aunque jamás se hubiera imaginado lo de la taza.

—Nadie se esperaba esto.

—¿Qué puedo hacer ahora?, ¿qué debo hacer? Estoy perdida.

Los nervios daban paso al miedo y la angustia. Rozaba el histerismo, debido al cual no razonaba.

—Dirás qué vamos a hacer —la corrigió.

—Es peligroso para ti.

—No nos afectará si haces lo que te digo.

Nina se paró sin entender a dónde quería llegar.

—¿Qué tienes en mente?

«Vaya capacidad de reacción», pensó con el corazón en la boca, y una fina partícula de sudor frío le cubrió la piel

—Ahora, te vas a cambiar y te dejo en casa de Alex, no quiero dejarte sola. Allí espérame, porque iré a detenerte con otros agentes.

—¡Jeff, no lo hice! —lo encaró con rabia, además de dolor.

—Lo sé, cariño, pero es lo que va a tener que pasar si queremos dar con el culpable. Vas a tener que disimular que no sabes nada de lo que te he contado. No puedes mantenerte impasible, debemos mostrarnos como quien no se lo esperaba. —Se acercó a ella—. ¿Crees que podrás hacerlo?

—¿El qué?, ¿cabrearme como una mona cuando me pongas las esposas? —Él asintió—. Ya lo estoy. Ahora déjame decirte una cosa: si nos debemos alejar, hagámoslo, no quiero que esto te salpique.

—No hay que hacerlo.

—Si es por tu bien, estoy dispuesta.

—Pero yo no, y que no se hable más.

Rompió la distancia que los separaba, se detuvo delante para saborear la vulnerabilidad de su expresión. Luego, la besó profundamente, presionando su cuerpo contra el suyo. Poco a poco se apartó, le sonrió y le plantó un ligero beso entre las cejas.

Sin darse cuenta, sus manos formaron un apretado nudo de dedos y pulgares.

—Vamos, ve a cambiarte.

—Jeff, tengo una duda.

—Dime.

La miró fijamente a los ojos.

—Sospechas de alguien, ¿verdad?

—Sí, de Abraham Harland. —Le dio un suave apretón en las manos—. Veas lo que veas, diga lo que diga, haga lo que haga, te quiero. No lo olvides.

Volvió a besarla.

Capítulo 31

El grupo se quedó patidifuso tras esa confesión de Jeff, en la cual lo más sangrante era que Nina estaba al tanto de todo. La pantomima que se habían montado había ayudado a que cada uno de ellos se volcase a obtener información rápida que había desembocado, al final, en la declaración espontánea de Abraham.

—¡Vaya huevos! Nos habéis engañado —exclamó Dany con los brazos en jarras. Fue el primero en reaccionar—. ¿Hay algo más que no sepamos?

—Os habéis pasado —se quejó Anna—, estábamos preocupados de verdad.

—¿Te das cuenta de que estuve a nada de partirte la cara?

Alex le expuso la realidad, pues se había enfadado mucho con Jeff por haber detenido a Nina.

—Lo sé —asintió Jeff, que parecía avergonzado por lo que había hecho.

—¿Estás embarazada?

Matt se quedó clavado en esa confesión de Alex, lo demás no importaba.

—No es el momento para hablar de ese tema. Tu querido amigo nos ha mentado. —Lo calló Alex—. ¿No estarías al tanto de todo?

Se cruzó de brazos con una expresión de cabreo máximo.

—Yo no sabía nada, de verdad, estaba verde, igual que vosotros.

Matt alzó las manos.

—Es cierto, Matt no sabía nada.

Jeff lo liberó de toda culpa.

—No os dimos pena, nos mentisteis a la cara sin confiar en nosotros —les reprochó Alex—. Me siento timada, sentimentalmente hablando.

—Y nosotros caímos como idiotas.

Carolina negaba con la cabeza en sintonía con Alex.

—¿Por qué no nos dijiste nada, Jeff?

Diego hizo la pregunta que sobrevolaba la cabeza de todos. Era el único que aparentaba estar más tranquilo.

—Nos vieron caras de gilipollas.

Jeff se dio cuenta de que Dany estaba ofendido de verdad.

—Se denota una falta de confianza con nosotros cuando te estábamos ayudando —apuntilló Diego.

—En el fondo, hizo bien no contarnos nada. —Si las miradas matasen, Marcelo sería un colador humano—. A ver, hay un topo y aún no sabemos quién es.

Expuso una realidad que parte del grupo no sabía.

—¿Qué es eso de un topo? —preguntó Nina.

Los nervios volvieron a encogerle el estómago, que le dolía horrores; sin embargo, lo peor era que se sentía cansada y angustiada otra vez, desbordada por la situación.

—Descubrimos que alguien informa desde dentro a Abraham —informó Fede, que luego buscó la mirada de Jeff—. ¿Por qué?

Esperaba la respuesta que Jeff no le había dado a Diego.

—No podía enfrentarme a las pruebas y decir que Nina era inocente. No podía llegar y soltar: «La mujer a la que amo es inocente». Tuve que confiar en mi intuición, porque desde el principio sospeché de Abraham y tampoco podía decirlo. Resulta que hay un topo y seguro que fue él quien puso las huellas de Nina donde antes no estaban. Si quería atrapar a Abraham, debía ser cauto, esperar y observar sus movimientos, y él cayó. Hablar con la prensa, poner a la venta esta casa...

—¿Esta casa está a la venta?!

Nina, que tampoco estaba al tanto de eso, sintió una punzada de dolor.

—Sí, pero no te preocupes. —Jeff le cogió la mano antes de ponerse en pie—. Daremos orden de que la retiren de la web.

—Ya, si lo haces del mismo modo en el que demostraste que creías en mi inocencia, miedo me da. —Le propinó un codazo—. Me trataste como el culo, ¡me sentí culpable! Dudé de mi propia inocencia.

—Tenía que hacerlo y habíamos llegado a ese acuerdo —se defendió Jeff.

—Esposada a la mesa, con todo el mundo en contra... Me iba a acordar de eso —se defendió Nina, que se cruzó de brazos.

—Dime, ¿cómo es que ellos están aquí?

Jeff le señaló a las personas que habían llegado con ella. No iba a permitir que los culpase de nada cuando ellos la habían salvado y habían arriesgado sus vidas para que se hiciera justicia, una que a Jeff se le había olvidado durante horas. El cerebro de Nina no falló.

—Los llamé cuando Hans me soltó —dijo con tanta firmeza que todos se lo creyeron. Giró un poco el rostro y les guiñó un ojo cómplice—. Ahora dime, ¿por qué el abogado estaba aquí?

—Nada más salir de la agencia, me puse en contacto con él y le conté mis sospechas que, para mi sorpresa, las compartía, porque conoce muy bien a Abraham —le explicó al tiempo que unos agentes se llevaban esposado a Abraham.

—Esto no ha terminado —amenazó, de nuevo, Abraham a Nina.

—Sí, hala, lo que tú digas. —Movida por un impulso, se dio vuelta, pues no se había girado para encararlo—. No se ha terminado para ti, porque me encargaré de que pagues lo que le hiciste a mi familia. —Los agentes empujaron a Abraham, que se fue forcejando y musitaba palabras que Nina no podía comprender. Se sentó en la silla que había ocupado Jeff—. ¿Cómo puede haber gente tan pesada en el mundo?

El móvil de Matt sonó, y se alejó para hablar.

—¿Qué va a pasar con él? —quiso saber Nerea.

—Lo sabremos muy pronto, aunque lo primero que debemos hacer es registrar su casa; luego, lo que decida el juez y la resolución del juicio. Lo importante es que Nina está a salvo.

Puso las manos sobre sus estrechos y huesudos hombros, y comenzó a masajearlos.

—Necesitaré tiempo para recomponerme —confesó Nina, que apoyó la frente en las manos, sin ánimo.

—Por descontado, querida —le dijo Maxine—. Todo conlleva su tiempo y has vivido mucho en poco tiempo.

—Estamos aquí para lo que necesites.

Nina, con esas palabras de Anna, comprendió que, por muy dura que se ponga la vida, cuando crees que estás ahogado, alguien siempre te tiende una mano. Y ella era afortunada, tenía más de una mano en la que confiar.

—Atiende, Jeff, alguien ha entrado en los servidores de la oficina —informó Matt al tiempo que guardaba el móvil en el bolsillo del pantalón.

—¿Cómo es posible? —Nina notó que Jeff se inquietaba porque apretó su agarre en los hombros—. Vosotros no tendréis nada que ver, ¿no?

Nadie respondió.

—¿Sony?

Dany enarcó una ceja en dirección a su novia.

—No te atrevas a acusarme de nada. Por ser informática no significa que me meta en líos.

Fue rotunda en su respuesta.

—El trajeado busca culpables cuando el culpable es ese entramado de silencio y oscuridad por la que oculta la verdad a la población —intervino Winters con sus ideas de que cualquier estamento gubernamental escondía la verdad.

—Opino como Wins —lo apoyó Miguel.

—¡Claro! Tengo razón. —Wins señaló a Jeff—. Tú existes por las teorías conspiranoicas.

—Lo que tú digas, pero dime, ¿qué haces aquí? —lo interrogó.

—No veas fantasmas donde no los hay. Anna es mi novia, compañera de Nina, haz cuentas —le ordenó; era obvio que Wins contaba la verdad.

—¿Y tú, Jordan?

Jeff no quería dejar cabos sueltos.

—A mí no me acusas. —Dio un paso adelante furiosa—. Soy socia de Santana's Club y

conozco a Nina. Cuando me enteré de todo, le pregunté a Anna y me lo contó, ¿algún problema?
—Jeff negó en silencio—. Así me gusta.

—Bueno, este quilombo ha terminado.

Suspiró Maxine. Nina no sabía si quedarse o salir corriendo. Intentó no llorar, pero no lo consiguió. Se llevó las manos al pecho para arrancarse todas las emociones que se le habían acumulado e hipó entre sollozos.

—No llores, por favor.

Jeff se acucilló a su lado.

—Jeff, no me quedan fuerzas.

Sorbió por la nariz.

—Entonces, sujétate a mí y lucharemos juntos. —Le limpió las lágrimas con las yemas del pulgar—. Te lo dije, Nina: por muy duro que fuera todo, te seguía amando. Te amo.

Le dio un suave beso en los labios.

—Yo también te quiero —le confesó con los ojos anegados en lágrimas—. Prométeme que nunca volverás a hacerme pasar por esto.

—Lo lamento mucho, no era mi intención que te sintieras culpable.

Esa disculpa provocó que su rostro se entristeciera.

—¡Estaba cagada con las esposas!

Le mostró las marcas, ya no tan coloradas. Él echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Cuando le devolvió la mirada, le besó las muñecas.

—No era mi intención, esto no. Perdóname.

Sus ojos color canela chispeaban de alegría.

—No tengo que perdonarte, sé que era lo que debíamos hacer.

Suspiró.

—Si te esposo será a la cama, aunque, bueno, esos jueguitos no son lo mío.

Nina, avergonzada por las palabras de Jeff, giró la cabeza porque no estaban solos.

—¿Se han ido?

—Sí, los mandé salir cuando rompiste a llorar —le contó en un susurro—. Y te tengo que decir algo que llevo las últimas horas pensando.

—¿Qué? Si es malo no lo digas.

—No es malo, no puede serlo, porque te compensaré con siete palabras: tú eres el amor de mi vida. Una vez me prometí no volver a amar a nadie, lo repetiría de nuevo para que aparecieses en mi vida.

Después de besarla una vez más, Jeff la abrazó y le pegó la cabeza a su ancho torso. Nina podía oír los latidos acelerados de su corazón, cuyo ritmo era idéntico al suyo. Aquella melodía la fue relajando como por arte de magia, y supo ver que algo, o alguien superior, había decidido unirla a ese hombre en el momento más difícil de su vida.

No podía ser casualidad.

En el amor no había casualidades.

Epílogo

—¿Estás preparada? —le preguntó Jeff a Nina con el mazo entre las manos.

Habían pasado varios meses desde que habían descubierto que Abraham había matado a su hermano por cuestiones de la herencia. Tras eso, el abogado de Michael Harland, apellido que Nina había adoptado por consejos de sus amigos, incluido su padre, le había leído las últimas memorias de su abuelo, donde la hacía heredera universal de toda su fortuna y de sus propiedades. En ese momento, le reveló dónde se hallaban los verdaderos manuscritos de Brahe. Estaban en una falsa columna del pasillo de la mansión.

Toda la historia de su familia había recorrido el país entero y, durante un tiempo, los periodistas la habían acosado, aunque, gracias a los guardaespaldas que Federico le había puesto, junto con el suyo personal —Jeff—, no habían permitido que se acercaran a ella. Él también había vivido de cerca el acoso mediático al salir a la luz que el topo de Abraham era Diana que, al ser una agente del FBI, podía entrar y salir de las oficinas sin levantar sospechas.

—Sí.

—A la de tres.

Jeff contó y los dos a la vez empezaron a derribarla con todas sus fuerzas. Nina notaba como aquello era un gran ejercicio de liberación de pasión y tensión, hasta los nervios fueron menguando a medida que la piedra fue cayendo como un castillo de naipes.

—Para —le advirtió Jeff, al que ya veía al otro lado—. Mira, hay una caja.

Con cuidado, ella fue rompiendo los restos que habían quedado para sacarla sin hacerse daño. Una vez la recuperó, fueron al salón, donde la puso sobre la gran mesa y, con nervios, la abrió. Al destaparla, aparecieron los lomos de cuatro manuscritos.

—Aquí están los originales.

Sonrió al ver que su abuelo no le había mentado, sino que todo había sido un juego para que ella descubriese su verdadera identidad. Se abrazó a Jeff, que la recogió entre sus brazos con amor.

—¿Y has pensado qué vas a hacer con la mansión?

Ella se separó, y él se encogió de brazos y tiró de las comisuras hacia abajo en un gesto que

quería mostrar despreocupación.

—Primero de todo, quiero entregarle a Federico estos manuscritos para que todo el mundo pueda estudiarlos y contemplar un trozo de historia —empezó a explicarle—. Luego, lo pensaremos.

—Si quieres que vivamos aquí, lo haremos.

Aquella declaración la dejó boquiabierta. Jeff se había mostrado reacio a instalarse en aquella enorme casa; les había costado alguna que otra discusión.

—¿Y ese cambio?

Colocó las manos sobre su camiseta, a la altura de su cintura.

—Mi hogar eres tú, donde vivamos me da igual mientras estemos juntos.

Esa declaración le calentó el corazón a Nina. Ese hombre sabía cómo hacerlo.

—En tu casa, allí tenemos todos nuestros recuerdos y eso vale más que toda la fortuna de los Harland.

Lo besó.

—Bueno, siempre podemos trasladarnos aquí cuando tengamos hijos.

—¡No! —gritó dando un paso atrás—. Ya me llega con aguantar a Alex.

Jeff soltó una carcajada.

—Estaré donde tú quieras que esté.

—No te separes de mi lado.

—Eso no sucederá jamás.

El beso que le dio fue la firma con la que selló aquella promesa.

Una promesa para siempre.

Nota de autora

Mientras tomo un café recuerdo cómo, en una tarde, Marian Arpa y yo desentrañamos las dos novelas que conforman el final de Santana's Club. No existían. De hecho, en mi caso, estaba escribiendo *¡Nadie hace el amor con un ladrón!* cuando Jeff y Nina se presentaron ante mí y comenzaron a susurrarme su historia, que ahora llega a ti.

Las localizaciones que utilizo existen. En Nueva York, el FBI tiene dos edificios; solo usé uno, aunque modifiqué un poco las estancias. La mansión Harland es la única que no existe.

En Central Park, está el pabellón de las damas, todo un descubrimiento que me emocionó para ponerlo en la novela, porque es una zona muy poco conocida del parque, ya que no aparece en series o películas, pero es muy bonito, casi mágico. Buscando información, me enteré de que es un buen escenario para las fotografías de boda.

La información que doy sobre Tycho Brahe es verídica.

Agradecimientos

Como siempre, a ti, lector. Por hacer abrir esta novela y por hacer que sus páginas vuelen alto. También, a todos los que por redes sociales siguen a S. F. TALE.

A mi editora, Lola Gude, quien me permite que todas las locuras que salen de mi cabeza vean la luz. Como siempre repito, nada de esto sería posible sin ti.

A mis compañeras, por todas las horas en que nos reímos. En especial, a Marian Arpa. Tú eres parte de esta novela, porque tiraste del hilo hasta que estuvo bien perfilada. Te quiero mucho.

A Nuria, por su apoyo y su amistad. Por esas conversaciones que valen oro. Que no se apaguen nunca.

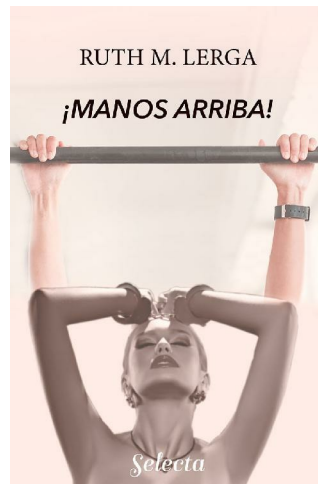
A Fransy. Tú me lanzaste a ese final loco del que hablé con esa respuesta: «Engaña a todos». Gracias. A mis chicas del WhatsApp, por estar siempre ahí, aunque no hable tanto.

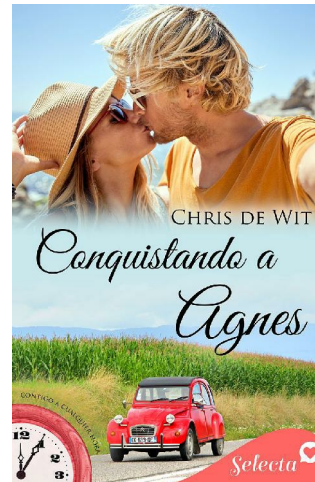
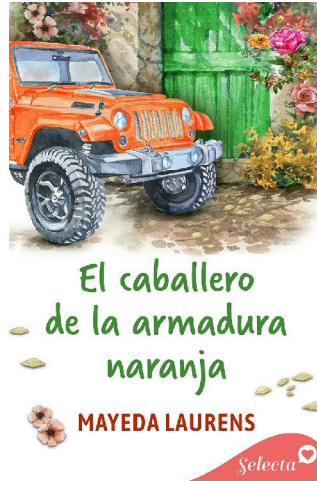
A mi familia, por su apoyo y cariño incondicional.

Si te ha gustado

Amor, mentiras... y licor

puedes disfrutar de estas





**¡Precaución! Los cócteles no son siempre lo que aparentan.
Nadie está preparado para descubrir qué ha crecido bajo las sombras
de las mentiras.**



Nina Harlond dejó toda su vida, amor y amistades en California para comenzar de cero en Nueva York, donde desde hace dos años trabaja en Santana's Club. Allí se codea con todo tipo de personas y con uno de los socios ha forjado una buena amistad por sus estudios en paleografía, además de esa pasión por la historia que los une. Pero los entresijos de la vida y del destino le tendrán preparado un susto que la llevará a conocerse, a saber cuáles son sus orígenes, los que su madre siempre le ha ocultado.

Y en medio de todo eso, Santana's Club se verá envuelto en un asunto muy turbio.

¿Puede un caso policial convertir su existencia en un puro caos?

Jeff Anderson es agente de FBI, el mejor amigo de Matthew Hunter y Daniel Collado, quienes le advirtieron que iba por el mal camino del amor, cuyo efecto ha provocado que se cerrase en banda a todo lo que se refiere a los asuntos de Cupido. Una nueva investigación lo empujará hacia una atractiva mujer de ojos azabache a la que tendrá no solo que salvar de quien la quiere dañar, sino también permanecer a su lado en la locura de la revelación de la verdad. Sin embargo... **¿Se puede convencer a un corazón lleno de espinas que confíe de nuevo en el amor?**

Una aventura llena de suspense y risas que acercará a los protagonistas a conocer la fuerza que tiene el amor verdadero.

S. F. Tale es el seudónimo de una autora nacida en Ferrol el 1 de julio de 1982. Amante de los libros y enamorada de las letras, se licenció en Humanidades, sin olvidarse de su cuaderno en el que dibujaba el mapa de esas historias que le gustaría escribir. Su primera novela, *Mi mal de amores eres tú*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Edición en formato digital: agosto de 2023

© 2023, S. F. Tale

© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano

Imagen de SHUTTERSTOCK: Millena

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-19117-61-8

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks

Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros

Instagram: somosselecta

Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Amor, mentiras... y licor

Lujo, elegancia, poder

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Epílogo

Nota de autora

Agradecimientos

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre S. F. Tale](#)

[Créditos](#)